MISIÓN
DE DOBLE
FILO
ENCARNA
MAGÍN
zafiro

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
CITA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO
BIOGRAFÍA
CRÉDITOS

Visita **Planetadelibros.com** y d
nueva forma de disfrutar de l

¡Regístrate y accede a contenido

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaci
Clubs de lectura con los autore
Concursos, sorteos y promocion
Participa en presentaciones de lib

PlanetadeLibro

Comparte tu opinión en la ficha del
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Olivia Park es una agente secreta de la CIA que recibe la orden de custodiar a un reconocido empresario hasta que declare en el juicio contra su ex socio. Lo que empieza siendo un caso más se complica cuando Olivia descubre que el testigo protegido es Nick Evans, el hombre que le rompió el corazón en el pasado.

Diez años no han sido suficientes para borrar la huella del amor que había unido a la pareja desde la infancia. Y ahora que se encuentran de nuevo, Nick reconoce que se equivocó y que cometió el error más grande de su vida al abandonarla. Aunque ella no puede olvidar su dolor y no quiere perdonarlo, Nick aprovechará el tiempo del que dispone para conquistarla de nuevo, a pesar de que Olivia se resista a sus besos y caricias.

Mientras tanto, un asesino y sus compinches acechan ocultos en las sombras dispuestos a no permitirles la posibilidad de una reconciliación.

¿Conseguirán salvar su vida y su amor?

MISIÓN DE DOBLE FILO

Encarna Magín

No basta con escuchar las palabras. Hay que sentirlas en el corazón.

CAPÍTULO 1

Olivia Park estaba en casa de sus padres, a las afueras de Washington D.C, empaquetando sus cosas. Al cabo de dos semanas se iba a casar con Nick Evans, su primer y único amor. Aunque eran muy jóvenes, pues apenas habían cruzado la barrera de los veinte años, ambos tenían muy claro que querían unirse en matrimonio, sin importarles las recomendaciones familiares de que primero acabaran sus respectivas carreras y asentaran su vida.

Ella estaba en la academia de policía, le encantaba la idea de proteger a los más débiles y hacer que se cumpliera la justicia como si fuera el mismísimo Llanero Solitario. Él aún no había terminado sus estudios de inversiones y finanzas; su sueño era convertirse en un empresario rico. Los dos tenían muy claro lo que debían esperar del futuro, y se esforzarían con el único objetivo de convertir en realidad sus anhelos, porque el destino era para quienes corrían detrás de él hasta conquistarlo, como ellos.

A menudo fantaseaban con la idea de que algún día serían ricos, de lo que entonces podrían hacer y comprar, los lugares que visitarían en sus viajes; pero sobre todo lo felices que serían. Ya habían decidido incluso los hijos que tendrían: dos, un niño y una niña, a los que llamarían Jon y Madelene. Contaban con que la vida les sonreiría y recompensaría, puesto que poseían el ingrediente más importante: el amor, un sentimiento capaz de escalar altas montañas.

A esas alturas de la vida, Olivia sabía que su príncipe era Nick, su alma gemela, al que siempre llevaría grabado en su corazón, y habían decidido dar el paso. De nada habían servido los sermones de sus allegados advirtiéndoles de que la vida no es una fórmula matemática exacta, que el factor sorpresa siempre aparece cuando menos se lo espera y entonces todo se derrumba como un castillo de naipes.

Así que no era de extrañar que Olivia se tomara la tediosa labor de empaquetar sus cosas como si fuera una fiesta. Aunque no habían

podido comprarse una casa —el trabajo de Nick en una hamburguesería por las noches y el dinero que ganaba ella cuidando niños los fines de semana no daba para tanto—, sí que les había bastado para alquilar un apartamento. No les importaba prescindir de las comodidades de una buena casa. Ni compartir una manta eléctrica como única fuente de calor durante los meses más gélidos. O ducharse con agua fría a fin de ahorrar en la factura de la luz. Lo importante era estar juntos, lo demás era secundario. Ya llegaría el día en que, con trabajo y empeño, sus sueños se cumplirían.

La puerta de su dormitorio se abrió y entró Nick. Como estaban en pleno verano, ella tenía la ventana abierta para que entrara un poco de aire y refrescara el ambiente. La corriente que se originó hizo que las cortinas danzaran del mismo modo que lo haría el velo de una novia. Olivia se volvió y le sonrió a Nick con la alegría de una mujer a la que le quedan pocos días para cumplir su sueño de casarse.

—Hola, Olivia —saludó él y cerró la puerta.

Ella dejó los zapatos dentro de la caja, pues había percibido que algo no iba bien. El tono de él era raro, como cansado, como si hubiera corrido una maratón y no le quedaran fuerzas. Además, nunca la llamaba Olivia, excepto cuando la seriedad, o algún que otro enfado, lo empujaban a hacerlo. Por lo general siempre utilizaba un apodo, Luna, debido a una marca de nacimiento con forma de media luna que ella tenía nada más y nada menos que en la nalga derecha. Al principio, cuando tuvieron sus primeros encuentros sexuales, Olivia intentaba esconderla, pues la avergonzaba, pero al final Nick acabó por descubrirla y, lejos de no gustarle, la vio como algo tremendamente sexy.

Olivia se acercó a él y miró sus ojos azules intentando averiguar lo que pasaba; y ahí estaba: un brillo de pesar que corroboraba que algo no iba bien.

—¿Qué sucede? —preguntó ella con impaciencia, deseando salir de la incertidumbre en la que se había sumido desde que su prometido había entrado en su cuarto.

Nick era rubio, alto y muy delgado, parecía que una bocanada de aire lo podía tirar al suelo. Sin embargo, su débil apariencia no tenía nada que ver con su esencia luchadora. Cuando se marcaba una meta, no escatimaba esfuerzos para conseguir su objetivo, aunque para ello tuviera que pasarse noches enteras sin dormir.

—No quiero casarme… —dijo él de golpe.

Se produjo un tenso silencio, de esos que ponen los pelos como

escarpias, que serpentean por las vísceras causando dolor. Olivia no dijo nada, la impresión la había dejado muda y era incapaz de articular palabra. Primero tuvo que dejar que el aire entrara en sus pulmones, porque el impacto había sido brutal. Su cuerpo casi no se acordaba de cómo respirar y tuvo que obligarse a hacerlo; incluso se llevó una mano al pecho a fin de cerciorarse de que su corazón seguía latiendo. Se acercó a la cama y se sentó, sin importarle que allí hubiera aún un montón de ropa por empaquetar y que, en consecuencia, se arrugara bajo su peso.

—Me estás gastando una broma —dijo con una risa tonta que no podía controlar, deseando con toda su alma que fuera una travesura de su príncipe azul. En realidad tenía ganas de echarse a llorar como una niña a la que le niegan algo con lo que lleva soñando desde hace años.

—No bromearía con una cosa tan importante —respondió él sin ánimo para añadir nada más.

Olivia tenía la sensación de que el suelo se la tragaba, de que unas garras ficticias la arrastraban al mismo centro de la Tierra, allí donde la oscuridad tiene su hogar.

—¿Por qué? Si no estás seguro podemos dejarlo para más adelante. Haremos caso a nuestros padres y acabaremos de estudiar.

—¿Y tú dejarás la academia de policía?

Olivia se quedó desconcertada.

—¿Qué tiene que ver la academia de policía con nuestra relación?

—No quiero que seas policía.

Ella abrió los ojos de par en par al ver que su chico tenía una idea del matrimonio algo cavernícola.

—¿Acaso eres un machista que espera que su mujer esté todo el día en casa ordenando, lavando sus calzoncillos y limpiándoles los mocos a unos niños llorones? No conocía esa faceta tuya.

—No, en serio, no se trata de eso. No quiero que seas policía y tener que estar todo el día preocupado por si llegarás a casa por la noche. No podría soportar vivir continuamente con ese desasosiego, al borde de un ataque de nervios. Me he dado cuenta de que no soy tan fuerte como para ignorar el peligro que conlleva tu futuro trabajo. No. No puedo… —Se pasó una mano por el pelo con desesperación; bien sabía que estaba quedando como un cobarde. Lo era, y con mayúsculas.

Olivia empezaba a entender su actitud. Y sospechaba que esa decisión tenía que ver con lo acontecido la semana anterior en el

barrio. Un policía amigo de la familia, que tenía mujer e hijos, falleció en una redada en una de las calles más conflictivas de Washington D.C., en la que se traficaba con droga.

Ella se levantó y lo abrazó; sólo estaba asustado y, en el fondo, se sentía halagada por que la quisiera tanto y deseara que no le pasara nada. No obstante, Nick no devolvió el abrazo. Se mantuvo distante, con la espalda erguida y los puños apretados, cosa que la preocupó.

—Entiendo tu inquietud, pero no te obsesiones —le dijo Olivia—. La gente se muere cada día, cariño.

—En tu trabajo, las posibilidades aumentan drásticamente.

—Sabes que quiero ser policía. No puedes obligarme a renunciar a mi sueño sólo porque tú tengas miedo; sería como arrancarme el alma.

—Olivia, escoge: o yo o tu sueño, ambos no pueden ser. No estoy dispuesto a vivir con el corazón en un puño.

Ella empezó a llorar, siempre lo hacía cuando quería ablandar a Nick. Sabía que no soportaba verla sufrir y se aprovechaba de ello. Sin embargo, esa vez pareció no dar resultado, pues él seguía con la misma postura: quieto, con los puños pegados a los costados, casi conteniendo el aliento. Incluso su rostro se mantenía impasible. En el fondo estaba librando una batalla interior, ya que tenía que reprimir sus ganas de abrazarla y besarla.

Pero había tomado una decisión respecto a aquello a lo que hacía días que le daba vueltas: no soportaría perder a su Luna por culpa de una bala. Reconocía su cobardía; tenía miedo, un miedo atroz que lo devoraba sin piedad. Más valía que cada cual siguiera su camino antes de que fuera demasiado tarde. Porque si se casaban, mucho se temía Nick que las peleas sobre ese tema serían constantes, ambos sufrirían y el amor que se profesaban acabaría por desaparecer, o bien esas discusiones se clavarían en ellos como puñales hasta hacerlos sangrar de rabia y frustración.

A través del prisma de sus lágrimas, Olivia percibía la figura desdibujaba de él, y lo dotaban de un aire incorpóreo, como si se tratara de un fantasma que se diluía en la atmósfera para desaparecer de un momento a otro. Se le encogió el corazón; algo le decía que lo iba a perder. Ya no tuvo ganas de fingir su llanto. Se secó las lágrimas con un pañuelo de papel, pues se estaba dando cuenta de que Nick hablaba en serio.

—No puedes obligarme a escoger, no es justo… —murmuró.

—Sé que no es justo, pero menos justo sería que me casara contigo sabiendo que tu oficio marcará el rumbo de nuestra relación. Es mejor

no tener que arrepentirnos después, cuando sea demasiado tarde.

Olivia pocas veces había visto a Nick tan convencido. Siempre le gustaba hablar claro, sin rodeos, como en aquellos momentos, sin disfrazar sus motivos con excusas en un intento de convencerla. Sin embargo, también era una persona racional, que cuando se daba cuenta de que no tenía razón solía flexibilizar sus exigencias. Pero en esa ocasión, por cómo la miraba, casi sin parpadear, sabía que no daría su brazo a torcer, que estaba decidido a dejarla si escogía su trabajo.

A pesar del calor, Olivia sintió un escalofrío, casi temblaba y tenía la carne de gallina. Se miraban sin retarse, sólo se observaban conscientes de que los próximos segundos serían los más importantes de sus vidas, unas vidas que seguirían juntos o por separado. Un golpe de aire entró por la ventana y uno de los batientes se cerró de golpe con un sonoro porrazo que retumbó en la habitación, aunque por suerte el cristal no se rompió. Pero ninguno dijo nada, ni tampoco hizo ademán de ir a cerrar la ventana; estaban paralizados, incapaces de mover ni un dedo. Demasiados años de complicidad pasaban por la mente de ambos, un amor que se había ido gestando poco a poco, que había ido madurando como si de un buen vino se tratara.

Olivia fue la que primero reaccionó: negó con la cabeza, resignada y confusa al mismo tiempo, pero decidida a que nadie le impusiera nada.

—Quiero ser policía, Nick, y lo seré contigo a mi lado o sin ti.

A veces las palabras quedan suspendidas en el aire, su significado flota en el espacio y deja una sombra imborrable. Pasó un segundo. Dos. Tres… Él la contemplaba, sabía a ciencia cierta que sería la última vez que podría hacerlo de ese modo, así que la envolvió con su mirada, guardó el recuerdo de su deliciosa boca en su mente, de sus cabellos castaños largos, sus ojos pardos, su cuerpo de mujer, ese que desprendía música cuando la tocaba. Le costaba un esfuerzo sobrehumano tenerla cerca y verla tan triste. Necesitaba acercarse y abrazarla, decirle que la amaba, pero que era tan cobarde que no podría aguantar la presión de su oficio, un oficio demasiado peligroso.

Olivia se volvió a sentar en la cama y bajó la mirada al suelo. Simplemente no podía mirarlo, no sin que las ganas de gritarle que era un desgraciado y un cobarde pudieran más que ella. Sabía bien que la rabia era una mala consejera, que hacía que se pronunciaran palabras de las que seguramente uno acabaría arrepintiéndose. Porque las palabras pueden cortar como cuchillos afilados. De acuerdo, estaba

furiosa, muy furiosa, casi fuera de sí, pero controlarse era su única alternativa.

—Vete —le pidió sin levantar la vista.

Sólo se permitió hacerlo cuando oyó que él había cerrado la puerta, y se la quedó mirando fijamente, abstraída, sin entender nada de nada. Su rabia no salió en forma de llanto desconsolado; ni siquiera descargó su frustración con algún que otro insulto o recriminación que el aire se encargaría de disolver. Esa vez la cólera se le quedó dentro, allí, en su corazón, escondida. Había encontrado un nuevo hogar en el que cada día se haría más grande. Se dice que el tiempo lo cura todo, pero para Olivia no sería así; porque su tristeza no desaparecería con los años. Devoraría los buenos recuerdos y contaminaría sus pensamientos hasta crear en su mente una especie de monstruo verde con dientes afilados, lengua de serpiente y garras por dedos, que tendría el nombre de Nick Evans.

El futuro soñado se había derrumbado como un castillo de naipes.

Diez años después

Olivia había recibido órdenes de su superior, Harry Kington, de que acudiera a una reunión urgente en su despacho. Se había convertido en una agente secreta de la CIA en muy poco tiempo. De hecho, se lo debía a Harry, al que había conocido en una misión cuando ella trabajaba en una comisaría. Él se había dado cuenta enseguida de sus aptitudes y se encargó de su entrenamiento, así como de enseñarle los secretos de su oficio. Un proceso tedioso y duro, que había culminado con un buen puesto de trabajo que le permitía una libertad de movimientos con la que muchos soñaban dentro de la CIA. De nada habían servido los comentarios malintencionados que habían querido desprestigiar su carrera inventando que era amante de Harry, motivo por el cual había llegado tan lejos. Unos comentarios que ella acalló rápidamente en cuanto demostró su valía en muchas misiones; algunas muy peligrosas, con la seguridad mundial en juego. Todos, absolutamente todos, de una manera u otra habían visto con sus propios ojos que era una agente de armas tomar, una líder nata, por lo que nadie en su sano juicio ponía ya en duda su capacidad con falsedades.

Y es que Olivia se había dedicado en cuerpo y alma a progresar en su carrera. En realidad, había sido la única manera que había tenido de olvidar al hombre que la había hecho soñar para, después, impedirle vivir un futuro decidido por ambos. Se había prometido no volver a caer en la trampa del amor, y su vida social había quedado reducida a nada. No tenía amigas, y mucho menos amigos, con o sin derecho a roce. Aunque con una especial excepción: su compañero de trabajo, Peter. Él era el único con quien compartía momentos de confidencias y de alegría, pues se querían como si fueran hermanos.

Olivia seguía viviendo en casa de sus padres, pero cuando estaba con ellos se limitaba a conversar sobre el tiempo, recetas de cocina, el gato de la vecina, los cuernos del vecino y poco más. La verdad era que el tono cáustico que utilizaba con sus progenitores impedía que la

relación fuera cálida, distendida y amable.

Su madre siempre había sido un puntal muy importante en su vida, dado que con ella había aprendido lo que era una amistad sincera. Sin embargo, desde que Nick la abandonó, las largas charlas, las confidencias, las tardes de compras juntas… se terminaron para siempre. Y no sólo eso, sino que, con el pasar de los años, los silencios se acumularon entre ellas hasta romper el puente de la comunicación. Porque Olivia prefería la seguridad que le daba la soledad que enfrentarse a la verdad ante la que su madre no tendría reparos en colocarla, por su comportamiento con ellos y con el mundo. No necesitaba meditar mucho para saber que no había superado su relación frustrada con Nick, pero no pensar en ello la hacía sentir que tenía la situación controlada, cuando era todo lo contrario.

Por otra parte, la monotonía y el aburrimiento que Olivia había buscado en su vida personal, desde el principio de su ruptura, la mantenían permanentemente en una burbuja. Como un buen campesino, había cultivado soledad, y eso era lo que tenía: una cosecha inmensa de soledad, de modo que no tenía motivos de queja. Aunque si fuera sincera consigo misma, reconocería que se sentía sola, tremendamente sola, una huérfana de la vida; se había limitado a seguir existiendo, sin ilusiones. Sólo los objetivos que se marcaba en su trabajo lograban darle emoción a su día a día. Y cuando no trabajaba, se encerraba en su habitación como si de un búnker se tratara. Era entonces cuando los recuerdos la desgarraban lentamente y terminaba llorando de dolor. Así que, para evitarlo, pedía hacer horas extras.

—Buenos días, señor —saludó Olivia nada más entrar en el despacho de su superior.

—Siéntese.

Olivia lo hizo y esperó a que su jefe terminara de hojear un expediente; supuso que en él estaría todo lo relacionado con su nueva misión.

Harry Kington era un hombre bajito, calvo y rechoncho. Solía vestir impecablemente con traje y Olivia nunca había visto ni una arruga en su ropa. Si bien sus rasgos parecían los de alguien pusilánime, la realidad era otra: no estaba donde estaba por falta de carácter, al contrario: no le temblaba el pulso si tenía que tomar una resolución drástica. De hecho, su capacidad para tomar decisiones —incluso en los momentos más difíciles— era lo que lo había catapultado al puesto que tenía en esos momentos. Todos sus hombres

sin excepción cumplían sus órdenes; no hacerlo significaba severos castigos, incluso perder el trabajo.

Harry hacía muchos años que estaba viudo, desde que un cáncer le arrebató prematuramente a su mujer, que lo había sido todo para él. No tuvieron hijos y no se le conocía ninguna otra relación, así que no era de extrañar que su jornada de trabajo se alargase hasta altas horas de la noche si hacía falta. Casi podía decirse que estaba casado con su profesión.

—Tiene un nuevo trabajo, Olivia.

Harry tenía un peculiar tono de voz cavernoso muy acentuado, que intimidaría a cualquiera. De modo que no era de extrañar que la gente cruzara pocas palabras con él, pues con aquel acento profundo y grave sentían como si los censurara. Con todo, su personal de confianza, entre el que estaba Olivia, ya se había acostumbrado.

—Sí, señor, ¿de qué se trata?

—Debe proteger a un empresario de renombre. —Le entregó la carpeta con el expediente de su nueva misión—. Está amenazado de muerte por su exsocio, David Campbell.

—¿Y por qué? —Olivia abrió la carpeta.

—Tiene que declarar contra él en un juicio.

—¿Qué ha hecho el exsocio?

—Matar a su esposa, y antes de ella hubo otras más que también murieron sospechosamente. Pero gracias a Nick hemos podido pillarlo.

Ella hojeó los folios y cuando leyó el nombre completo de la persona que tenía que proteger, un remolino arrasó con su buen hacer y su dureza, una dureza trabajada durante largo tiempo. Nick Evans… Se volvería a encontrar con el monstruo verde, de dientes afilados, lengua de serpiente y garras por dedos, que la apuñaló tiempo atrás sin compasión, destruyendo todo un pasado de amor y complicidad.

Muy a su pesar, los últimos diez años desaparecieron como por arte de magia y empezó a sentir y a recordar como si no hubieran estado tanto tiempo separados. Sujetó con fuerza los papeles, y el odio, la rabia y la frustración acabaron con cualquier sentimiento agradable que intentara revivir. Le resultó muy difícil mantener la calma, obligar a su rostro a no mostrar ninguna emoción y ordenarle a su cuerpo que dejara de temblar como un flan.

Levantó la vista y miró a su jefe. Quería hablar, pero temía hacerlo por miedo a decir alguna tontería. Estaba blanca y sus facciones se marcaron más de lo habitual; casi parecía una estatua recién esculpida, fría y vacía por dentro. Diez años atrás, su semblante era

suave y agradable, igual que su mirada, su sonrisa, su tono de voz… Pero en el presente todo eso había desaparecido para siempre. Y así seguiría siendo, porque así lo había decidido ella.

—¿Le pasa algo, Olivia? —preguntó Harry, siempre atento a cualquier indicio que le permitiera discernir la verdadera naturaleza de sus hombres o de sus enemigos—. ¿Hay alguna cosa que quiera contarme?

En ese momento a ella no se le ocurrió ninguna respuesta convincente que no la perjudicara; con todo, estaba nerviosa. Pero no podía explicarle a su jefe que había estado a un suspiro de casarse con Nick Evans; y más teniendo en cuenta que eso conllevaría una evaluación de su capacidad, a fin de garantizar si era la persona adecuada para la misión. Bajo ningún concepto quería que su vida privada quedara expuesta ante gente que ella no conocía, como Harry o los superiores de éste, o incluso sus mismos compañeros. A decir verdad, eso la pondría en un aprieto muy incómodo, de modo que no le dio más vueltas y cogió el camino más corto: mentir.

—No, señor.

Harry sonrió. No obstante, en esa sonrisa había algo más; Olivia supo que su jefe no estaba siendo sincero. ¿Acaso sospechaba algo? Sin embargo, se abstuvo de comentarle nada, a pesar de que le tenía confianza. Casi nadie conocía su pasado, que ella había mantenido oculto, puesto que no quería enturbiar su fama de mujer dura y competente, y su antigua relación con Nick la haría parecer débil y vulnerable. Como en aquel momento, en que se notaba hervir la sangre en las venas y los recuerdos se le amontonaban, provocándole un vaivén de sensaciones que no podía controlar y, por tanto, podían perjudicar su trabajo.

—Muy bien, Olivia, entonces échele un vistazo al expediente y, si tiene alguna pregunta, hágamela.

—Leo que Nick Evans estuvo vigilado, ¿cómo es posible que yo no supiera nada del caso?

—¿Me cree estúpido?

Olivia se tensó. En el tono de voz de su jefe, ya de por sí profundo, había un matiz acusador y ella no entendía por qué.

—¿Qué quiere decir, señor?

—¿Se cree que no sé el lío amoroso que tuvieron Nick y usted en el pasado? No estoy en este puesto por favores, o porque haya manipulado a nadie. ¿Qué consejo le doy siempre?

—Que vaya un paso por delante de los demás, así nunca me

pillarán desprevenida —contestó ella, palabras que Harry siempre le hacía recordar cuando la ocasión lo requería, como en aquel caso.

Casi se le escapó la risa al decirlo, y no pudo evitar que sus labios dibujaran una sonrisa divertida que nada tenía que ver con el buen humor, sino más bien con la vergüenza, como el gesto de una niña a la que pillan metiendo la mano en el bote prohibido de chuches. Así que su jefe estaba al tanto de los pretéritos vínculos amorosos entre Nick y ella, algo que Olivia no deseaba y que la hacía sentirse incómoda, como si estuviera desnuda ante él.

Se regañó mentalmente. Reconocía que no se había anticipado, pese a detectar cierto cariz sospechoso en Harry en cuanto le había expuesto el nuevo trabajo, pero su nerviosismo había bloqueado sus instintos, entrenados para detectar lo invisible, una debilidad que no podía permitirse. Muchas veces estos pequeños detalles eran los que llevaban una misión a un estrepitoso fracaso. Nick y los recuerdos habían tenido la culpa. Así que respiró hondo y asumió con humildad su falta. Después de todo, se merecía que su jefe la regañara por no tener en cuenta los consejos que siempre le había dado, y que habían sido los que la habían llevado a triunfar, primero como policía y después como agente secreta de la CIA.

—Espero que esto le sirva de lección. No debe haber una próxima vez, ¿entendido? —la reprendió él con dureza. Ella asintió y Harry enseguida continuó—: Tiempo atrás, cuando me expusieron el caso, investigué a todos los implicados, es la manera de ir siempre por delante de los demás. No dé nunca nada por hecho y no saque conclusiones basándose sólo en suposiciones. Recuerde que todo el mundo tiene secretos.

—Entonces, no entiendo por qué me ha escogido para la misión.

Su jefe se acomodó en su sillón desgastado, un detalle que no le importaba. Si quería, tenía presupuesto para uno nuevo, pues hacía y deshacía a su antojo con el dinero que le asignaban a su departamento. Pero su asiento había tomado la forma de su voluminoso cuerpo y se le amoldaba a la perfección, como si fuera un traje hecho a medida.

—Por aquel entonces no la conocía mucho —empezó a explicar Harry—, pero me ha demostrado que es de confianza y que es la mejor de mi equipo, y para este caso necesito al mejor de los mejores. Sé que no dejará que los sentimientos interfieran en su buen hacer. Sólo hace falta verla para saber que ese hombre ya no significa nada para usted, no ha mostrado ningún sentimiento cuando ha leído su

nombre. De todas maneras, si renuncia lo entenderé y no haré preguntas.

—Me halaga usted, señor. —Respiró hondo, mientras se permitía unos segundos de reflexión. Lo más conveniente sería que rechazara esa misión, sin embargo, era verdad que ella era la mejor y lo iba a demostrar una vez más—. No voy a renunciar, mi trabajo es lo primero.

—Me gusta oírle decir eso, demuestra que es toda una profesional. —Apoyó los codos en los reposabrazos y entrelazó los dedos sobre el pecho, sin dejar de mirarla a los ojos; su expresión se tornó intimidatoria—. No obstante, sabe muy bien que si la veo flaquear aunque sea un poco, la quitaré del caso y eso será una mancha en su carrera.

—Lo sé y prometo no decepcionarlo.

—Eso espero.

Dicho esto, se hizo un silencio que daba el tema por zanjado. Pero Olivia tenía una pregunta.

—Dígame, señor, si David Campbell está en la cárcel, ¿cómo es posible que atente contra Nick?

—Aún no lo sabemos —contestó el jefe—, igual que no sabemos cómo pudo eludir a la justicia tanto tiempo e ir matando mujeres sin que nadie sospechara nunca nada.

Ella abrió de nuevo el expediente y lo hojeó rápidamente.

—Todo un personaje, el típico psicópata sin escrúpulos. Veo que se sospecha que mató a más de treinta mujeres, casi todas prostitutas. Cuando se casó con una mujer de buena familia, que también desapareció, gracias a la insistencia de los padres de ella se tomó la determinación de investigar, cosa que llevó a su posterior detención.

—También fue mérito de Nick, que le tendió una trampa. Y lo hizo solo, la policía no sabía de sus intenciones. Sé, por los agentes que llevaron la investigación, que se indignó mucho, y cuando se enteró de que David estaba detrás de la desaparición de tantas mujeres, casi le da un ataque. Lo apreciaba y fue duro para él asimilar que era un asesino en serie. No le importó poner su vida en peligro para que lo detuviéramos. Nick es un empresario rico con escrúpulos, algo difícil de encontrar.

¿Así que Nick había jugado a ser policía? Olivia se extrañó, nunca lo habría creído capaz, y mucho menos después de la última conversación que mantuvo con él. Además, la sorprendía que se hubiese puesto en peligro, pues creía que carecía de la pasión que

supone urdir un plan para atrapar a un criminal de ese calibre. Desde luego no era fácil, y lo podrían haber descubierto a la primera. Casi había sido un milagro que no hubiera sucedido, y si a eso se le sumaba el hecho de que Nick tenía una constitución delgada y débil, realmente se había puesto en peligro de una manera irresponsable.

—Sólo tendrá que protegerlo hasta que declare en el juicio, que será dentro de dos días —añadió Harry.

Olivia cerró la carpeta y se levantó.

—¿Cuándo empiezo?

—Nick Evans la espera en la sala de reuniones, de modo que empieza ahora mismo.

—¿Qué? —Carraspeó en un intento de que no se le notara el nerviosismo, aunque las rodillas empezaron a temblarle—. Necesito tiempo para escoger a los hombres que me ayudarán en la tarea de protección y vigilancia, al menos hasta mañana a primera hora.

Estaba mintiendo y su jefe lo notó, como delataron su ceja alzada y su sonrisa torcida. Olivia se sonrojó, lo que en realidad necesitaba era tiempo para mentalizarse. Volver a ver a Nick después de una década sería una de las pruebas más duras que tendría que pasar. Ni las que había superado en la academia habían sido tan complicadas como ésa.

—Ya me he encargado yo —se apresuró a decir Harry—. Le he escogido a los mejores, así que por eso no se preocupe.

A Olivia no le quedaban excusas, no de las habituales; si bien le vinieron a la cabeza otras: fingir un dolor de estómago terrible, una tía lejana muy enferma que, de pronto, necesitaba de sus cuidados, un ficticio perro que tenía que recoger de casa de una ficticia amiga, una cena familiar… pero las descartó todas por estúpidas e infantiles. Además, era una profesional, no necesitaba excusas, ¡ya bastaba de hacer el idiota! No iba a permitirse perder lo que tanto le había costado conseguir, y mucho menos por culpa de sus nervios y de Nick. Él era agua pasada, un capítulo final, un molesto grano en el culo, un dolor de muelas que desaparecería en dos días…

—De acuerdo, entonces empiezo ahora mismo —confirmó.

No añadió nada más y se dio la vuelta para irse. Aunque temblaba, se esforzó por ocultarlo, y por suerte dio resultado.

—Recuerde que me ha prometido no decepcionarme, Olivia.

Ella, que estaba con la puerta a medio abrir, ladeó la cabeza, lo miró y dijo:

—Nunca lo he hecho, señor.

Y salió con la firme convicción de que haría bien su trabajo, como

siempre hasta el momento. Mientras tanto, Harry Kington sonrió. Su plan iba viento en popa. Cogió su móvil he hizo una llamada.

—¿Beth?

—Sí, soy yo.

—Nuestro plan está en marcha. Ya puedes proceder.

Y colgó sin añadir nada más.

CAPÍTULO 2

Al cabo de diez años, Olivia iba a tener ocasión de comprobar si Nick seguía siendo el mismo y saber qué vida llevaba. Ya no le haría falta hacer suposiciones sobre el asunto en sus largas noches solitarias. Lo había imaginado con otras mujeres, feliz con su nueva existencia, dando y recibiendo amor.

Reconocía que era un método muy morboso de causarse dolor, pero aun así había sido la única solución que había encontrado. La manera de mantener sus propios sentimientos atados a una enorme piedra en el fondo del mar, a fin de que se ahogaran para siempre. Con todo, ni con ésas lo había conseguido; siempre encontraban oxígeno en los recuerdos de cuando ambos eran felices. En ocasiones le gustaba imaginar una idílica vida a su lado, junto a sus supuestos hijos: Jon y Madelene, un par de perros y algún gato correteando por una casa blanca, junto a un lago de aguas azules y plácidas.

A su pesar, reconocía que todavía soñaba con cuentos de hadas, príncipes y princesas. No obstante, había aprendido que los cuentos eran sólo eso: cuentos, fantasías, historias… para entretener a los niños. Pero ella ya no era una cría y no le quedaba más remedio que sacar su parte más dura con él, o mejor dicho, debía mostrar indiferencia y tratar a Nick como a un desconocido.

Con tal de llevar a buen puerto su misión, sería capaz de recurrir a cualquier cosa. No quería fracasar, esa palabra no existía en su vocabulario. Al mismo tiempo, quería hacer bien su trabajo, que para eso se había esforzado tanto en llegar donde estaba. No podía arriesgarse a perderlo todo por culpa de un hombre que la había apuñalado en el corazón. Sí, así se sentía: herida, decepcionada, enfadada… porque él había sido un cobarde y se había negado a enfrentarse a la dificultad que representaba ser el marido de una mujer policía. Su amor por ella no había llegado a tanto.

Olivia bufó con desespero. No iba a engañarse, sería estúpido

hacerlo, sabía a ciencia cierta que fingir indiferencia no era tan fácil como cabría esperar. Todo su ser estaba revolucionado, no podía dejar de temblar y de respirar agitadamente desde que había sabido que Nick la esperaba en la sala de reuniones. Darse cuenta de que tenía puntos débiles la desmotivaba sobremanera, y más aún teniendo en cuenta que siempre había pensado que no poseía flaquezas, ya que se había entrenado con severidad y firmeza durante diez largos años. Lo irónico era que había dado por hecho que había superado con buena nota el abandono de Nick, cuando la verdad era que no había sido así. Sólo había hecho falta que su jefe pronunciara su nombre para que un huracán la sacudiera con violencia y la descosiera de arriba abajo.

Elucubró con ahínco en busca de alguna manera de superar tamaña prueba, sin embargo, nada de lo que se le ocurría lograba convencerla. Finalmente, decidió ponerse en manos del destino e ir decidiendo sobre la marcha.

El corazón le latía tan fuerte, que si no se calmaba se le saldría por la boca. Lo notaba pulsar dentro de su caja torácica; a ese paso le daría un ataque. Estaba hecha un manojo de nervios y, como no podía controlarse, decidió ir al baño. Se lavó la cara con agua fría, aun así, no podía detener aquel temblor que nacía de su interior. Se miró en el espejo, directamente a sus ojos pardos, y se dijo:

—Venga, Olivia, puedes hacerlo. Superaste su abandono, esto sólo es trabajo. Dos días nada más y punto final para siempre.

Escuchar sus palabras en voz alta, de alguna manera hizo que se calmara. Si bien todavía sentía un ligero temblor, más o menos tenía controlada la situación, o eso creía.

Fue hacia la sala de reuniones con paso firme. A medida que se acercaba, el corazón le latía más deprisa, sus andares se hicieron más lentos y, para su desesperación, titubeó un poco. Parecía que llevara una copa de más, lo que hizo que los colegas con los que se cruzaba en el trayecto la contemplaran con cierta sorpresa.

Al principio Olivia no se dio cuenta, estaba tan concentrada en superar los próximos minutos que todo lo demás no importaba. Sin embargo, cuando oyó lo que parecían ser unas risitas burlonas, miró a su alrededor y, por cómo la observaban, supo que era el centro de atención. Muchos, incluso, la contemplaban con el interés típico de un agente de la CIA. Odiaba cuando los compañeros la evaluaban como si fuera alguno de los criminales de los que había que elaborar un perfil. De modo que se obligó a sacar su parte dura, esa que intimidaba a camaradas y delincuentes por igual y se irguió, al tiempo que pisaba el

suelo con determinación y su rostro adquiría una expresión furiosa: los labios apretados, los ojos medio abiertos y el cejo ligeramente fruncido. Como por arte de magia, dejó de temblar y ya no era el centro de atención de las miradas de sus colegas.

Sin más contratiempos llegó a la puerta de acceso a la sala de reuniones. Una vez allí, se detuvo y respiró hondo. «Sólo es trabajo —se iba diciendo en silencio, una y otra vez, mientras agarraba el pomo de la puerta—. Sólo es trabajo.» Y entró con una enorme sonrisa postiza en los labios.

«Sólo es trabajo.

»Sólo es tra… —Dejó de pensar debido a la impresión—. ¡Y una mierda sólo es trabajo!»

Su sonrisa postiza se metamorfoseó en una boca abierta de par en par, y sentía que en sus pupilas habían aparecido dos grandes signos de exclamación. Y es que ante ella estaba el hombre más espléndido que hubiera visto nunca. Nick había cambiado. Debía de haber esculpido su cuerpo a base de gimnasia, a juzgar por los músculos marcados que envolvían su antaño esquelético físico. Llevaba una camisa de corte moderno, que se le ceñía bastante, y parecía el prototipo de macho perfecto de una revista de moda masculina. Ya no tenía el aspecto de antes: delgado y débil, en su lugar había un hombre capaz de derretir a cualquier mujer en la que posara sus ojos azules, que brillaban de alegría mientras la observaba.

Olivia intentó ocultar su sorpresa y se apresuró a mostrarse fría e indiferente. La comisura izquierda de su labio se alzó, dando como resultado una mueca despectiva, algo que estaba lejos de sentir.

Nick estaba sentado cuando ella había abierto la puerta y, en su precipitación por levantarse, había tirado la silla. A pesar del ruido, seco como el restallido de un látigo, ninguno de los dos la recogió y quedó tirada en el suelo.

Nick contempló a Olivia con un interés que no se molestó en disimular. Ella había cambiado, sus facciones, similares a las de un muchacho encolerizado, reflejaban dureza, y su mirada era cáustica. Lejos quedaba la dulzura que siempre le había mostrado; además, no escondía cierto desdén hacia su persona. Llevaba el pelo muy corto.

Nick no pudo evitar recuperar el recuerdo de la mujer de antes, y echó de menos su melena castaña, pues siempre le había gustado cómo enmarcaba sus rasgos femeninos, dotándolos de una suave sensualidad. Pero el corte masculino que llevaba en ese momento daba una profundidad inquietante a sus facciones. O tal vez fuera sólo una

impresión, debido a que ella lo miraba con enfado. La verdad era que no esperaba que lo recibiera con los brazos abiertos, así que no se decepcionó, lo encontró normal dadas las circunstancias.

Olivia vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta de algodón blanca, todo muy ancho, por lo que no se podía entrever su cuerpo perfecto. Pero por más que se escondiera tras aquellas ropas tan masculinas, él sabía que sus pechos cabían en sus manos y que se acoplaban a sus palmas a la perfección. También conocía sus piernas bien torneadas, que apresaban sus caderas cuando él solía embestirla. Sí, aún guardaba en su mente el recuerdo de cada centímetro de su piel. Y el aroma fresco y juvenil de su cuerpo desnudo. Y el dulce sabor de su sexo humedecido por sus caricias…

Tuvo que poner freno a su mente, que le estaba jugando una mala pasada, y sus pantalones no eran lo bastante holgados como para disimular su erección.

—Hola, Luna… —la saludó.

Olivia tosió en un intento de que su compañero de trabajo, Peter, que acababa de entrar en la sala, no oyera su apodo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Luna? ¿Y eso? ¿Acaso no te llamas Olivia? —preguntó.

En otra época a ella no le hubiera molestado el apodo, al contrario, habría sonreído de oreja a oreja. Sin embargo, ahora hasta le dolió la marca de nacimiento que tenía en la nalga derecha, como si Nick se la estuviera mordisqueando, igual que en tiempos pasados, cuando la pasión los consumía.

—Peter, ve a buscar a los demás y esperad en la otra sala.

Peter los miró alternativamente, con sus ojos grises brillando con recelo. Tenía sólo veinte años recién cumplidos y no entendía de relaciones, y mucho menos de mujeres enfadadas, pues en su mundo solamente existían los ordenadores. Sin embargo, era lo bastante listo como para percibir que entre aquel par había sucedido algo. No obstante, aunque lo asaltaron muchas preguntas, mantuvo la lengua quieta. Más le valía, si quería conservar las pelotas. Olivia no dudaría en arrancárselas de cuajo si con ello le cerraba la boca, de modo que decidió marcharse de inmediato.

En cuanto ella oyó que su compañero cerraba la puerta, soltó:

—No me llames Luna delante de nadie, soy Olivia. Y para ti soy tu guardaespaldas, nada más, ¿entiendes?

Su tono era tan duro como sus facciones y su mirada. Nick supo que por dentro tenía un bloque de cemento armado rodeando sus

sentimientos. Y él era el único culpable, eso también lo sabía. En el fondo se lo merecía, incluso sería justo que ella lanzara por su boca sapos venenosos y cuchillos afilados, porque había sido un idiota al dejarla escapar. Los miedos se habían apoderado de él por completo y él lo había permitido. No había sido fuerte, tal como cabía esperar de un hombre enamorado. La verdad era que se lo había ganado a pulso. Sin embargo, no perdía la esperanza de recuperarla. Para empezar, se propuso convencerla con sus buenas intenciones y con la verdad. Amaba a aquella mujer que se mostraba reticente ante él, y sólo esperaba que fuera así por poco tiempo. Tenía fe en ello, o, mejor dicho, no perdía la fe y no la perdería nunca. Estaba decidido a luchar por recuperar lo que habían tenido en el pasado, porque sin lucha no había victoria.

—Has cambiado mucho —dijo Nick, acercándose—. Ya no eres la muchachita dulce y cariñosa, siempre con una sonrisa en los labios, la que siempre me complacía, fuera cual fuese mi deseo.

Esto último lo dijo en un tono sensual, el mismo que utilizaba en el pasado cuando le besaba el cuello y le pedía al oído, en un momento de pasión desatada, que lo tocara y le diera placer. ¡Ahhh, esos recuerdos lo estaban volviendo loco y poco le faltó para pedírselo en ese momento! Lo detuvo la mirada de víbora venenosa que ella le dedicaba.

A Olivia le ardía el rostro, cualquiera diría que acababa de zamparse una guindilla. Recordaba demasiado bien ese tono de voz suyo tan masculino y su piel hormigueó con las imágenes, que aparecieron en su mente con demasiada nitidez, de sus cuerpos entregados al placer. Cruzó los brazos, para, con ese gesto, frenar, o eso creía ella, la necesidad lujuriosa de abrazarlo, besarlo y, y… Intentó detener su pensamiento de inmediato. Reconocía que Nick era tentador, un hombre atractivo con el que pecar. Pero ella dejó atrás los pecados de la carne en el mismo momento en que él, diez años atrás, salió de su habitación de casa de sus padres después de romper su compromiso.

—La vida cambia y las personas también —replicó con sequedad —. Además, hay capullos que no son dignos de mi dulzura, una rata apestosa, por ejemplo, sería más digna que tú de mis caricias.

Vio que él sonreía sarcástico ante su comentario. La tonta sensación de que le había marcado un gol la hizo sentirse orgullosa. Pero cuanto más lo contemplaba, más cuenta se daba de que Nick la ganaba por goleada. Todo él era pecado. El olor de su colonia le

recordaba al océano en invierno, un frescor salado y húmedo. La estaba volviendo loca y tuvo que alejarse como única manera de protegerse. Supo, sin ninguna duda, que no podría estar muy cerca de él sin acabar con las neuronas derretidas. Tal vez lo mejor sería que acudiera a su jefe y rechazara el trabajo antes de que su locura los pusiera en peligro a los dos. No obstante, desechó la idea de inmediato. Había trabajado duro para estar donde estaba, había escalado dentro del cuerpo, sin privilegios, por sus propios méritos, y no echaría todo su esfuerzo por la borda por un calentón de cinco minutos. En cuanto pudiera descargar su adrenalina en una sesión de lucha en los entrenamientos, ya se le pasaría.

—Veo que estos años te han tratado bien… —dijo ella, pero enseguida se dio cuenta de que no iba por buen camino, pues no quería que Nick pensara que estaba hablando de su físico. Carraspeó y se insultó mentalmente. Suerte que sus compañeros no la estaban viendo, porque, con toda seguridad, se darían cuenta de su estupidez —. Quiero decir, que parece que el trabajo te va bien. Me alegro por tu éxito como empresario.

Miraba a Nick sin darse cuenta de que había iniciado una conversación y esperaba algún comentario. Él se sentó en el borde de la mesa. Estaba anocheciendo y en la sala había más sombras que luces. Una de esas manchas oscuras era él, una enorme, de aspecto seductor. A Olivia le pareció un felino al acecho en busca de una víctima a la que avasallar con su lujuria. Bien sabía que era su presa; a Nick nunca se le había dado bien disimular su deseo sexual por ella. Eso la puso nerviosa, por lo que fue a encender las luces. La luz siempre aclaraba las ideas, incluso las más estúpidas.

—Me ha ido muy bien —contestó él—. Monté una empresa de refrescos con sabor a cereza que se está expandiendo muy deprisa.

—Cher se llama, ¿verdad?

—Ah, me sigues la pista. —En su mirada brilló la satisfacción—. Me gusta. —Sonrió de una manera que hizo que su dentadura blanca y perfecta casi reluciera bajo los fluorescentes.

—¡No seas egocéntrico! Lo he leído en el informe que me ha pasado mi jefe. Y no sonrías de esa manera, pareces un anuncio de dentífrico.

Él rio sonoramente, como si la estuviera desafiando.

—No te creas… —Otra vez sonrió exageradamente, le estaba vacilando—. Una marca de dentífrico me lo ha propuesto, quieren aprovechar mi éxito con Cher. Pero ése no es el tema. Así pues, si has

leído el informe, sabrás que sigo soltero. Y sin compromiso. Y sin novia. Y sin amigas.

—No es asunto mío.

—Claro que es asunto tuyo.

Se acercó y le acarició la barbilla con cariño. Ella le apartó la mano de un manotazo, pero aun así él no se resignó, quería recuperarla. Quizá si decía la verdad, su sueño se cumpliría.

—No he podido olvidarte, Olivia; me equivoqué. Vivir lejos de ti es peor que la preocupación por tu seguridad. Quiero que vuelvas conmigo. Estábamos a punto de casarnos, ¿quieres que lo retomemos donde lo dejamos? Dentro de dos semanas podríamos estar casados.

Sus palabras sólo causaron en ella un sentimiento de desconfianza y una rabia malsana que le hizo querer romperle todos los huesos. Pero desechó la idea de inmediato; aun así, no pudo evitar que el dolor, y también todas las noches solitarias que había pasado, cuando sólo los recuerdos secaban sus lágrimas, se acumularan en la palma de su mano, que aterrizó en la mejilla de Nick con fuerza, resonando en la estancia.

—¡Ahhhh! —se quejó él—. ¿Te has vuelto loca? —Se acarició la mejilla lastimada.

—¡Tú sí que estás loco! ¡Cómo te atreves! ¡Me hiciste daño! Este bofetón no es nada comparado con mi dolor.

Olivia era como un dragón lanzando fuego por la boca. ¿Cómo se atrevía a ser tan insensible? ¿Acaso no se daba cuenta del sufrimiento que le había causado y con el que todavía cargaba? La obligó a escoger entre él y sus sueños, o sea, su trabajo. Nunca entendió que debía quererla tal como era, ya que amar era eso, aceptarse y adaptarse para tener una buena convivencia. Ella había estado dispuesta a darlo todo en aquella relación. Incluso no teniendo la madurez de una mujer adulta, y sin haber vivido mucho, había comprendido que juntos podían complementarse a la perfección y, con defectos y virtudes, crecer como personas. Sin embargo, Nick huyó de ella porque no quiso enfrentarse a la realidad de compartir la vida con una mujer que tenía sus propios sueños, sueños que a él no le gustaban. Lo peor de todo fue que pretendió que abandonara sus metas a cambio de seguir juntos. Por esos motivos, y muchos otros, ahora no podía llegar y poner su vida del revés, Olivia no quería darle el poder de lastimarla una segunda vez. Las disculpas, si no son de corazón, no sirven de nada, y dudaba de que Nick realmente hubiera superado sus miedos.

—¡Eres un idiota! —gritó, sin darse cuenta de que lo estaba haciendo y que la debían de oír por todo el edificio—. ¡Y un estúpido! ¡Y… y un desgraciado insensible! No me casaría contigo aunque fueras el último hombre de la Tierra…

La puerta se abrió de golpe, interrumpiendo su retahíla. La cabeza de Peter, con su espesa mata de pelo negro rizado, asomó por el hueco.

—He oído gritos, ¿pasa algo…? —Se detuvo cuando vio que Olivia lo miraba con una furia que le heló la sangre. Cerró la puerta de inmediato, consciente de que no había sido inteligente molestar. Nunca había visto a su colega tan enfadada.

—Definitivamente, no eres la gatita remolona y dulce de antes —dijo Nick, tocándose todavía la mejilla, mientras la observaba con ojos de asombro.

—Entonces, te habrás dado cuenta de que es peligroso acercarse a mí.

—En el fondo me gusta ese aire rudo. —Sonrió de oreja a oreja, mostrando sus dientes relucientes, lo hizo a propósito para exasperarla un poco más—. ¿Sabes?, aunque quieras esconder tu cuerpo bajo esas ropas anchas de hombre, a mí no me engañas, te he visto muchas veces desnuda. Y en todas las posturas posibles. Esas cosas no se olvidan…

Olivia empezó a sudar, no porque tuviera calor, sino porque toda su anatomía empezó a despertar. Aquel cosquilleo que la hacía respirar a bocanadas y que le ponía la carne de gallina era deseo.

—¡Ya basta! —exclamó, en un tono entre sensual y duro, debido a lo excitada que estaba.

—¿Te estoy poniendo nerviosa?

¡Imbécil! Claro que la estaba poniendo nerviosa y él lo sabía. Sin embargo, no le daría la satisfacción de confirmárselo.

—¿Tú, ponerme nerviosa? —Se rio—. ¡Ja! Ya te gustaría. Recuerda que ahora soy agente de la CIA. Y los agentes secretos saben controlar sus emociones, porque sus vidas dependen de ello.

—Entonces más motivo para sentirme orgulloso.

Olivia sabía que no había logrado engañarlo.

Se había equivocado aceptando el trabajo. Ahora bien, ante todo era una profesional, eso lo tenía claro. Aunque tenía serias dudas de que fuera a salir airosa de la misión, las ganas de demostrar su valía podían con sus reticencias. Eso sí, a partir de ese instante dejaría sus sentimientos a un lado y emprendería su tarea sin titubeos de ninguna

clase. De modo que, tratando de recuperar la compostura, respiró hondo.

—Necesito que me hagas una lista de tus actividades de los próximos dos días —pidió ya en plan profesional, la faceta en la que se sentía más cómoda—. Tenemos que estudiar la mejor manera de protegerte.

Nick se acercó a la mesa, cogió una carpeta, la abrió y sacó un folio, que le entregó.

—He hecho los deberes. Aquí tienes todas mis actividades, a qué hora me levanto, a qué hora me acuesto y, por si te interesa también, el horario de mis duchas, te lo digo por si quieres que aprovechemos el agua. Es lo que hacíamos cuando éramos jóvenes, ¿te acuerdas? Siempre fuimos muy ecologistas en esto, no nos gustaba malgastar.

Olivia carraspeó. La imagen de ellos dos bajo la ducha, enjabonándose el uno al otro, haciendo el amor salvajemente, mientras el agua caliente corría por sus cuerpos, la llevaron al límite de su aguante. El folio empezó a temblar entre sus dedos.

Se dio la vuelta y quedó de espaldas a él para que no percibiera su turbación. Intentó leer, pero el deseo que circulaba por su sangre pudo con ella y la tarea le resultó imposible. Las letras parecían copular unas con otras: se desató una orgía en aquella hoja. Hizo como si leyera, intentando desesperadamente que Nick no se diera cuenta. Lo oyó acercarse a su espalda y, cuando estuvo a su altura, le susurró cerca del oído:

—No sabía que leyeras al revés.

Olivia sacudió la cabeza, enfocó la mirada en la hoja y… ¡maldita fuera, estaba del revés! Carraspeó y dijo:

—Nos entrenan para todo y me he acostumbrado a leer así, hasta resulta divertido. —Qué mentirosa que era.

—Ya. Y los gatos ladran, ¿verdad?

Ella ignoró el comentario y prosiguió con su tarea, sin levantar los ojos del folio, quieta donde estaba.

—Por lo que veo, esta noche no tienes ningún compromiso.

—No, la tendremos entera para nosotros.

Olivia suspiró, no le quedaba más remedio que recurrir a la seriedad. La situación lo requería, pues la vida de él estaba en peligro, de modo que lo miró a los ojos y dijo en tono severo:

—Nick, esto no es una cita.

—Ya lo sé.

—Entonces no actúes como si lo fuera.

—Eres mi guardaespaldas, ¿no crees que nuestra relación durante los próximos dos días va a ser muy estrecha? Pareceremos una pareja de recién casados.

Ella no se tomó en serio el comentario, era la única manera de poder hacer bien su trabajo.

—Mañana veo que tienes una cena —siguió Olivia.

—Sí, y muy importante.

—Habrá mucha gente.

—Como unos mil invitados, presento el nuevo diseño de las botellas de Cher.

—Aplázalo o anúlalo, me da igual lo que hagas, pero no nos vamos a arriesgar.

—Ni lo sueñes, he trabajado duro en este proyecto y he invertido mucho dinero, van a ser unos envases espectaculares y no quiero perderme esta importante promoción, ni la cara de la gente cuando vean el nuevo diseño de la marca. Espero que entiendas que es importante para mí. Y voy a ir, contigo o solo.

—Tu vida está en peligro, idiota.

—Para algo eres mi guardaespaldas, tendrás que acompañarme y no separarte de mí. Diremos que eres mi prometida.

La expresión de Olivia era la misma que si le hubieran dado un fuerte pisotón.

—¡No vas a decir eso!

—¿Por qué?

—Porque no soy tu prometida.

—Entonces, ¿tienes novio?

Se hizo el silencio. Nick contenía la respiración; una respuesta afirmativa lo destruiría.

En un primer momento, ella no quiso contestarle, pero pensó que era una estupidez esconder algo que, a la larga, él sabría por otra persona.

—No tengo novio.

Nick soltó un sonoro suspiro de alivio. Se alegraba de saberlo. No podía creer en su buena suerte y debía aprovechar el tiempo para enamorarla de nuevo.

—¿Y ese suspiro? —preguntó Olivia casi sin querer, sorprendida por tan evidente reacción.

—Es de alivio, no tengo competidores.

Ella entendió demasiado bien lo que quería decir.

—Ni en tus mejores sueños regresaré contigo, Nick; de modo que

déjalo estar.

—El tiempo lo dirá, de momento diremos que eres mi guardaespaldas.

—¡No! Nadie puede saberlo, es una misión secreta. Si David se entera, lo tendrá más fácil para atentar contra ti; al enemigo nunca hay que darle información.

—Está en la cárcel.

—Ya, pero es listo y ha dado muestras de tener recursos. Puede contratar un mercenario.

—Tienes toda la razón. Así pues, regresaremos a mi plan: durante los próximos dos días eres mi prometida, no nos queda otra alternativa.

—¡No!

—Por Dios, Luna, qué difícil eres de contentar.

—¡No me llames Luna! Diremos que soy una amiga de la familia que ha venido a Washington de vacaciones.

—Nadie se lo creerá y todos sospecharán.

—¿Por qué? ¿Acaso no tienes amigas?

Hubo un nuevo silencio. Olivia lo miraba y él la miraba a ella. Nick hundió los hombros; no quería que se enterara de que después de dejarla ninguna otra mujer le había interesado. Ninguna había despertado en él ningún sentimiento que no fuera su necesidad sexual, que saciaba con un polvo rápido. Recurría a mujeres de una noche a las que conocía en bares y con las que acababa en un hotel por horas. Nunca las llevaba a su casa, tampoco les pedía el número de teléfono, ni tan sólo les preguntaba el nombre. Se olvidaba completamente de ellas en cuanto se habían acostado.

Desde luego, nunca se había sentido orgulloso de utilizar a las mujeres de esa manera, basta con decir que cuando se las follaba se imaginaba que estaba con Luna. Sí, era patético, tan patético que no lo reconocería ante nadie ni aunque lo quemaran vivo. De todas formas, decidió contarle parte de la verdad.

—Tengo amigas, pero ninguna ha entrado en mi casa. Siempre he pensado en el hogar como en un santuario y por nada del mundo dejaría que cualquiera entrara en él. Por eso te digo que nadie se creerá que eres una amiga y sospecharán.

Olivia abrió los ojos como platos y hubiera respirado de alivio de haber estado sola. Así que Nick no llevaba mujeres a su casa, ohhhh, eso le encantaba.

Estúpida… y a ella qué más le daba. ¿No se había repetido miles

de veces, durante diez largos años, que ya no sentía nada por él? No obstante, ni repitiéndolo en voz alta había conseguido que su alma se lo creyera, y en ese momento se estaba dando cuenta.

Hubo un tiempo, exactamente después de que la abandonara, que había creído que su vida y su futuro se habían acabado. En cierto modo fue así, pues una parte de ella murió con su abandono. Hasta que aprendió a sumergirse en su trabajo y a obligarse a no pensar en él. Experimentó una especie de renacimiento, uno que confundió con haber superado su relación frustrada.

Sin embargo, siempre había días lluviosos y fríos en los que, sentada en el sofá y tapada con una manta, saboreando una taza de chocolate caliente, los recuerdos cobraban vida. Entonces la felicidad tomaba forma en un mundo ficticio que Olivia creaba junto a él y que, cuando se daba cuenta, procuraba evitar a toda costa, pues esas ensoñaciones siempre acababan en llanto. En aquellos momentos tendría que haber tomado conciencia de que la herida no se había curado, y que mucho menos estaba cicatrizada.

Porque del calor del amor nadie puede escapar, y menos cuando se lleva en el ADN, como le pasaba a ella. Pero Nick no era como ella, porque si Nick la hubiera amado de la misma manera, se habría arriesgado a construir una relación.

En fin… había pasado una década y estaban frente a frente; sin embargo, los separaba el mismo abismo de miedos y desconfianzas amasados en soledad por parte de ambos. A decir verdad, Olivia desconfiaba de Nick, de sus palabras y de su arrepentimiento. Esos años pasados había habido demasiados días lluviosos y demasiadas tazas de chocolate caliente como para ignorarlo.

En otras ocasiones pensaba que, con toda seguridad, la habría olvidado y estaría con otra. La desesperación por si algún día se enteraba de que se había casado y que tenía algún hijo, la había mantenido en vilo, incluso había meditado sobre cómo superar tal noticia en el caso de que se hubiera producido. Pensaba que sería tan grande su desconsuelo que había diseñado un plan B y un plan C por si el B no funcionaba; hasta logró maquinar un plan D por si el B y C también fallaban. Porque si eso hubiera sucedido, Olivia se habría derrumbado para siempre; ni su trabajo la habría ayudado a soportar una verdad tan cruel que la hubiera ahogado cada día un poco más hasta asfixiarla por completo.

Las de noches que se había pasado llorando, no queriendo saber nada de él, pero sin embargo reconociendo que lo quería saber todo.

Esa lucha interna le quitaba horas de sueño y nada la calmaba; salvo quizá los recuerdos, que, a pesar de ser pasado, ella convertía en presente, imaginando una vida en común junto a Nick, tal como habían planeado, y cómo serían sus hijos, Jon y Madelene.

La necesidad de averiguar un poco más de su vida pudo con ella y, sin calcular las consecuencias, preguntó:

—Entonces, ¿no has tenido ninguna novia? ¿Ni ligues? ¿O amigas con derecho a roce?

Nick sonrió, a ella le importaba su vida sentimental, eso era bueno. Parecía abrirse una brecha en el muro de hormigón armado que Olivia había alzado para protegerse, sobre todo de él. La fe se hizo fuerte en su corazón; tal vez, con el tiempo, lo perdonaría. Tenía la esperanza de que sucediera en cuanto se diera cuenta de que había cambiado y de que los miedos ya no lo tenían esclavizado.

—¿Te importaría? ¿Te sentirías celosa si así hubiera sido? —preguntó.

En realidad, Nick quería cerciorase de que Olivia seguía pensando en él tanto como él en ella. La frías y solitarias noches que había pasado pensando si habría rehecho su vida, lo habían mantenido en una agonía infinita. No podía imaginarla junto a otro hombre que no fuera él.

—¿Importarme a mí? —replicó ella—. ¡Ja! Puedes hacer lo que te dé la gana con tu vida.

—¡Sí que te importa! —Sonrió mostrando su dentadura blanca, con una mirada terriblemente seductora, como quien sabe que tiene la sartén por el mango.

—No pongas en mi boca cosas que no he dicho.

—A mí no me engañas…

—Cállate…

—Sólo un beso me haría callar.

—¡Ni lo sueñes!

Nick no insistió. Aunque las ganas de besarla clamaran en su interior desesperadamente, se controlaría. Se consoló con la idea de que tendría muchas oportunidades para llevar a cabo su plan de seducción.

—Entonces, está decidido —dijo—: Los próximos dos días, tú y yo estamos prometidos.

—Pero sólo a ojos de la gente, en la intimidad no.

Nick sonrió con picardía.

—En la intimidad podemos hacer otras cosas que no hace falta

estar prometidos para hacerlas.

—Te informo de que soy cinturón negro y experta en defenderme en cualquier situación. Ni esos musculitos tuyos podrían conmigo, así que no te acerques.

—Veo que te has dado cuenta, ya no soy el tipo flacucho y débil de antes, ¿verdad?

Nick había encontrado en el deporte un aliado para sus noches solitarias, esas en las que pensaba en Luna y hacerlo le impedía relacionarse con otras mujeres. Únicamente haciendo pesas y corriendo en la cinta acababa cansado, tanto que se quedaba dormido nada más tumbarse en la cama.

—Tu cambio es evidente. Hasta un ciego se daría cuenta.

—¿Y te gusta?

¿Que si le gustaba? Nick estaba espectacular; físicamente no tenía defectos y verlo desnudo, con sus músculos sudorosos mientras hacía deporte, sería el mejor de sus sueños eróticos.

—No te voy a contestar. Te vas a quedar con las ganas. —Se acercó a la puerta, la abrió y gritó—: ¡Peter!

Su compañero se acercó de inmediato.

—¿Qué quieres?

—Ve a buscar a los hombres que el jefe nos ha asignado y venid todos. Vamos a empezar ya mismo, tenemos que garantizar la seguridad de Nick Evans.

CAPÍTULO 3

Ya era tarde y la noche derramaba su oscuridad por todos los rincones. Olivia había pasado un momento por su casa para recoger ropa de recambio; después fueron a la de Nick, en el barrio de Kalorama, al noroeste de Washington. Como empresario rico, a ella no le extrañó que viviera en el sitio más elitista de la ciudad —el barrio de los poderosos—, un lugar conocido por ser el hogar de notables políticos, embajadores, diplomáticos, importantes empresarios… en resumen, un amplio abanico de individuos a cuál más importante.

Debido a su trabajo como agente secreta de la CIA, Olivia más de una vez había tenido que acudir a algunas de aquellas mansiones coloniales. La zona era preciosa y sofisticada, con jardines y avenidas arboladas, donde la tranquilidad se respiraba en todas partes.

La casa de Nick estaba en consonancia con el barrio: una soberbia mansión de estilo georgiano, decorada con muy buen gusto. Nick tenía servicio de seguridad propio, que a partir de ese instante se vería reforzado con los agentes de la CIA.

Sólo Olivia se alojaría dentro de la casa, que inspeccionó de arriba abajo en busca de los puntos débiles y fuertes. Hizo un informe que entregó a sus compañeros, a fin de convertir el lugar en un búnker. Mientras ella acababa con esa tarea de seguridad, Nick se encargó de poner la mesa, calentar la cena y servirla.

Aunque la mansión disponía de un comedor soberbio, a él le gustaba más la intimidad que le ofrecía la cocina, que también era grande; no se trataba de una pequeña cocina de apartamento, y estaba equipada con todo lo que se necesita para cocinar —y más—, y de última generación. Disponía de gran cantidad de armarios blancos y los mármoles eran de excelente calidad. Había un sitio para comer, cerca de una chimenea que Nick se había encargado de encender, pues estaban a finales de otoño y a punto de estrenar un nuevo invierno. Aunque tenía la calefacción puesta, hacía frío y una fuente de calor

adicional acompañaba y daba a la atmósfera un aire más acogedor.

—¿Tienes hambre? —preguntó en cuanto la vio aparecer por la cocina.

Ella se quedó en el umbral. La cocina era preciosa, pero no fue su diseño lo que le encogió el alma, sino el ambiente que allí se respiraba. Todo allí hacía pensar en un acogedor hogar: la chimenea con sus troncos chispeantes, la mesa con su mantel, la comida humeante, el aroma a sopa de pescado. Y él, sobre todo él, que llenaba el espacio con su sonrisa, con aquel delantal rojo con dos berenjenas bordadas, que lo convertían en el hombre perfecto, porque precisamente así era como siempre se lo imaginaba, como siempre había querido verlo si hubieran terminado casándose. No pudo evitarlo, un par de lágrimas cayeron de sus ojos pardos y, desesperada, corrió hacia el baño en busca de refugio. ¡Maldito fuera su corazón!

Ya no hacía como antes, que utilizaba las lágrimas para ablandarlo. Ahora no. Ahora lo único que quería era que no le doliera tanto, que aquel maldito llanto no la delatara.

Bajó la tapa del wáter, se sentó y cogió un gran trozo de papel higiénico para secarse la nariz y las lágrimas. Se daba cuenta de que tenía que reprimir su tristeza, pues de nada le servía evitarla. Culpaba a Nick de su soledad y de haber fracasado en su vida sentimental. Siempre era más fácil hacer recaer la responsabilidad sobre otro. Había creído que trabajando incansablemente todo su dolor desaparecería, pero la realidad era la que era: estaba sola, y eso la amargaba. Ni sus padres, o el mismo Peter con sus típicas neuras de *friki*, conseguían llenar ese gran vacío.

Tal vez lo correcto sería dejar de culpar a Nick y asumir su soledad; no verla como eso, sino como un necesario silencio, un paso previo en su vida hacia otra cosa mejor. No dejaría que la tristeza la invadiera. Aunque sus emociones se agitaran dentro de ella hasta la desesperación, valdría la pena si con eso conseguía que, con el pasar del tiempo, desapareciera. Se centraría en otras cosas, como por ejemplo disfrutar de la cena y hacer bien su trabajo. A partir de ese instante demostraría su capacidad de resiliencia ante la gran prueba que tendría que pasar viviendo tan estrechamente con Nick, pues estaba segura de que muchos de los sentimientos dolorosos que albergaba su interior saldrían a la luz, y tendría que aprender a superarlos.

Pasaron apenas dos minutos y oyó que Nick le hablaba desde detrás de la puerta.

—Luna, ¿estás bien?

Olivia dio un respingo; sólo faltaba que se hubiera dado cuenta de su tristeza, de sus lágrimas y dolor.

—¡Sí, estoy bien! ¡Y te dicho más de mil veces que no me llames Luna!

Tiró de la cadena, se lavó las manos, abrió la puerta y se encontró cara a cara con Nick.

—¿Mejor? —preguntó él.

—Por Dios, Nick, no te voy a contar cómo son mis visitas al baño. Es un asunto privado.

—A mí no me engañas, y aunque hayan pasado más de diez años, para mí sigues siendo un libro abierto.

—Deja de imaginar cosas, ya no queda nada de aquella idiota que confiaba en el amor. ¿Cenamos?

Dicho esto, se encaminó hacia la cocina poniendo fin a la conversación; lloraría su tristeza en soledad, sin hacer ruido. Llegaría el día en que su dolor desaparecería por completo. Sólo debía tener paciencia y fuerza interior para no caer de nuevo.

Nick la siguió en silencio. Comprendía, muy a su pesar, que Olivia sufría, y lo peor de todo era que él tenía la culpa. La abandonó por cobardía, porque fue incapaz de aceptar todo lo que su trabajo representaba. Se arrepentía de esa decisión que había tomado diez años atrás, porque estar sin ella había sido peor que su miedo a perderla en cualquier momento por culpa de su profesión.

Muchas veces había querido ir a buscarla, disculparse y pedirle que le diera la posibilidad de enmendar su error. Esto último era lo que más deseaba: continuar donde lo dejaron. Sin embargo, precisamente porque la conocía bien, sabía que ella iba a rechazarlo, tal como estaba haciendo en ese momento. Pero ahora el destino, siempre maravillosamente caprichoso, le estaba poniendo en bandeja esa oportunidad por la que había suspirado durante años. No podía desaprovechar el tiempo, le demostraría que era digno de su amor.

Se quitó el delantal, lo dejó sobre la encima y ambos se sentaron a la mesa, sumidos en sus propios infiernos. Ninguno dijo nada, mientras el fuego, con sus troncos chispeantes, era el encargado de poner música ambiente. Fue Olivia la que rompió el silencio.

—Esta sopa está riquísima. ¿Has aprendido a cocinar? Que yo recuerde no sabías ni freír un huevo.

—Sigo sin saber cocinar y sigo sin saber freír un huevo —contestó Nick, sirviendo un poco de vino blanco, primero a ella y luego a él—.

La ha hecho Beth, la cocinera que tengo contratada. No me gusta comer en restaurantes, aunque a veces me veo obligado a acudir a ellos, sobre todo al mediodía, por comidas de trabajo. Así que Beth me cocina la cena. Reconozco que me gusta la comida casera.

—¿No has dicho que en tu casa no entran mujeres?

—He dicho amigas. Por supuesto que entran mujeres, pero sólo las que tengo contratadas como personal doméstico. ¿Te crees que esta casa se limpia sola y que el jardín no da trabajo? Yo no tengo tiempo de nada.

Olivia puso cara de estar pensando y él se dio cuenta.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

Olivia mentía, pero no le quedaba más remedio, porque si no tendría que decirle que no era tonta y que también se pueden tener aventuras con el personal doméstico. Incluso muchas historias de amor han empezado de esa manera. Y viendo lo guapo que estaba Nick, y encima siendo millonario, sería muy buen partido para una desvergonzada con ganas de prosperar en la vida. Sólo le haría falta utilizar el cerebro que tenía entre las piernas. Seguro que la cocinera era una de esas mujeres *ensiliconadas* y artificiales, con unos pechos enormes, que debía de esperar a Nick con un minivestido, los labios pintados de rojo y sin bragas. Casi podía imaginarla tumbada, con las piernas abiertas sobre la encimera, mientras él… Obligó a su mente a detenerse. ¡Estaba celosa! ¡Lo que le faltaba!

—Veo que sigues siendo la misma —comentó Nick con un atisbo de sonrisa—. Y me encanta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque mientes fatal.

Ella carraspeó, por poco no se atraganta con la cucharada de sopa que se acababa de meter en la boca.

—No imagines tonterías —le espetó, cogiendo la copa y bebiendo un sorbo—. Hummm, ¡vaya sorpresa!, también sabes escoger vinos. De eso tampoco entendías antes.

—Hice un curso. Me muevo en un ambiente muy selecto y hay que saber un poco de todo. De hecho, comiendo y bebiendo es como se hacen los mejores negocios.

—Comer tendría que ser sólo un placer, es un error mezclarlo con el trabajo.

—Estoy de acuerdo, pero a veces no queda más remedio que acudir a celebraciones para contactar con gente importante, y entonces la

mesa se convierte en un improvisado despacho. Cuando empecé con mi empresa, tenía que aprovechar cualquier momento, y si se presentaba uno en una mesa, había que lanzarse a por él, era eso o no progresar.

Olivia levantó la mirada de su plato y vio que Nick la observaba. Sus ojos azules brillaban como dos pedazos de cielo, y parecían encerrar emociones de esas que ocultan tesoros que sólo la persona a la que van destinados puede entrever. Ella percibió en sus pupilas el mismo amor que Nick le profesaba en el pasado, pero no quiso darle importancia, ya que le dolía, y lo achacó a su imaginación. Por otra parte, las llamas se reflejaban en el pelo rubio de él, arrancándole destellos que parecían fogonazos y convirtiéndolo en hebras en oro líquido que la mantenían embobada, incapaz de pensar con coherencia. Nick emanaba sensualidad a raudales, una serena sensualidad varonil, de esa que se toma a sorbos lentos, como el buen whisky. Todas esas sensaciones la desbordaron, se puso nerviosa y perdió el hilo de la conversación. Carraspeó y preguntó:

—¿Qué tal tus padres?

—Les regalé un viaje por Europa. Quise ahorrarles el mal trago del juicio con una pequeña mentira.

—¿Una pequeña mentira?

—Sí, les dije que el juicio se celebraría el mes que viene.

Ella rio. Conociendo como conocía a los padres de Nick, cuando se enteraran de la verdad le arrancarían la piel a tiras.

—Empiezo a pensar que no sólo voy a tener que protegerte de David. ¡Te van a matar!

—Correré el riesgo. Pero prefiero eso a preocuparlos innecesariamente.

Olivia tomó otra cucharada de sopa, mientras pensaba que era típico de él comportarse así. En eso no había cambiado. Siempre intentaba que su familia y amigos no se angustiaran, recurría a lo que fuera con tal de que nadie sufriera.

—¿Y ahora dónde están?

—Ayer me telefonearon desde Barcelona y les está gustando mucho. Por cierto, ¿y tus padres qué tal están?

Olivia no pudo evitar aspirar el aroma de su camiseta disimuladamente. El olor del suavizante de pétalos de rosa que utilizaba su madre llegó a ella como una delicada caricia. No recordaba que su progenitora hubiera cambiado nunca de marca, por lo que aquella fragancia tenía un significado muy especial para Olivia.

Le traía a la mente recuerdos de la infancia; como cuando se metía en la cama con las sábanas recién lavadas e imaginaba que estaba en un campo de rosas, mientras su padre le explicaba un cuento.

En ese momento se sintió mal, pues no sabía qué contestarle a Nick, ya que no se relacionaba con sus padres como cabría esperar. Desde que él la dejó, se encerró en sí misma y no dejó que nadie penetrara en su hermética soledad, creyendo que esa soledad era la solución a todo. De modo que decidió responder cualquier cosa, aunque se dio cuenta de que aquello no estaba bien y se avergonzó de sí misma. No era para menos, ya que vivía con sus padres y no sabía nada de ellos.

—Están como siempre: mi padre se encarga del jardín y mi madre sigue con el vicio de preparar pasteles.

—¡Oh… echo de menos los postres de tu madre! Eran deliciosos, y ellos dos encantadores.

Olivia se acordó de las celebraciones familiares cuando Nick y ella estaban juntos; y al parecer él también recordaba esa etapa. Se miraron el uno al otro con cierta melancolía y una tímida sonrisa en los labios, de esas que expresan tristeza y al mismo tiempo la felicidad de los muchos momentos compartidos. Entonces se hizo el silencio, pero esta vez no fue tenso. Ambos se sumieron en la añoranza de cuando las familias de ambos formaban una sola: Navidades, Día de Acción de Gracias, Halloween, Año Nuevo… fechas de risas en las que la armonía reinaba en los corazones de todos. Y los dos sintieron el peso de lo que habían perdido al finalizar su relación.

—Bueno… —dijo Nick. Ya se habían acabado la cena y él miró el reloj que colgaba de la pared de la cocina—. Es hora de irse a dormir, ¿no crees?

La contempló con la expresión impaciente del que espera una sorpresa. Olivia se dio cuenta.

—Si crees que voy a dormir contigo, lo llevas claro.

Él alzó sus cejas rubias.

—¿Te tengo que recordar que tienes que protegerme? ¿Y quién lo hará mientras duermo?

—Lo haré yo, pero para eso no hace falta que me meta en tu cama.

Él no disimuló su frustración, hundió los hombros y sus labios esbozaron una mueca irónica.

—Prometo estarme quieto y no meterte mano.

—¡Nick, cállate!

—Sólo quiero que estés a mi lado, igual que hace diez años.

Olivia bajó la mirada, pues era incapaz de contemplarlo y seguir resistiendo. Sabía que sus ojos eran dos ventanas abiertas que mostrarían el dolor por las caricias y los besos ausentes. En un acto reflejo, cogió la cuchara y empezó a juguetear con ella, perdida en los recuerdos.

Nick era consciente de que estaba siendo patético, pero la echaba de menos de noche y de día, cada minuto de su existencia. Y en esos momentos tenía la esperanza de obtener algo más. Era tan triste meterse en la cama cada día y verla vacía y fría. Pensar en la posibilidad de llenarla con la presencia de la única mujer a la que había amado y amaría en su vida, le parecía el mejor de los regalos. De hecho, no había nada en el mundo que deseara más.

Unos de los motivos por los que había triunfado como empresario era precisamente por su necesidad de no pensar en Luna. Se había esforzado en mantenerse ocupado de una manera u otra, a fin de desviar su mente de ella. Por las noches tenía el deporte para agotarse y de día se sumergía en su trabajo, al que dedicaba cada segundo.

Tuvieron que pasar unos segundos para que Olivia dejase de jugar con la cuchara. Levantó los ojos, tenía que enfrentarse a la realidad, él debía entender que nada cambiaría, por más que insistiera.

—Me rompiste el corazón, Nick. No esperes de mí nada, más allá de mi trabajo como guardaespaldas.

Y se levantó sin añadir ninguna otra palabra. No obstante, él la siguió y la alcanzó antes de que saliera de la cocina, la agarró de la muñeca dispuesto a buscar su perdón. Pero pronto se dio cuenta de que no había sido buena idea, porque nadie pillaba desprevenida a Olivia Park, unas de las mejores agentes de la CIA, experta en lucha cuerpo a cuerpo.

Nick se vio reducido en un segundo. Se encontró con la cara estampada contra la pared y con ambos brazos inmovilizados a la espalda. Intentó soltarse, no obstante, Olivia había practicado durante años las mejores técnicas de defensa personal y sabía cómo librarse de un asalto, incluso si varios hombres la atacaban a la vez. Además, había entrenado su musculatura a conciencia para enfrentarse a sujetos del doble de su tamaño. Para ella, tener a Nick reducido era muy fácil, demasiado fácil, tanto que empezó a tener remordimientos por si hería su orgullo de macho. A ningún hombre le gustaba ser derrotado por una mujer y en ese sentido Nick no era diferente, lo conocía bien. Por suerte estaban solos, así que su vergüenza no sería demasiado grande, por tanto, no desperdiciaría la oportunidad de

demostrarle hasta qué punto era una de las mejores en su oficio. De modo que empleó más fuerza de la necesaria para tenerlo a su merced.

—¡Ay, ya basta! —gritó Nick a duras penas, pues tenía la boca casi aplastada contra la pared—. Me rindo. No hay necesidad de ser tan bruta. ¡Suerte que nadie nos ve!

Ella lo dejó libre, él se dio la vuelta y la miró reprobador.

—Diez años dan para mucho —explicó Olivia—. No he llegado donde estoy por ser una finolis. He trabajado muy duro y soy muy buena en mi trabajo. No lo olvides nunca.

Nick movió la cabeza. Con su placaje lo había dejado agarrotado. Sobre todo, notaba una tirantez en los hombros, por lo que se estiró en un intento de destensar la musculatura. Optó por no quejarse, más valía no provocarla otra vez, porque, con toda seguridad, con ella perdería cualquier batalla.

—Al final cumpliste tu sueño —apuntó.

—¿Te alegras? Yo creo que no.

—Me equivoqué, ya te lo he dicho antes. No me cansaré de repetirlo tantas veces como haga falta. Te quiero y no me escondo por experimentar este hermoso sentimiento.

Y era cierto: se había equivocado, sin «peros» de ningún tipo. Él solito se había sentenciado a la soledad cuando le exigió, tiempo atrás, que escogiera entre su trabajo o él. Sí, comprendía que era el único culpable de haber perdido lo que más amaba. Ahora no dudaría y daría todo lo que tenía y todo lo que era por volver atrás. Preferiría vivir con Luna en aquel apartamento con pocas comodidades, el mismo que habían alquilado cuando estaban prometidos, que en su lujosa mansión. Porque nada le llenaba el alma como lo hacía ella. No sólo la había echado de menos físicamente, sino también por las conversaciones, la compañía y la complicidad, que formaban parte de su «yo» interior. No supo valorar lo importante que era hasta que la perdió por su mala cabeza y por sus miedos.

Todavía se sostuvieron la mirada unos segundos más, ambos tensos. Y, tal como sucedía con la luna, en los ojos de Olivia también había una parte oculta, oscura, llena de secretos; unos dolorosos, otros no tanto… que sólo los buenos recuerdos del pasado sosegaban de alguna manera. Nick pensaba que para amar sin reservas a una mujer como ella se requería mucho valor. Casi podría decirse que se trataba de un acto heroico, pues era consciente de que había que darlo todo. Cierto que Luna ya lo hizo, pero Nick no lo valoró cuando lo tuvo.

El maldito orgullo y el maldito miedo intensificaron su debilidad y

doblegaron su espíritu, porque como cobarde que era, le resultaba más fácil aceptar eso que vivir sin reservas, lanzarse al abismo sin paracaídas, a lo loco, sabiendo de antemano que cuando llegara el final podría mirar el pasado sin agachar la cabeza y decir: «Buff, vaya si he vivido».

Había querido que Luna se plegara a sus necesidades como la única manera de vivir tranquilo. El anhelo de que ella sólo estuviera pendiente de él, de sus ilusiones y de lo que necesitaba había sido grande. Creyó que si su relación no se basaba en ese principio estaba abocada al fracaso. Sin embargo, aquello no había sido realista, aunque él se negó a verlo, pues Luna no dependía de nadie; vivía tal como se tenía que vivir: sin miedo al fracaso.

Admitía con turbación y mucho pesar que había sido cobarde y que se había dejado intimidar por sus propios temores. No obstante, había aprendido la lección y atrás había quedado el hombre presuntuoso que creía saberlo todo, cuando en realidad era como los demás, con defectos que ahora reconocía tener. Lo único que pretendía era que Luna viera que tenía el valor suficiente para amar y, al mismo tiempo, que entendiera que ella debía hacer lo mismo. Sólo avanzarían si dejaban atrás los errores del pasado y los asimilaban como lecciones.

Maldito una y mil veces fuera el miedo que lo engañó haciéndole creer que estaba seguro si ella dejaba que le enseñara el camino. Desde luego que se lo había enseñado, uno sin retorno, que llevaba a un jardín de laberintos oscuros. Pero eso se había terminado, ahora sólo le quedaba la verdad, y se vestiría de verdad de arriba abajo.

—Te quiero, Luna, te amo, te adoro, te necesito…

Allí estaba, confesándole que la amaba, desnudando su alma, porque únicamente el amor era capaz de iluminar los errores. Necesitaba el amor de Luna, su cariño, su ternura y su comprensión, tal como las estrellas precisan el cielo para brillar.

Pero ella no se dejó llevar por el volcán de emociones que acababa de erupcionar en su interior. Ya nada volvería a ser como antes. Se estaba dando cuenta con dolor que seguía amándolo, pero al mismo tiempo lo odiaba por ser el culpable de su sufrimiento. Claro que odiar no estaba bien, lo sabía, y además iba en contra de su naturaleza. El odio crea seres crueles. Demasiadas veces, en su trabajo como agente de la CIA, había visto de lo que era capaz ese sentimiento, y demasiadas veces había hecho perfiles de personas que nacieron sin ser delincuentes y a las que el odio había transformado en criminales

peligrosos. Siempre nacía bajo la apariencia de una semilla insignificante, pero como semilla, si se lo regaba con rabia, desesperación y deseos de venganza, crecía y echaba raíces que arrasaban con todo a su paso. Ella no quería vivir de esa manera, destruyéndose cada día un poco más.

Tal como había decidido cuando se había encerrado en el baño a llorar su tristeza, intentaría no culpar a Nick y así tal vez dejara de odiarlo y pudiese curar su alma maltrecha. Sin embargo, para eso necesitaba soledad, y demostrarse que podía sobreponerse. Si una semana atrás le hubieran preguntado si había superado su pasado común con Nick, sin duda alguna habría contestado que sí. Porque realmente creía que ya todo estaba más que curado, a pesar de los bajones que de vez en cuando le provocaban los recuerdos. No obstante, la triste realidad era que estaba como hacía diez años, cuando él la abandonó, dejándola destrozada.

El reencuentro había despertado una parte de ella que ni sabía que existía. Más que nunca se veía como una persona amargada, que incluso había apartado a sus padres de su lado, que encontraba en la soledad una felicidad ficticia que había dado por buena. Y no le gustaba verse de esa manera.

Sin fuerzas para pensar en nada más, dijo:

—No podemos regresar al pasado y recuperar algo que está muerto. Es tarde para todo, Nick, así que no insistas.

—Nunca es tarde. Ojalá algún día puedas perdonarme.

—Tal vez. En realidad, eso espero, pero que te perdone no significa que quiera estar contigo. Deseo con toda el alma curar mi herida, no odiarte, no buscar venganza y poder mirar atrás sin sentir dolor.

Nick no insistiría más, era consciente de que ella necesitaba tiempo, y tiempo era lo que le daría. Además, estaba mentalmente agotado. Volver a verla le había desatado un torrente de emociones, y los recuerdos se sucedían en su cabeza uno detrás de otro. Necesitaba dormir, buscar la paz que sólo el sueño le brindaría.

—Me voy a dormir —dijo—, dejaré la puerta abierta por si te apetece acostarte un rato conmigo.

—Ni lo sueñes.

—Entonces, ¿dónde dormirás?

—Aún no lo tengo decidido. He visto un punto estratégico cerca de la escalera, que me permitirá tener todos los rincones vigilados en caso de que alguien intente entrar a hurtadillas.

—Allí no hay ninguna cama.

—Ya lo sé.

—¿Y piensas acostarte en el suelo?

—Estoy acostumbrada, es mi trabajo.

—Pero no es necesario que lo hagas ahora. Fuera hay gente vigilando, dudo que entre alguien sin que se den cuenta.

—Nunca se sabe. Me gusta hacer bien mi trabajo, y resulta que tengo que llevarte sano y salvo a declarar en el juicio, y eso es lo que pienso hacer.

Nick acortó la distancia que los separaba hasta que sus rostros casi se rozaban.

—Dime una cosa, ¿te importa lo que me suceda? ¿Sufrirías si algo me pasara?

Olivia dio un paso atrás. Su aroma evocaba para ella un mar lleno de tesoros lujuriosos. Y la excitaba. Y la perturbaba. Y convertía sus huesos en gelatina y su mente en serrín. Pero el dolor por el abandono sufrido resucitó y acudió en su ayuda.

—En mi trabajo los sentimientos no cuentan, y da la casualidad de que ahora tú eres ese trabajo.

A pesar de que pretendía que sus palabras cayeran como nieve helada sobre el corazón de Nick, no lo consiguió. Se convirtieron en tibios copos, porque en los ojos pardos de ella veía lo contrario de lo que decía. Miró sus labios carnosos, de un sensual tono rosado, que ella mantenía apretados en señal de rebeldía. Lo excitaban. ¿Qué hacer cuando sabía que su boca le pertenecía, que sus besos sólo buscaban anclarse en aquellos labios de mujer para que lo amaran el resto de su vida?

Nick sacudió su cabeza y sus pensamientos de diluyeron.

—Muy bien, si engañarte te hace feliz, allá tú. Tu trabajo se va a dormir. En el armario del cuarto de la colada encontrarás almohadas y mantas.

—Gracias…

Olivia esperó a perderlo de vista para soltar el aire que retenía en sus pulmones. Se apoyó en la pared y negó con la cabeza. Era una mentirosa, ¡pues claro que le importaba lo que le pasara! Si le sucediera algo a Nick, se quedaría destrozada para siempre y darse cuenta de ello la puso nerviosa, dado que en su trabajo los sentimientos no tenían cabida, en eso había dicho la verdad. Lo primero que tuvo que aprender como agente de la CIA fue precisamente a dejar sentimientos e ideología a un lado con el objetivo de que no interfirieran en ninguna misión. Pero no era

estúpida y se estaba dando cuenta de que Nick no era sólo una misión: era mucho más, muchísimo más. Entonces, ¿cómo evitaría que alguien atentara contra él si no estaba al cien por cien? No podía permitirse errores, pues tenía la vida de Nick en sus manos.

CAPÍTULO 4

Antes de descansar un poco, Olivia fue a darles instrucciones a los vigilantes que custodiaban la casa. Fuera también habían dejado perros adiestrados para reforzar la seguridad. Todo estaba en orden, sólo le quedaba hablar con Peter y, cuando lo hizo, éste le aseguró que informáticamente lo tenía todo bajo control. Luego entró de nuevo en la casa. Cuando estaba en una misión apenas dormía, pues era vital tener los sentidos alerta. Aun así, apagó las luces y se sentó en el suelo, donde las sombras eran más profundas y la cubrían con su manto oscuro. Había aprendido a ser invisible, a fundirse con la noche, puesto que, en su profesión, la supervivencia dependía más de las habilidades que de la fuerza bruta.

Sin embargo, nadie le había enseñado a construir muros altos y gruesos a fin de esconderse de sus propios sentimientos, y éstos eran los que ahora estaban actuando como un arma de destrucción masiva, programada para estallar en cualquier momento. Sólo le había bastado verlo de nuevo para que el amor que sentía por Nick despertara y regresara con más fuerza que antes si cabía. Cuando lo tenía cerca, sentía una impaciencia que la hacía temblar de arriba abajo. Eso, a la larga, tendría consecuencias, y su obligación era desempeñar su trabajo a la perfección; era la vida de él la que estaba en peligro. No obstante, su corazón rebelde no atendía a sus ruegos.

Miró hacia la tenue luz del pasillo de la segunda planta. La tentación era grande, el Demonio le susurraba al oído… No pudo resistir su necesidad de estar cerca de él y subió los escalones camino de su habitación.

Mientras, Nick estaba en la cama, dando vueltas como nunca antes, pues ninguna postura le valía y todas le resultaban incómodas, a pesar de la buena calidad del colchón. Porque su frustración lo tenía completamente dominado, nada parecía tener sentido en su vida salvo Luna y no se conformaba sólo con mirarla de lejos, como si fuera una

estrella inalcanzable. Esa noche, entre sueños amargos, su corazón escribiría los versos más tristes, puesto que tenerla cerca suponía una tortura, peor que si lo cortaran a trocitos.

Se veía obligado a reprimir sus ganas de amarla y eso lo estaba volviendo loco. Con Olivia había conocido la felicidad completa, lo que era ser amado y amar en toda su plenitud, el tú a tú de una pareja, donde los dos eran iguales ante la vida. Además, con ella había conocido la pasión y, desde que la abandonó, estaba probando el dolor de amar en soledad, de esperar un milagro del destino. Y todo por su culpa, por no haber sido más valiente, por no entender que Olivia también tenía sueños que cumplir.

Con todo, no se resignaba; después de lo mucho que se habían amado no podía creerse que su historia hubiera desaparecido sin más. Se conocieron siendo niños, cuando sus padres veraneaban en un campamento familiar. Nada más verse por primera vez, se odiaron y se declararon la guerra silenciosamente. Si bien sus progenitores intentaron que se toleraran, no dio resultado y el desprecio fue a más. Nick le escondía sapos bajo las sábanas, Olivia le ponía polvos pica-pica en el bañador; él le echaba sal a su comida cuando ambas familias se reunían en las barbacoas; ella reventaba sus flotadores para ponerlo en un aprieto… Era un no parar de despropósitos, de desafiarse a ver quién la hacía más gorda.

Sin embargo, Luna empezó a desarrollarse antes que él y entonces Nick se reía de sus granos y de sus pechos, que empezaban a hincharse. Pero luego el patito feo se transformó en un espléndido cisne, del que él se enamoró. Se dedicaba a espiarla, poder ver una porción de su cuerpo tierno, o el color de sus braguitas se convirtió en su objetivo. Cuando su propia adolescencia llegó, le tocó probar la indiferencia, el rechazo y las burlas de Luna, pues quién se iba a fijar en un imberbe.

Sólo después de que su propia madurez se asentara empezó a gustarle como hombre. Luego llegaron los coqueteos y, con ellos, el primer beso, un beso torpe e inmaduro, pero que tuvo la fuerza suficiente para que Nick supiera que ella era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida. Desde entonces nada ni nadie pudo separarlos, se sentían felices. Al poco llegaron las caricias, cada vez más osadas. Como ninguno de los dos tenía experiencia, se descubrieron el uno al otro y, al hacerlo, se descubrieron a sí mismos y sus cuerpos hambrientos de todo. Poco a poco fueron creando un lenguaje a base de miradas, besos, caricias, gemidos… y cada cumbre

que alcanzaban juntos tenía el sabor de la victoria.

Definitivamente, todo eso no podía quedar en el olvido. Tenía que volvérsela a ganar, y si tenía que ponerle sapos dentro de la cama o sal en la comida a fin de que recordara que el amor que hubo aún estaba en sus almas, lo haría. Empezaría al día siguiente, aún le quedaban dos antes de que se celebrara el juicio. Porque, aunque Olivia lo negara, él había visto la llama del amor y del deseo en su mirada, en sus tontos carraspeos, en aquellas lágrimas que había derramado sin querer. Todavía lo amaba, tanto como él a ella.

Nick detuvo el curso de sus pensamientos, pues oyó un leve ruido. Al principio no le prestó atención, pero cuando percibió que se trataba del sonido casi imperceptible de unos pasos, aguantó la respiración unos instantes, más por sorpresa que por miedo. Se concentró en descubrir quién había entrado en el dormitorio. Éste estaba ligeramente iluminado con las luces del jardín, que se filtraban entre las cortinas de seda que cubrían el ventanal, cuya persiana no había bajado.

Sin embargo, no vio a nadie, pero teniendo en cuenta que notaba una presencia cerca, la sensación era un tanto extraña. Cerró los ojos con la intención de despistar al intruso haciéndole creer que estaba dormido, para, como mínimo, sorprenderlo y poder tener una oportunidad de salvar su vida. Él era un hombre fuerte que se entrenaba casi a diario, de modo que en una lucha cuerpo a cuerpo tenía muchas posibilidades de salir vencedor.

Su corazón se aceleró; no porque tuviera miedo, sino porque la maldad de David podía presentarse de la manera más surrealista posible. Desde que Nick se enteró de lo que era capaz, casi confiaba más en un cocodrilo hambriento, al menos éste no lo torturaría sin piedad. No saber qué esperar lo mantuvo en vilo un buen rato. Entreabrió los ojos y advirtió una sombra. Se esforzó por enfocar la mirada y tuvieron que pasar bastantes segundos antes de que pudiera dar nombre a la silueta que se movía cerca de su cama: se trataba de Luna. Se tranquilizó y decidió seguir simulando que dormía.

Olivia había entrado a hurtadillas, su necesidad de estar cerca de él era más fuerte que su rabia. Sólo quería verlo dormir, como cuando eran novios y contemplarlo se convertía en un festín para sus sentidos. Con cuidado de no hacer ruido, se sentó en el suelo, el parqué de madera de roble la aislaría del frío. Lo observó respirar profundamente. Sonrió, recordaba demasiado bien cuando dormían en la misma cama y se acurrucaban juntos mientras esperaban a que

Morfeo viniera a sumirlos, también juntos, en los mismos sueños. Ella solía despertarlo a la mañana siguiente de una manera muy especial: despacio, acariciándolo traviesa, besándolo de igual modo. Primero en los labios, luego en el tórax, en el abdomen… Y luego se metía bajo las sábanas a fin de despertar esa parte de él que sólo cobraba vida con su boca, con su lengua, enredada en aquel tallo de carne erecta que la hacía gemir.

Y después Nick la regañaba. Y la castigaba de una manera muy placentera por haberlo despertado. Y cuando terminaban se decían lo mucho que se amaban. Lo bonita que era la vida teniéndose el uno al otro. Lo azul que era el cielo. Lo verdes que estaban las montañas. Lo mucho que brillaban las estrellas por las noches. Luego desayunaban café recalentado y tostadas, que a ella siempre se le quemaban, y que él untaba exageradamente con mantequilla y mermelada para que no se notara el sabor a pan medio carbonizado. Y se reían a carcajadas cuando sus rostros mostraban lo malas que estaban; risas sinceras, bendecidas por el amor. Eran felices, inmensamente felices. Recuerdos, recuerdos y más recuerdos que nunca más serían realidad en su presente, y mucho menos es su futuro. Todo había desaparecido.

* * *

Llegó la mañana, llovía. Nick ya se había dado cuenta, porque, cuando lo hacía con ímpetu, las gotas repiqueteaban en su ventana y creaban una música que para él era celestial. Lo relajaban, y así se sentía en ese momento, después de que el sonido llegase a sus oídos y lo despertara. Se levantó de golpe al recordar que la noche anterior había fingido dormir porque Luna se había sentado a su lado. Para su desgracia, se quedó dormido de verdad sin darse cuenta. Giró la cara y miró hacia el rincón donde ella había estado. Ya no estaba. Suspiró resignado.

Una bóveda de nubes grisáceas daban al ambiente una tonalidad sombría, por lo que la luz natural era escasa, pero suficiente. Nick miró el reloj de su mesita, las siete y media de la mañana; se regañó mentalmente por haberse olvidado de conectar el despertador, normalmente se levantaba una hora antes.

Salió de la cama casi de un salto, se duchó y se vistió muy informal, con unos vaqueros y camiseta, pues ese día tenía previsto no acudir a su oficina a trabajar. Se quedaría en casa y haría lo más urgente desde el despacho que tenía allí. Aprovecharía para estar a

solas con Luna a fin de romper ese muro que tozudamente ella había erigido entre ambos. Tenía que darse cuenta de que lo suyo no podía acabar de aquella manera; merecía otra oportunidad, necesitaba que lo perdonara por haber sido tan estúpido. Siempre había primaveras ocultas en el hielo del invierno, sólo esperaba que, cuando éste se deshiciera, su amor brotara como las semillas dormidas por el frío.

Bajó a la cocina y se encontró con el desayuno preparado y a Luna disponiéndolo todo. Arqueó una ceja con recelo, pues sabía que a ella no se le daba muy bien cocinar. Se extrañó de que las tostadas, beicon, huevos, café y zumo natural de naranja tuvieran tan buen aspecto. La mesa estaba puesta, además había encendido la chimenea. Deseó con toda su alma que cada día fuera igual que aquél, no como hasta ese instante, en que desayunar en soledad se había convertido en una costumbre que odiaba. En muchas ocasiones se iba sin probar bocado, ya que la tristeza de tener que comer solo le quitaba el apetito. A veces se paraba en una cafetería que había frente a sus oficinas y allí, entre desconocidos, obtenía el sucedáneo de una compañía que no lo llenaba; sin embargo, era a lo que podía aspirar y había que conformarse. Pero ya no se conformaba, estaba harto de estar solo, de dormir solo, de pensar solo, de decidir solo, de sonreír solo y, sobre todo, estaba harto de vivir solo. Sin ella. Sin la única mujer que ocupaba su mente.

—¿Tienes hambre? —preguntó Olivia cuando se percató de su presencia. Se acercó a la mesa.

—Sí, bastante, huele de maravilla y todo tiene muy buena pinta, ¿has aprendido a cocinar?

Ella negó con la cabeza.

—Sigo sin saber, todavía se me queman las tostadas.

Hubo un silencio cargado de recuerdos alegres, ambos se acordaron del olor a pan de molde medio carbonizado, un olor que no era agradable, pero que para ellos tenía un significado de unión.

—Echo de menos aquellas tostadas y el café recalentado —murmuró Nick mirándola con el corazón compungido.

Luna fue incapaz de sostener aquella mirada azul llena de ruegos de perdón. Bajó la vista hacia la mesa y se apoyó en la silla, agarrándola del respaldo.

—En mi equipo —empezó a explicar— hay un cocinero que nos prepara la comida en las misiones que hacemos fuera de nuestras fronteras. ¡Gracias a él no nos hemos muerto de hambre! Es capaz de cocinar un gran plato con un par de ingredientes. Le he pedido que

nos prepare el desayuno.

—Pues dale las gracias de mi parte.

—Se las daré. ¿Empezamos? —preguntó luego, sentándose, y él hizo lo mismo—. ¿A qué hora tenemos que estar en el despacho?

Nick primero le sirvió café a ella y luego a él.

—Hoy trabajaré en casa. —Miró por la ventana, seguía lloviendo y fuera no habría más de cinco grados—. Antes de bajar he telefoneado a mi secretaria y le he pedido que cancele la agenda de hoy. ¿Verdad que hace un día perfecto para quedarse aquí? No siempre tengo tan buena compañía y aprovecharé para disfrutar cada minuto.

Olivia carraspeó y él sonrió, hasta sus manías eran perfectas.

—No vas a dejar de insistir, ¿verdad?

—No.

—Perderás el tiempo.

—Lucharé por lo que deseo, y nunca será tiempo perdido. Quiero que te cases conmigo. Lo peor de todo es que tú también lo deseas y no lo reconoces.

Ella se removió en el asiento, evidenciando su inquietud. No se atrevía a levantar la mirada, pues no sabía qué decir. Aquella situación la sobrepasaba y ni su adiestramiento como agente le servía de mucho. Porque sus palabras no le resultaban indiferentes, sacudían su interior como si se tratara de un árbol cargado de hojas secas en otoño, que un fuerte vendaval arrancara para llevárselas lejos. Se sentía como uno de esos árboles, desprotegida. Qué más quisiera ella que corresponderle, vaciar su alma y su corazón, pues todo su ser clamaba por él. Sin embargo, el dolor del abandono le recordaba que no podía bajar la guardia. Ya una vez la dejó porque estaba en desacuerdo con su trabajo, ¿quién le garantizaba que no lo haría una segunda vez? Ser policía era difícil, pero ser agente secreto de la CIA era todavía más duro. No, definitivamente no había espacio para nada más. Nick la volvería a lastimar y en su piel la rabia por el abandono aún le escocía como una quemadura que no se llega a curar nunca.

—Yo no quiero casarme contigo, Nick.

Cogió una loncha de beicon con los dedos y se la empezó a comer.

—¿Estás segura? —Bufó—. Me he arrepentido muchas veces de haberte presionado para que escogieras entre tu trabajo y yo. Fui un idiota.

—Cierto, eres un idiota.

—Ahora no lo haría.

—Nick, de verdad, ya basta. No quiero hablar más del tema.

Él tomó un sorbo de su café humeante, estaba delicioso. Olivia dejó el beicon en el plato.

—Pero yo necesito hablar del tema. ¡Necesito que me entiendas! —casi gritó.

—Lo único que necesitas entender es que lo nuestro terminó hace diez años.

—Luna…

Intentó coger su mano para besársela, no obstante, ella adivinó sus intenciones y la retiró de encima la mesa.

—¡No me llames Luna!

Olivia se desesperaba cada vez que Nick pronunciaba esa palabra. Había tantos recuerdos encerrados en ella, que el alma se le rompía en mil pedazos. Le dolía más que una bala incrustada en el corazón, porque cada vez que él la llamaba así, se desangraba un poco más.

—No puedo llamarte de otra manera. Me es imposible.

Olivia no quería hablar más del asunto. Le dolía. Le dolía una barbaridad, así que empezó a preguntar cosas de la empresa de Nick. Su sorpresa fue mayúscula cuando se dio cuenta de que a él sus negocios le gustaban. Además, se explicaba tan bien que el tiempo fue pasando sin que se dieran cuenta.

Ya habían transcurrido más de dos horas y aún seguían conversando sobre bebidas, fórmulas, envases, expansión… Fue Beth, la cocinera, quien puso fin a la conversación entrando en la cocina.

—Hola, Beth, ¿qué haces aquí tan pronto? —preguntó Nick.

—¿Pronto? Son casi las once de la mañana, vengo cada día a esta hora para dejarle la cena preparada.

Nick y Olivia miraron sus respectivos relojes y ambos se sorprendieron, había pasado el tiempo tan deprisa que no daban crédito.

—Oh, Beth, lo siento —se disculpó él—, esta noche tengo la inauguración, se me había olvidado avisarte, no necesitaré cena.

—No se preocupe, ya estaba al tanto. Sale en todas las noticias, la verdad es que era imposible no enterarse. En todo caso se la habría dejado en el congelador; siempre es bueno tener reservas… Pero ahora que estoy aquí, y viendo que no ha ido al despacho, puedo prepararle la comida.

Nick se levantó.

—Buena idea. Ven, Beth, te quiero presentar a mi prometida.

A Olivia por poco le da un ataque, pero entonces recordó que se trataba de una tapadera provisional, así que se levantó y miró a Beth.

En un primer momento tuvo celos, ya que se trataba de una mujer joven que, aunque no era atractiva en exceso, poseía esa belleza dulce de chica buena que solía gustarle a los hombres. Sin embargo, se dio cuenta de que Nick no la miraba con deseo y eso la hizo suspirar de alivio.

—Beth, ésta es Luna, mi prometida.

—Cariño, te tengo dicho que no me llames Luna —protestó ella con un tono engañosamente dulce, pues lo que deseaba de verdad era gritarle—. Hola, Beth, me llamo Olivia Park.

Ambas se estrecharon la mano. En un primer momento Olivia hizo amago de acercarse para darle un beso, como siempre hacía cuando conocía a alguien, pero la actitud de la cocinera, que se irguió como si fuera a recibir un bofetón, la hizo cambiar de idea. De hecho, no sólo fue eso. Había aprendido a descifrar el lenguaje no verbal y los microgestos faciales de Beth la hicieron recelar, pues mostraban que era una persona con muchos secretos a la que no debía dar la espalda.

Beth era rubia, con el pelo largo, y su mirada negra como el carbón parecía esconder demasiado. Olivia lo percibió nada más posar los ojos en los de ella. La joven la miraba con altanería, como si sintiera que era mejor que cualquier otra mujer.

A Olivia se le erizó la piel y notó frío, un frío que no sabía si formaba parte de su propio cuerpo, como si miles de esquirlas de hielo se clavaran en su carne a la vez. Definitivamente la cocinera no era de fiar. Con el pasar de los años, como agente secreta, había participado en muchas misiones y éstas siempre implicaban estudiar a enemigos y amigos, discernir sus gestos, sus costumbres, sus manías, sus puntos débiles, e incluso sus virtudes, por si tuvieran que recurrir a algo de eso para sacar adelante la misión. De ese modo había desarrollado un sexto sentido, un arma muy útil. Y ahora le advertía que había algo en aquella mujer muy sospechoso, demasiado sospechoso.

No obstante, se guardó sus deducciones, y más teniendo en cuenta que Nick parecía tratarla con cordialidad y que si la tenía empleada como cocinera era porque confiaba en ella.

Olivia se acercó a él y lo agarró del brazo con cariño, tal como haría una novia con su novio.

—Amorcito —dijo—, ¿qué te parece si hoy le das fiesta a Beth? Yo me encargaré de cocinar.

La joven palideció.

—¡Oh, no hace falta! —contestó con rapidez, acercándose al grifo para lavarse las manos—. En un momento les preparo algo, tengo un

menú en mente que les va a encantar. —Se puso un delantal.

—Insisto… —dijo Olivia.

Se acercó a la cocinera e intentó cogerle las manos como una muestra de cercanía, no obstante, lo que pretendía era saber hasta qué punto estaba nerviosa, a través del pulso de sus muñecas. Pero su táctica no funcionó, ya que Beth se apartó veloz, evitando que la tocara, por lo que Olivia no insistió. Inmediatamente después, añadió:

—Me apetece cocinar, además tengo unos secretos culinarios que quiero poner en práctica para que Nick no me abandone nunca. —Y rio de manera idiota, como si fuera una pija tonta. Prefería que Beth la tomara por estúpida, a fin de desconcertarla y no darle pistas de quién era en realidad.

—Y yo insisto en que es mejor que deje la comida preparada, no vale la pena que se ensucie las manos.

En ese momento a Olivia no le cupo la menor duda de que aquella mujer escondía algo, pues empezaba a sudar; incluso mantenía los puños pegados a los costados.

—Amorcito, ¿verdad que quieres que te prepare aquel plato tan rico de pasta? —Le dio un codazo y lo miró de reojo, implorándole con su mirada que la apoyara.

—Eh, sí, sí, claro. —Nick se dio por aludido y no dudó en compincharse con ella—. Beth, tienes dos días de fiesta, Luna ya se encargará de preparar lo que sea.

—Que no me llames…

A Olivia no le dio tiempo a continuar, pues Nick le dio un sonoro beso en la boca a fin de que se callara, y como Beth estaba delante, sabía que no se iba a poder quejar.

—¡Eres encantadora! —dijo luego con una mirada traviesa—. Qué bien me cuidas, me encanta la pasta.

Ella le respondió con una disimulada mirada asesina. Beth asintió con la cabeza, se quitó el delantal y se fue casi sin despedirse.

—¿Por qué tenías tantas ganas de deshacerte de mi cocinera? —preguntó él cuando tuvo la certeza de que la susodicha se había marchado—. Ah, ya lo sé, ¡estás celosa!

Y sonrió de oreja a oreja. Un sentimiento de triunfo lo llenó de satisfacción, ya que daba por hecho que sí estaba celosa. Frunció el cejo con exageración, hasta que sus cejas casi se tocaron, haciendo que su rostro mostrara una expresión divertida; a Olivia se le escapó una sonrisa, que disimuló con rapidez.

—Siento decepcionarte —dijo luego—, pero mi preocupación va

por otros derroteros. Esa mujer esconde algo. Dime, ¿cómo se llama de apellido?

Olivia tenía claro que ningún argumento que le expusiera él a favor de la joven la haría cambiar de opinión; estaba segura de que no era trigo limpio. Nick se quedó pensativo unos segundos, intentando analizar las conversaciones que había tenido con Beth hasta ese día. Ninguna de ellas sugería que ocultara algo, sin embargo, se fiaba de la intuición de Olivia, por lo que no defendería a su empleada.

Dadas las circunstancias, pensar que podía haberse equivocado con la elección de Beth hizo que la expresión de Nick cambiase por completo: su sonrisa ya no era tan ancha y aparecieron unas arrugas de preocupación en la comisura de sus ojos. Una ráfaga de viento empujó la lluvia contra la ventana, desviando su atención hacía allí un segundo, y agradeció mentalmente estar en la calidez de su hogar.

—Se llama Beth Carrington —contestó él con voz pesarosa.

—¿Hace mucho que trabaja para ti?

—No, de hecho no. —Meditó un instante, toda una serie de casualidades encajaban en un puzle que no le gustaba—. La contraté cuando desapareció misteriosamente mi otra cocinera, lo que ocurrió cuando detuvieron a David y lo acusaron de haber cometido los asesinatos.

Nick abrió los ojos como si fueran dos faros de coche. De pronto, el desayuno se revolvió en el estómago. Sabía por experiencia que ese tipo de casualidades no existían: ¿cómo no se había dado cuenta mucho antes?

—Definitivamente, Beth esconde algo —dictaminó Olivia, e inmediatamente cogió su móvil y llamó a Harry, su jefe—. Buenos días, señor, necesito que investigue a Beth Carrington, es la cocinera de Nick y sospecho que no nos podemos fiar de ella. —Hubo un silencio y ella pensó que la llamada se había cortado—. ¿Señor?

—Sí… estoy aquí, ¿está segura, Olivia? Esta vez creo que anda equivocada, recuerde que Nick era su prometido. —Su tono era cáustico—. Empiezo a dudar de que sea la persona adecuada para esta misión tan particular, a lo mejor…

—Con el debido respeto, señor —lo interrumpió ella sin dar crédito a lo que estaba oyendo. ¡Su propio jefe ponía en duda su trabajo y sus decisiones, algo que nunca antes había hecho!—. Permítame recordarle que nunca he fallado en ninguna misión.

Hubo otro silencio, aunque Olivia oía la respiración de Harry; era pesada, tal como lo sería la de una persona que intentara esconder su

enfado.

—Es cierto, nunca me ha fallado, pero siempre hay una primera vez.

Ella decidió suavizar la situación, sospechaba que Harry no dudaría en apartarla de la misión si contradecía sus decisiones. En eso su jefe era implacable, no toleraba la indisciplina.

—Señor, le pido disculpas si le he ofendido.

Olivia oyó cómo la respiración de él se tranquilizaba.

—Muy bien, usted gana, ¿cómo ha dicho que se llama?

Olivia se tensó, no se trataba de ver quién ganaba o perdía, sino de hacer bien el trabajo. Esa ley intrínseca era la que un buen profesional de la CIA llevaba escrita en la sangre y la que honraba, aunque las cosas no salieran como estaba previsto. En ese momento estaba viendo una parte de Harry que desconocía y que no le gustaba. Desde luego que no cometería ningún error y se aseguraría de andar un paso por delante, tal como él mismo le había enseñado.

Olivia decidió darle el nombre completo de la cocinera, así Harry creería que dejaba el asunto en sus manos, cuando en realidad pensaba hacer lo contrario.

—Beth Carrington —dijo.

—Lo acabo de apuntar, ordenaré que la investiguen.

Y colgó, dejando a Olivia perpleja por el tono furibundo que había empleado. Nunca le hablaba así, y mucho menos ponía en duda su trabajo, como había hecho en esa ocasión. Todo era muy raro y a Olivia no le gustaba en absoluto esa sensación, y menos aún las sorpresas. De modo que decidió proceder como su intuición le pedía. Hasta el momento su intuición nunca le había fallado.

CAPÍTULO 5

Olivia no podía confiar en nadie. Si una cosa había aprendido como agente de la CIA era a dudar de todo y de todos. Demasiadas veces había visto guerras subterráneas entre compañeros de trabajo, que terminaban incluso recurriendo al asesinato a fin de quitarse de encima a los rivales. Sólo había una persona a la que le daría la espalda sin ningún temor y ése era Peter.

Después de meditarlo mucho, decidió hablar con él. Sin perder un instante salió fuera. Nick, que no la perdía de vista ni un momento, corrió tras ella tras coger un paraguas. Olivia llamó a su colega, que estaba en la caseta de los vigilantes de la mansión. Peter salió enseguida, llevaba un paraguas tan estridente y de mal gusto como su indumentaria.

—¿Pasa algo, Olivia?

Si bien ella estaba acostumbrada a los gustos de su compañero, Nick no lo estaba y cuando lo vio con unos vaqueros rojos, un jersey amarillo y una bufanda de rayas verdes, naranja y blancas por poco se le salen los ojos de las órbitas.

—Investiga a la cocinera de Nick, se llama Beth Carrington, pero no sé si será su nombre verdadero. Acaba de tocar el grifo de la cocina y habrá dejado huellas, procésalas. Quiero saberlo todo de ella.

—Ok, yo me encargo.

—Sobre todo, no le digas nada al jefe.

Peter se sorprendió.

—¿Ocurre algo? —preguntó. Desde que se conocían, nunca le había ordenado que actuara a espaldas de Harry.

—No lo sé, Peter, y eso es lo que quiero averiguar.

Olivia se dio cuenta de pronto de que no estaba siendo justa. No podía mirarlo a la cara sin sentirse incómoda, pues tenía la sensación de que se estaba aprovechando de la juventud del muchacho para que hiciera lo que ella quisiera. Tal vez Peter no deseara implicarse en un

asunto que, sin duda, podía acarrearle problemas. Lo entendía muy bien, dado que en la academia les enseñaban a respetar las decisiones de sus superiores y ella le estaba pidiendo lo contrario. Desde luego no lo forzaría a colaborar en su investigación si no quería hacerlo, ya que no quería que perdiera su trabajo por su culpa, en el mejor de los casos. Porque en el peor podía ganarse una sentencia de cárcel por traición.

—Oye, lo siento —dijo—, entiendo que te estoy pidiendo demasiado.

La lluvia repiqueteaba con fuerza sobre los paraguas.

—Nos conocemos desde la academia —comentó el muchacho, con sus ojos grises brillando de agradecimiento—. Tu instinto nos ha ayudado a ambos muchas veces. Te ayudaré, tú lo harías por mí, además me intriga mucho este asunto.

Cierto, Olivia y Peter se habían conocido en la academia. Por aquel entonces, el ahora muchacho era un niño superdotado con un talento especial para la informática, por lo cual fue fichado por la CIA. Peter siempre estaba solo, debido a sus aptitudes, que nadie comprendía. Como Olivia también se sentía sola, enseguida conectaron y se hicieron amigos. Los unía la pasión por su trabajo. Peter no tenía familia, sus padres murieron en un accidente de coche cuando apenas era un crío. La desgracia lo vació por dentro y dejó de hablar, era como si la impresión le hubiera congelado las cuerdas vocales. Con Olivia conoció la verdadera amistad y, pasito a pasito, tal como se hace cuando se aprende a caminar, Peter empezó a hablar de nuevo. Con el paso de los años, la relación entre ambos se metamorfoseó a una más propia de hermanos. Al final se hicieron inseparables, y muchas veces los dos solos, cada uno utilizando sus recursos, habían llevado más de una misión al éxito absoluto.

—¿Os puedo echar una mano? —intervino Nick—. Yo también estoy implicado.

—Mejor no —sopesó ella—, ten en cuenta que Harry nos tiene vigilados. Debes actuar como siempre, no pueden sospechar nada. Peter y yo sabemos pasar desapercibidos a ojos de todos, eso nos permitirá investigar con libertad.

—Pero no quiero que me mantengáis al margen —insistió Nick, que notaba una opresión en el pecho—. Necesito saber si Beth está implicada en la desaparición de mi otra cocinera. Quizá haya dejado alguna pista que os pueda llevar a dar con su paradero. No sé… a lo mejor todavía está viva.

Olivia conocía a Nick, por tanto, sabía que el sentimiento de culpabilidad lo debía de estar asfixiando. De todos modos, era bueno que conservara la fe, aunque mucho se temía que las posibilidades de encontrar a la mujer con vida eran casi nulas. Y en el caso de que se confirmara el peor de los escenarios, o sea, que su cocinera anterior hubiera muerto asesinada, sin duda Nick se sentiría responsable. Por este motivo no sería justo que lo mantuviera al margen de las averiguaciones, sería casi una crueldad.

—Está bien —claudicó—, te iré informando de lo que vayamos descubriendo.

—Te lo agradezco.

Olivia asintió con la cabeza y dieron la improvisada conversación por finalizada. Después tuvo una reunión con todos los que se encargaban de la seguridad, pues aún había que solucionar algún pequeño asunto sobre la vigilancia del lugar donde se presentaba el nuevo envase de la bebida Cher; el tema no admitía más demora.

Mientras, Nick se fue a su despacho; tenía cuestiones urgentes que atender. De vez en cuando, salía a observar a Olivia desempeñar su trabajo. Aunque no los uniera el tipo de relación que él deseaba, la verdad era que se sentía muy orgulloso de ella. Se veía que sabía lo que hacía, tenía una mente rápida y sus reflejos también. No le cupo ninguna duda de que se había ganado su puesto.

Era casi la hora de almorzar cuando ella entró en el despacho de Nick, decorado con muebles de maderas nobles y alfombras de excelente calidad en el suelo. Había grandes ventanales que ahora tenían las cortinas corridas. Fuera seguía lloviendo y hacía frío, pero en el interior de la habitación la temperatura era muy agradable gracias a la calefacción.

Nick estaba leyendo unos papeles, pero en cuanto se percató de la presencia de ella levantó la mirada.

—¿Qué estás leyendo, si se puede saber? —preguntó Olivia.

Tenía una expresión suave que a Nick le gustó, y sonrió. Mostraba una serenidad que no le había visto desde que se habían reencontrado.

Olivia le devolvió la sonrisa y se acercó con paso tranquilo; llevaba deportivas y apenas hacía ruido al caminar. Se sentó en el borde de la mesa e inspeccionó el escritorio lleno de carpetas, folios escritos, clips, un par de gomas de borrar redondeadas debido al uso y un sinfín de pequeños utensilios de los que habría en cualquier oficina. Todo estaba dispuesto de una manera en apariencia desordenada, pero bien sabía ella que, dentro de ese desorden, él tenía un orden muy preciso.

Hay costumbres que no cambian.

—Estoy repasando el discurso que daré esta noche, cuando presente los nuevos envases de Cher.

Nick se acomodó en su sillón.

—Por lo que tengo entendido —contestó Olivia—, dicen que Cher está destinada a sustituir a la Coca-Cola como bebida dominante en el mercado. ¿También su fórmula es secreta?

—Sí, está guardada bajo llave, sólo yo la conozco.

—¿No te fías de nadie?

—Exacto, pero a ti te la diría a cambio de un beso.

Ella carraspeó y se levantó con rapidez, la serenidad que había sentido momentos antes se esfumó. Deseaba huir, alejarse de él y de la tentación que suponía tenerlo cerca. Sin embargo, no podía, pues debía desempeñar su trabajo. Cuando se fue a sentar en una de las sillas que había frente al escritorio, pensaba en eso y en lo difícil que él se lo estaba poniendo. Cruzó las piernas, suspiró y dijo:

—No empieces, Nick. No te besaría aunque me ofrecieras toda tu empresa. Estoy aquí por motivos laborables, por nada más, hazte a la idea.

Él no disimuló su decepción, su mirada se entristeció y esbozó una media sonrisa triste.

—Lo sé… —Suspiró—. Sin beso o con beso, a ti te diría la fórmula. Sé que podría fiarme, a pesar de lo estúpido que fui en el pasado. Nunca me traicionarías.

Ella se sintió halagada, pero no dijo nada por miedo a que sus fuerzas no bastasen para resistirse. Porque cuanto más tiempo pasaban juntos, mayores eran sus ganas de confesarle que no lo había olvidado, que su corazón aún latía por sus besos y sus caricias. Por eso decidió llevar la conversación por otros derroteros. Además, necesitaba saber algunas cosas.

—¿A David no tuviste la tentación de decírsela?

—Nunca. Quien inventó la bebida fui yo. Después de mi jornada laboral en la oficina de una empresa de bebidas isotónicas, experimentaba y estudiaba, y así me pasé casi dos años. De modo que tenía muy claro que no compartiría la fórmula con nadie.

—¿Y cómo se convirtió en tu socio?

—Cuando creé Cher, tuve claro que quería montar una empresa. Fui al banco a pedir un préstamo y David trabajaba allí. La idea le entusiasmó, me dijo que tenía dinero ahorrado de una herencia y que quería invertirlo. Y así empezó todo. Lo triste es que me cayó bien

desde el primer momento.

—¿Erais buenos amigos?

—Al caerme bien, reconozco que al cabo de un tiempo lo consideré mi amigo. Yo trabajaba tanto que mis relaciones sociales no eran muy buenas, así que él fue lo más parecido a un compañero. Y cuando me enteré de quién era en realidad, di gracias de que esa estima no hubiera cuajado más profundamente, aunque nunca habría sido como entre tú y yo. No me malinterpretes; dejando aparte nuestra relación amorosa y sexual, tú eras mi mejor amiga, la única que he tenido y tendré.

Un suspiro se atascó entre el pecho y la garganta de Olivia. Sus palabras la habían afectado sobremanera. Porque era cierto, los dos lo habían sido todo para el otro; todo lo que podía unir a un hombre y a una mujer: amantes, amigos, pareja, novios, prometidos, confidentes… no se podía aspirar a más en la vida. Eran como el corazón y el latido, todo juntos y nada por separado.

—¿Qué sabes de David Campbell que no le hayas contado a la policía?

—A la policía se lo conté todo, no entiendo cómo no me di cuenta de que ese hombre era el diablo personificado.

—No te tortures, los psicópatas son maestros del engaño. Mi jefe me explicó que lo detuvieron gracias a una intervención tuya. Aunque dio resultado, ¿eres consciente de que arriesgaste tu vida?

—Sí, pero lo asumí como un daño colateral. David es un asesino en serie, sus víctimas no merecían menos.

—Lo tuyo son los refrescos, no cazar delincuentes, te pusiste en peligro innecesariamente.

—Bueno, ahora ya está hecho, sólo le tendí una trampa. Me costó lo mío, busqué libros que hablaran de la psicología de un asesino en serie y, poco a poco, me comporté como si fuera uno, sólo cuando estaba con David, claro. Admito que me costó un sobresfuerzo emocional, no es fácil cuando lo que sientes es repulsión.

—Sé de lo que me hablas. No es fácil actuar como si llevaras la maldad en las venas.

—Pero lo conseguí, y David cada día se fue sintiendo más cómodo conmigo. De vez en cuando me lanzaba alguna indirecta para que asesináramos a alguien juntos. Primero me lo decía de broma, yo sabía que me estaba poniendo a prueba, por eso calculé cada paso, y cuando fue el momento me lancé y accedí a compartir sus locuras. Él me confesó que había matado antes, que no me preocupara por nada. El

muy idiota me habló de sus víctimas y yo pude grabar algunas conversaciones, las otras las tengo en mi mente, que son de las que hablaré el día del juicio… —Hizo una pausa—. Deseo con toda el alma que todo esto sirva al menos para encontrar los cadáveres; merecen que sus familias les den sepultura. ¿Sabes?, he llegado a la conclusión de que el trabajo que vosotros hacéis es muy importante.

—Y muy duro. Te lleva al límite. Supongo que te han explicado que al no encontrar ningún cadáver que nos hubiera podido aportar pruebas irrefutables, sólo con las pruebas circunstanciales tal vez pueda salir de la cárcel en pocos años. Si eso sucede seguramente buscará venganza.

—Lo sé, es un riesgo que he aceptado, pero no me preocupa estar en peligro.

—Pues debería preocuparte. —Nick la miraba con atención, como escrutándola, y Olivia se esforzó en mostrar una expresión neutra, para que no viera lo preocupada que estaba por su seguridad. Esperó que le comentara algo más, pero como no lo hizo, continuó—: Y supongo que te han explicado que los abogados de la defensa te descuartizarán vivo cuando te interroguen.

—Sí, también lo sé, pero no van a poder conmigo. Cuando se dice la verdad nada puede salir mal.

—¡Cierto!

—Vaya, al menos en algo estamos de acuerdo.

Ambos sonrieron, conectaban como años atrás, cuando las miradas hablaban por sí solas y desnudar el alma era habitual en sus conversaciones. Ambos eran conscientes y ninguno de los dos quiso romper ese momento.

—Me siento orgulloso de ti, Luna, muy orgulloso.

El alma y el corazón de Olivia vibraron, y los sueños compartidos de antaño revolotearon, ansiosos por que los tomaran en consideración. Ella buscó protección en el silencio, pero los ojos de Nick eran más que elocuentes, pues eran el reflejo del amor sincero. De acuerdo, Olivia reconocía que él la amaba, de esa verdad no dudaba, de lo que dudaba era de que ese amor fuera suficiente para superar todas las pruebas a las que el futuro los sometería. Ya se lo demostró una vez, cuando su amor no bastó para casarse. Esa realidad todavía estaba muy viva en su alma y aparecía para recordarle que, por mucho que Nick le asegurase que había cambiado, lo que al final valían eran las acciones, no las palabras. Él no podría aguantar la presión de su trabajo y la volvería a abandonar. Y ella sufriría. Y la

herida se haría más grande todavía. Y… no, no podía desfallecer; mejor dejarlo todo como estaba, porque, aunque no lo pareciera, dejarlo todo como estaba le proporcionaba cierto equilibrio, un equilibrio que necesitaba para desempeñar bien su trabajo y tirar adelante.

El silencio continuaba, ambos eran conscientes de él y parecía que cada cual esperara que fuera el otro quien lo rompiera. Sin embargo, fue Olivia la que decidió con mayor rapidez que no quería profundizar más, por las mismas razones de siempre: dolor y miedo. Se sentía más segura hablando de banalidades que no la obligaran a escudriñar en su interior.

—Bueno, es hora de almorzar, ¿no crees? —soltó de golpe.

Se había apresurado a zanjar la conversación, porque no quería que Nick continuara ahondando en lo que habían tenido y en lo que podían llegar a tener. Ese tipo de charlas acababan desbordándose en cascadas de emociones. Si desnudaba su alma, él se daría cuenta de que nunca había dejado de amarlo. Nunca. Y lo peor de todo era que su amor por él no desaparecería, seguiría en sus entrañas como si formara parte de su ADN. Como siempre le sucedía, el dolor por el abandono había asomado y parecía rodearla como si de una boa se tratara. No podía evitar sentirse asfixiada por la terrible decepción sufrida.

—¿No decías que me ibas a preparar un delicioso plato de pasta? —comentó Nick.

—¿Yo? Lo he dicho para que Beth se fuera. Sabes muy bien que no sé cocinar.

—Mentirosa… —replicó con burla—. Aunque nunca es tarde para aprender.

Ella suspiró resignada.

—Está bien, me encargaré del almuerzo.

—¿Y qué me vas a preparar?

—Una pizza. —Cogió su móvil y marcó un número—. ¿Todavía te sigue gustando las de cuatro quesos con extra de Roquefort?

Nick estalló en carcajadas.

—¡De esta manera yo también sé cocinar! Y sí, me siguen gustando las pizzas de cuatro quesos con extra de Roquefort.

En el fondo, le agradaba que siguiera recordando tantas cosas de él. La observó hacer el pedido por teléfono y, a pesar de los diez años que habían pasado, vio que Luna seguía siendo hermosa. Aunque sus ropas masculinas escondían su cuerpo, podía deducir cada curva, tal

como solía hacer las noches de insomnio. Hasta su olor a piel fresca y limpia, a jabón natural, lo perseguía a todas horas.

De pronto se acordó de que por la noche tenían que acudir al evento vestidos de etiqueta. Esperó a que ella colgara.

—Supongo que esta noche me acompañarás a la presentación —dijo Nick.

—Claro, soy tu guardaespaldas. No irás sin mí y si me lo prohíbes te quedarás en casa.

—Sólo hay una cosa en el mundo por la cual me quedaría aquí, dejando plantados a mis invitados…

Ella lo entendió muy bien, no hacía falta ser muy lista para ello, ya que Nick la estaba desnudando con la mirada. Notó cómo la sangre se le concentraba en las mejillas y carraspeó, no sólo una vez, sino varias veces; por poco le da un ataque de tos.

—Iremos al evento —sentenció, obligándose a ahuyentar las imágenes eróticas de ellos dos unidos libidinosamente—. Si lo que te preocupa es la seguridad, te diré que esta misma mañana he dado instrucciones, habrá medidas extra y de última generación. Ni una mosca podría colarse.

—Eso me tranquiliza, pero mi preocupación es otra.

—¿Cuál?

—Hay que ir de etiqueta. ¿Tienes ropa adecuada?

Olivia no dejaba nunca ningún cabo suelto, se anticipaba a los problemas, una virtud elogiada por sus superiores, que veían en ella una líder nata. Pero para su vergüenza eterna en esa ocasión no había caído en una cosa tan simple como conseguir un vestido adecuado para una celebración de esas características. Se sentía estúpida, es más, esa palabra quedó diminuta al lado de lo que pensaba de sí misma en aquellos momentos.

Desde que dejó su relación con Nick, se olvidó por completo de ser mujer. Nada de vestidos ni de maquillaje ni siquiera pintarse las uñas. Tampoco iba a la peluquería, su madre se encargaba de cortarle el pelo, de acuerdo que su corte era masculino, pero a ella la traía sin cuidado su aspecto. Se había dedicado por completo a su profesión y su papel de mujer había quedado aparcado para siempre.

Sin una brizna de orgullo, y con más pena que otra cosa, tenía que admitir que se había convertido en una persona que amasaba frustraciones, algo de lo que nunca había tenido conciencia hasta que Nick y ella se habían vuelto a ver después de una década de tristeza.

—Tu cara es un poema —dijo él aguantándose la risa—. Pareces

un gato al que han metido en una bañera de hidromasaje y al que luego han querido ponerle rulos.

—¿Tan evidente es que no tengo nada que ponerme?

—Cuando estábamos juntos te gustaba llevar vestidos y zapatos de tacón; me acuerdo de que te encantaba salir de compras con tu madre.

—Eso era antes de que me dejaras…

Apretó los labios de inmediato, no quería contar más de la cuenta. Pero a él una punzada de culpabilidad le sacudió las entrañas. Así que había anulado su parte femenina por el dolor que le había causado… Reprimió la pregunta que estaba a punto de hacerle, pues necesitaba saber de qué vestuario disponía, no deseaba que pasara un mal rato. En el fondo era más que evidente que en su armario no habría ningún vestido, ni zapatos de tacón, y mucho menos una barra de labios. De pronto se le ocurrió una idea.

—No te preocupes. —La miró de arriba abajo—. Debes de tener la misma talla que mi secretaria, le telefonearé para que me traiga algo.

—¿Es guapa?

¡Mierda! No quería preguntar eso, pero le había salido sin pensar. Y el motivo eran sus celos. Nick le había dicho que no llevaba mujeres a casa; tal vez no le hiciera falta, porque sus encuentros los tuviese en el trabajo.

Él entornó los ojos, que parecían dos líneas azules brillando de diversión; sabía lo que pasaba por la mente de ella y se sintió de maravilla. Admitía que estaba siendo algo cruel, pero si dejaba que Olivia pensara que lo perdería si no reaccionaba, quizá lo aceptase de nuevo a su lado de una vez por todas.

—Sí, es muy guapa —respondió.

Ella se obligó a controlarse; por suerte, la prudencia acudió en su ayuda y se limitó a observarlo. Tenía la esperanza de que alguna mueca o gesto delataran si había algún tipo de relación entre ellos. No obstante, se quedó con las ganas, pues Nick disimulaba muy bien. Pero Olivia deseaba tanto saber qué significaba su secretaria para él, que dejó a un lado la prudencia y pasó a la verdad.

—Y… y ¿te gusta?

Quería seguir preguntando; sin embargo, optó por no hacerlo, era lo más inteligente dadas las circunstancias. Aun así, necesitaba una respuesta rápida y concluyente que la sacara de su agonía. No obstante, Nick no parecía querer contestar y se limitó a mirarla como si estuviera calibrando la situación.

Ella, incapaz de aguantar más, se levantó y fue a la ventana, donde

se quedó contemplando la lluvia. De pronto se sintió como aquellas gotas que caían aquí o allá al azar, pues no sabía cuál sería su destino. No tardó mucho en oír que él se acercaba y notó su presencia a su espalda. Su cuerpo viril emanaba una calidez reconfortante que envolvió todo su ser y se le hizo difícil de ignorar. Se estaba tan bien cerca de ese cuerpo… pero ¡tan bien! Contuvo la respiración; hasta las moléculas del ambiente parecían haberse cargado de aquella energía. Sin duda la tensión era palpable.

Nick le susurró al oído:

—Me gusta como hombre que aprecia la belleza femenina. Nada más.

Olivia tuvo ganas de llorar; sin embargo, se aguantó en el último momento, pero no así su lengua.

—Bueno, ese «nada más» es suficiente para acostarse con alguien —farfulló con un deje de enfado—. No hace falta estar enamorado.

Nick percibía su sufrimiento y su euforia era tan grande que casi daba saltos de alegría. Definitivamente a ella le importaba su vida sentimental y eso sólo quería decir una cosa: todavía lo amaba. Se tomó unos segundos para meditar si decirle la verdad o guardársela, con la intención de utilizar ese descubrimiento para presionarla. Sin embargo, los celos extenúan el cuerpo y la mente, dejan un rastro pesaroso en el corazón, donde una madeja de sentimientos se mezcla con suposiciones a cuál más dolorosa. No, no quería perjudicarla de ninguna manera y aún menos lastimarla. Él la amaba y el amor no debía causar sufrimiento. Y por mucho que Olivia lo negara y se lo dijera en todos los idiomas habidos y por haber, lo amaba también. Lo amaba en mayúsculas. Lo veía en cada mirada, en el estremecimiento de su dulce cuerpo cuando lo tenía cerca, en su respiración agitada cuando la miraba con toda su alma.

—A mi secretaria no la atraen los hombres… —Hizo una pausa—. Le gustan las mujeres. En cualquier caso, tiene pareja y convive con ella, incluso quieren tener un hijo.

Nick la oyó suspirar de alivio y le vinieron ganas de reír. La agarró de los hombros y le dio la vuelta, en el brillo de sus miradas se percibía la irresistible pasión que seguía recluida en el interior de sus cuerpos. Se palpaba incluso en el aire, en el sonido de su respiración, en el calor que emanaba su piel... Casi se podría decir que la simple llama de una cerilla sería capaz de prenderles fuego como si estuvieran impregnados de gasolina.

Nick acercó su rostro al de ella con lentitud, con las pupilas fijas en

las suyas. Y Olivia, cuando se dio cuenta de que quería besarla, se escurrió como una anguila atrapada en una mano, con tan mala fortuna que por poco se cae de bruces al suelo, aunque se contorsionó en el último momento para evitarlo.

—Voy a poner la mesa —dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa, para evitar de este modo algún reproche, mientras se alejaba de él y del maldito escritorio con el que por poco se tropieza—. Las pizzas llegarán en cinco minutos —añadió desde la puerta.

La excusa le sirvió para huir de la tentación y ponerse a salvo de sus sentimientos y de su pasión, descontrolados a causa de la devastadora presencia de Nick. A esas alturas estaba aprendiendo que no había escudo lo bastante fuerte sobre la tierra para defenderla de él y de los recuerdos. Cuantos más minutos pasaban juntos, más temblaba por dentro y por fuera. Ya podía confirmar, sin dudas de ninguna clase, que no sabía si su fortaleza mental sería suficiente para mantenerla alejada de Nick.

CAPÍTULO 6

Cuando las pizzas llegaron, la mesa estaba puesta y Nick, esta vez, optó por no servir vino, sino su refresco Cher.

—¿Habías probado antes mi bebida? —preguntó.

—Teniendo en cuenta que se está haciendo tan famosa como la Coca-Cola, es inevitable no haberla probado —contestó Olivia, dando un mordisco a su pizza.

Nick tragó la comida que tenía en la boca.

—¿Y te gusta? —Bebió un sorbo.

—Sí.

—¿Sí, a secas? ¿No hay ningún halago?

—No.

—Vaya… yo esperaba que me dijeras lo listo que soy por haber creado un refresco capaz de competir con la Coca-Cola.

—¿Tu ego lo necesita? Porque si es así puedo decirte muchas cosas, siempre es bueno hacer caridad con el necesitado.

Nick rio.

—De hecho, sí que lo necesito.

—¿Las mujeres no te suelen decir lo espléndido que eres? Candidatas seguro que no te faltan.

No podía creerse que un tipo como Nick no recibiera elogios por parte de las mujeres. En general, un tipo como él no pasaba desapercibido, y no se trataba sólo de su cuerpo atractivo y fuerte, ni de su rostro varonil, ni del cabello dorado que cubría su cabeza, ni de aquellos ojos azules que parecían los de un ángel… Se trataba de mucho más, ya que emanaba una fuerza poderosa, una energía vital que parecía llenar cualquier lugar donde estuviera. Y por si todo eso no fuera suficiente, Nick además era educado y sabía mantener conversaciones chispeantes o serias según las circunstancias. Sin duda era un reclamo para mujeres hambrientas, cuyos instintos las harían lanzarse como locas sobre él, deseosas de que les entregara su pasión.

Nick era el Ferrari de la especie masculina.

—Lo que me digan las demás me trae sin cuidado —respondió él e hizo una pausa—. Me importa lo que me digas tú, me importa lo que piensas de mí, pero por encima de todo me importan tus sentimientos hacia mí.

Olivia notó tristeza en su tono de voz, él también sufría al tenerla cerca. Era como si un volcán de emociones, que había permanecido latente durante más de diez años, hubiera entrado en erupción. Los sentimientos reprimidos corrían como lava ardiendo, quemando silenciosamente la piel de ambos.

—Nick…

Él la interrumpió:

—¿Te acuerdas de cuando no tenía dinero para invitarte a almorzar e íbamos a comprar una pizza y nos la comíamos en el campo? —Ella asintió con la cabeza—. Y después de comer yo ponía la cabeza sobre tu regazo y miraba el lento movimiento de las nubes, mientras hacíamos planes. Incluso a nuestros supuestos hijos les pusimos nombre: Jon y Madelene… Ya sé que es una tontería, pero muchas veces me ha parecido oírlos pelearse por los postres, mientras tú y yo lidiábamos con ellos para que se comieran la verdura…

Se le quebró la voz y no pudo continuar, pues deseaba una familia, un futuro. Sin embargo, no le servía cualquier mujer, la quería a ella. No podía olvidarla sin más. Y menos cuando Luna lo era todo para él, el oxígeno que respiraba y que lo mantenía vivo. Cuando eran jóvenes sólo los rodeaba la naturaleza, y la música la ponían los pájaros que revoloteaban de un lado a otro, felices, cantando a la libertad. Los dos guardaron sus sueños en arcones imaginarios, que tarde o temprano, cuando llegase el momento idóneo, abrirían. Él sabía que esos arcones aún existían en su interior y que seguían cerrados, esperando que llegara el día adecuado para que sus anhelos se cumplieran.

—Nick, pensar en el pasado no nos hace bien.

—No ser fieles a nuestros sentimientos, tampoco. Nos deseamos y nos queremos.

—Yo no he dicho que te quiera y te desee.

—Dime que no es así. Te será fácil si es eso lo que sientes.

Se hizo un elocuente silencio.

—No se trata de eso —dijo ella al fin.

—Entonces, ¿de qué se trata, Luna? —Su voz esta vez era cortante, incluso su mirada se había endurecido, igual que sus facciones.

—¡No me llames Luna!

Nick se levantó de golpe, haciendo que su silla cayera. Se acercó a Olivia y la obligó a levantarse. Si bien ella habría podido defenderse, esta vez la mirada y la agresividad de él la tenían paralizada. Nick la agarró de los hombros.

—¡Dime de qué se trata, Luna! —exigió rabioso entre dientes, con los ojos ardiendo de pasión, de rabia, de frustración.

No esperó a que contestara, la besó a pesar de que ella en un principio se debatió como una leona. Pero pronto la pasión que llevaba dentro la amansó y la convirtió en mantequilla en los brazos de Nick. Sus lenguas se encontraron y se reconocieron al instante. Él dejó de agarrarla por los hombros para devorarla no sólo con la boca, sino con sus manos, que se volvieron voraces. Ambos dejaron de pensar, sus instintos animales, tanto tiempo dormidos, estallaron.

Nick la desvistió con rapidez, la llevó a la mesa y, antes de tumbarla encima, tiró del mantel esparciéndolo todo por el suelo. Nada importaba en aquellos momentos, sólo era consciente de su miembro erecto, que le dolía una barbaridad. Se quitó la camiseta y liberó su pene de dentro los vaqueros, abrió las piernas de Olivia y, de una embestida, la penetró. Ella gritó y gritó, hacía tanto tiempo que no practicaba sexo, que tener a Nick en su interior la llevó al llanto, un llanto desgarrador que la empujó a pedirle que embistiera sin piedad.

Y así lo hizo él: la penetró con fuerza, con ímpetu, empujando fuerte con sus caderas. Fue tanta la dureza, que el choque de sus pelvis resonó en la cocina una y otra vez.

Olivia gemía, clamaba y exigía más y más, sin pudor alguno; estaba desatada y deseaba a aquel hombre con una necesidad peligrosa. Ambos se miraron fijamente a los ojos, por sus pupilas pasaron todas las veces que habían unido sus cuerpos cuando, en el pasado, cualquier rincón era perfecto para abandonarse a la pasión. Eso hizo que Nick incrementara el ritmo, que perdiera la noción del tiempo y de lo que los rodeaba, de su vida, y se volcara nada más en penetrarla, embestirla, en hacerla gritar de pasión.

Ella, aturdida, lo arañó en la espalda, le mordió el hombro y lo azuzó con sus exigencias de mujer deseosa de unirse a él en cuerpo y alma. Nick sabía muy bien dónde tenía la marca de nacimiento y, sin perder tiempo, la agarró de las nalgas y hundió sus dedos en aquella carne tierna, mientras de su boca salía su nombre:

—Luna, Luna, Luna…

Los embates no se detuvieron, siguieron un ritmo frenético; su

miembro resbalaba por las paredes de miel de ella, lo que era una tortura deliciosa para ambos. Era como si los cuerpos hubieran abandonado su condición física para entrar en una dimensión donde se levitaba de felicidad. Todo eran luces de colores y sonrisas y gemidos, pero por encima de eso había el compromiso de la eternidad. Porque cuando se ama de verdad se entra en el paraíso, y ellos estaban allí en aquellos momentos. Nick y Olivia se habían vuelto a encontrar en el mundo infinito de la pasión, donde no sólo había sexo, sino amor mágico, ese que no se ve, pero se palpa, sosteniendo las vigas maestras de su relación.

Era tal la energía de su encuentro, que quedaron cubiertos de sudor, pero ni eso los pudo parar; ni siquiera una bomba los habría detenido. Una década entera sin los sabores, sin los gemidos, sin los embates del deseo era demasiado tiempo como para que nada pudiera frenarlos. Y esos diez años se convirtieron en polvo, desaparecieron sin más, y el dolor y la frustración se quedaron sin espacio para poder maniobrar, para envenenarlos.

En aquellos instantes, las deliciosas sacudidas que experimentaron los llenaron de felicidad. Se sentían como si fueran mariposas revoloteando entre luz celestial. Todo era maravilloso, sus sexos estaban más vivos que nunca, pues se encargaban de decir lo que sus bocas no se atrevían a pronunciar. Se encontraban deliciosamente bien, el éxtasis los hacía vibrar. De ningún modo querían despertar de ese sueño para volver al mundo de los vivos. Por eso, cuando regresaron del viaje, entre gritos y murmullos de placer, tardaron en despertar. Respirar se convirtió en un esfuerzo titánico, pues lo tenían que hacer a bocanadas, como si hubieran corrido la maratón de su vida. Nick se dejó caer en la silla. Apenas atinaba a abrocharse los pantalones y ponerse la camiseta, porque sus manos temblaban y sus movimientos eran torpes.

Ella seguía desnuda encima de la mesa y notaba su sexo tierno y tibio. Tuvo que tragarse un gemido de desesperación, porque quería más. Más de él. Más besos. Más caricias. Más embates como los que le habían dejado la pelvis dolorida.

Nick fue el primero en recuperar la calma y el aliento. Sabía muy bien lo que había pasado allí; y lo que había pasado era que diez años habían desaparecido, porque, aunque ella lo negara en los próximos segundos, aún seguían unidos y se amaban con la locura de siempre. Sólo hacía falta que Olivia dejara a un lado su orgullo y su dolor y abriera de par en par las puertas del futuro.

Nick se levantó, sus pupilas se agrandaron y resiguió cada curva femenina: sus pechos agitados, sus piernas igual de esbeltas que antes. Seguía tan bella como la recordaba. Cada recodo, cada sombra, cada cumbre, cada valle… seguía tal como los había dejado tiempo atrás. Su virilidad aumentó de nuevo, dispuesto a penetrarla otra vez. Diez años de atraso daban para mucho.

—Ahora dime de qué se trata, Luna. Tu cuerpo, tus gritos y los arañazos en mi espalda me han contestado. Por lo que más quieras, no te atrevas a negar nada de lo que ha pasado.

Ella, que aún estaba sumida en el letargo placentero de después del sexo, reaccionó. Y entonces fue consciente de lo que había sucedido, de su desnudez, de la miraba devoradora de él, de sus palabras… Se levantó y cogió el mantel del suelo, que fue lo primero que encontró. Estaba sucio de pizza y de la bebida que se había derramado, sin embargo, no le importó, pues sólo quería tapar su desnudez, que él dejara de mirarla como un hombre lleno de deseo. Ocultó su cuerpo como pudo, eso sí, con más afán que arte.

—¡No vuelvas a tocarme nunca! —gritó.

—Y tú no actúes como si no te hubiera gustado. Digas lo que digas no me harás cambiar de opinión. Te ha gustado, y mucho. Te gusta cómo mi polla encaja en tu coño…

—¡Cállate!

Le temblaba el labio inferior, era evidente que reprimía el llanto, pero él no iba a detenerse:

—No voy a callarme, ¡es la verdad! Y tus amenazas ya no sirven, seguiré intentando follarte tanto como pueda, tu cuerpo será el encargado de hablarme, él no me engaña. Por cierto, Luna… —hizo una pausa calculada—, ¡te llamaré como me dé la gana!

Y se fue sin decir nada más. Se sentía ofuscado y contento. Ofuscado porque ella seguía sin reconocer que aún se amaban y contento porque el cuerpo de Luna le había dicho la verdad y, si se hubiese quedado en la cocina, la habría vuelto a penetrar como un loco. Debía dejarle espacio y tiempo para que asimilara lo que había sucedido. Y una cosa tenía clara: intentaría hacerle el amor tantas veces como pudiera, así que más valía que se mentalizara. De momento iría al gimnasio a liberar la adrenalina que corría por su sangre. Hacía diez años que no tenía un encuentro sexual como aquél. Casi lo había quemado vivo. Y, para su desgracia, en aquellos instantes su cuerpo le exigía más.

Sólo el deporte le brindaría la tranquilidad que necesitaba. Luna se

había encargado de construirse una coraza que la mantenía en una especie de burbuja para no sentir nada. De acuerdo, él se había equivocado, se había dejado llevar por sus miedos y, en consecuencia, le había hecho daño. Sin embargo, estaba dispuesto a no dejarla ir, a demostrarle que había un futuro juntos si lograba perdonarlo. Lucharía para que ella lo entendiera, aunque le llevara otros diez años.

Por su parte, cuando Olivia lo vio desaparecer, se dejó caer de rodillas al suelo. Era difícil encontrar una palabra que definiera lo que había sentido al estar en los brazos de Nick otra vez. Había sido como pisar carbones encendidos sin sentir dolor, sólo deseo y deseo y… y amor. Tanto que no le cabía en el corazón y se le atascaba en la garganta cada vez que él la miraba, cada vez que sus labios se curvaban en una sonrisa, cada vez que pronunciaba la palabra Luna. Luna… lo había dicho una y otra vez mientras la penetraba con frenesí. ¿Qué hacer cuando se ama tanto que hasta duele? Intentó recordar en qué momento se enamoró de ese hombre. Fue en la adolescencia, cuando su cuerpo empezó a despertar. No, no era verdad. Lo cierto era que lo había amado siempre; de niños, y a pesar de que se aborrecían mutuamente y se buscaban para fastidiarse, ya se amaban sin saberlo. Entonces desconocían lo que era el amor entre un hombre y una mujer, pero una vez fueron adultos, la madurez de mente y de cuerpo hizo el resto. Lo cierto era que nunca había dejado de quererlo y creía que él a ella tampoco. Diez años no habían bastado para olvidarse. Sólo la muerte lograría borrar lo que en vida estaba siendo imposible.

Olivia se estaba dando cuenta de que no podía luchar contra sus sentimientos. Lo que había pasado entre los dos hacía apenas unos instantes había hecho que ambos liberaran lo que llevaban dentro. Había sido como descorchar una botella. Ella era una mujer con ganas de sentir, tenía anhelos sexuales y quería compartirlos con Nick, volverlo loco de placer con su seducción. Pero que lo deseara de ese modo no quería decir que tuvieran que unir sus vidas. Negar que lo amaba no servía de nada; tal como había dicho él, su cuerpo no lo engañaba, aun así, no era estúpida y no cometería el mismo error que en el pasado.

De ningún modo iba a abandonar sus sueños, no lo hizo entonces y no lo haría ahora. Por más que le rogara que dejara su trabajo en la CIA para casarse con él, se negaría en redondo. Tal vez Nick en un principio lo aceptara, al fin y al cabo reconocía que se había

equivocado al obligarla a escoger, pero luego seguramente cambiaría. Cuando viera lo que implicaba estar casado con una agente secreta, los sacrificios, el peligro, la dureza de llevar vidas paralelas, con toda seguridad la forzaría a elegir de nuevo. Y Olivia ya lo hizo una vez en el pasado y, por más que lo amara, no cambiaría su manera de pensar. El amor tiene que ser dar y recibir, no exigir. Se trataba de complementarse el uno al otro, con sus virtudes y defectos.

Su móvil sonó trayéndola de vuelta al presente. Lo tenía en el bolsillo de los pantalones; el problema era que no los llevaba puestos y se apresuró a buscarlos sintiéndose culpable. Estaba de servicio y si en aquellos momentos alguien entraba en la casa para matar a Nick, sin duda lo conseguiría, porque ella no estaba en su mejor momento.

De pronto, un escalofrío le recorrió la espina dorsal: si quería que Nick llegara vivo al juicio no podía continuar de aquella manera. Si resultaba herido, o incluso muerto, por no hacer ella bien su trabajo, no se lo perdonaría en la vida. Tenía que encontrar una solución, y rápida, dado que cada minuto era importante.

Por fin cogió el teléfono, era Peter.

—Sí, Peter, ¿pasa algo?

—Me acaban de informar de que mi gata *Perla* ha muerto.

Olivia se tensó. Su compañero y ella tenían un lenguaje secreto para decirse mucho sin decir nada. Ambos eran conscientes de que, aunque trabajaran para el gobierno de manera confidencial, todos sus pasos y conversaciones podían ser espiadas. Así, al decirle que su gata *Perla* había muerto, Olivia sabía que quería verla en privado.

—Oh, Peter, lo siento. Sé lo mucho que querías a esa gata, aunque siempre puedes adoptar otra.

De ese modo le estaba diciendo que podían quedar en ese mismo momento.

—Sí, adoptaré otra, eso lo tengo claro, ¿sabes de alguien que tenga gatitos?

—¡Qué casualidad! Precisamente la gata de una amiga mía acaba de tener gatitos y me dijo si sabía de alguien que quisiera adoptar alguno.

—¡Qué bien, pues voy a ir a buscar uno!

—Vive en la parte norte de Washington, cerca de un parque donde hay cipreses.

—Ah, ¡vale! ¡Ya me acuerdo de tu amiga! Estaré encantado de volver a verla.

—¡Perfecto! La avisaré ahora mismo.

Ella le estaba indicando el lugar donde verse, dentro de la propiedad de Nick. En la parte norte del jardín había un grupo de cipreses y Olivia sabía que allí las cámaras de seguridad no llegaban, porque había un punto muerto. Se vistió deprisa y maldijo por no poderse dar una ducha rápida, pues olía a sexo del bueno y también a cereza del refresco Cher, que se le había pegado a la piel al taparse con el mantel.

Sin perder tiempo, se dirigió al lugar de la cita. La lluvia caía sin pausa, por lo que los dos no tardaron en quedar empapados.

—¿Qué pasa, Peter? —susurró Olivia en cuanto llegó al lugar.

—Me ha telefoneado el jefe.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Los rizos negros de Peter parecían pequeños canales de agua que desaguaran sobre su rostro. Las gotas resbalaban por su piel, mientras un vaho salía de su boca.

—Nada, el problema es que me ha obligado, y digo literalmente «o-bli-ga-do», a que deje de investigar a Beth Carrington, dice que ya se está encargando él.

—Entonces se ha enterado de que estábamos llevando a cabo una investigación paralela. Siento haberte metido en este lío, ahora no sólo desconfiará de mí, sino también de ti.

Peter apretó los labios, si en un principio había tenido ciertas reservas con la petición de Olivia, en aquel instante su deber estaba con la verdad y con las víctimas.

—Eso no me preocupa —dijo el chico—. A estas alturas lo que quiero es llegar al fondo del asunto, sean cuales sean las consecuencias. El jefe no es estúpido, así que no podré investigar utilizando los recursos de la CIA, tendré que hacerlo de otra manera.

Olivia se alegró de contar con él, la verdad era que nunca la había defraudado. Tenía las ideas claras y su compromiso con la justicia estaba por encima de todo. Definitivamente no se comportaba como los chicos de su edad, más ocupados con satisfacer sus egos que con progresar. Era normal teniendo en cuenta que sus padres murieron siendo él apenas un niño, por lo que tuvo que madurar muy deprisa. Olivia pondría la vida en sus manos sin dudarlo y, a su vez, era consciente de que él haría lo mismo en caso contrario.

—¿Y podrás seguir investigando? —preguntó.

Peter sonrió de oreja a oreja, sus ojos grises brillaban de resolución y sus facciones juveniles mostraban un aire travieso.

—¡Claro que sí! Puedo hackear los ordenadores de la CIA desde

cualquier otro ordenador sin dejar pistas. ¿Acaso dudas de mis capacidades? —preguntó con un deje de indignación en la voz.

—¡En absoluto!

—Me pondré ya mismo. Por cierto… me ha dado tiempo de averiguar que la cocinera de Nick no se llama Beth Carrington, sino Beth Campbell, la huella que saqué del grifo así lo ha confirmado. Estaba en la base de datos, pues fue detenida de adolescente por intentar agredir a su madre con un cuchillo.

Campbell… Olivia tardó muy poco en asimilar la información y atar cabos.

—¿Campbell? ¿Acaso tiene algún parentesco con David Campbell?

—Son hermanastros.

—¿Qué?

Ella abrió los ojos de par en par, casi parecía que se le quisieran salir de las órbitas. Ciertamente el caso se ponía interesante.

—Yo también me he sorprendido. Además, no ha sido fácil dar con estos datos, estaban ocultos bajo nombres falsos, dentro de informes y casos que no tienen nada que ver unos con otros. Es difícil no pensar que lo han hecho expresamente, como una manera de ocultarlo todo; ha sido como buscar una aguja en un pajar. El jefe sabe lo que he encontrado, ya que me ha obligado a informarlo de mis hallazgos. Luego me ha chillado cuando he mostrado interés por continuar con la investigación de este caso. No entiendo nada, casi no lo reconozco, es como si hubiera cambiado de la noche a la mañana.

—Esto no tiene sentido, Harry nunca pierde los nervios. En otras circunstancias incluso te hubiera felicitado.

—Pero no es sólo eso…

La lluvia arreció, en un instante, la ropa de ambos chorreaba, pero ellos ni se inmutaron, dado que en su trabajo habían aprendido a soportar cualquier eventualidad. A lo lejos se oían truenos.

—¿Qué más te ha dicho? —quiso saber Olivia.

—Que destruya los datos que he encontrado, que lo haga desaparecer todo, absolutamente todo.

Ella negó con la cabeza desilusionada. Si no conociera tan bien a Peter pensaría que le estaba tomando el pelo. No obstante, no era ése el caso.

—Conociéndote como te conozco, deduzco que no has destruido nada, ¿verdad? —preguntó.

Peter sonrió de manera pícara como respuesta. A pesar de su mal gusto al escoger la ropa, era un hacker muy hábil que lo sabía todo y

al que nada se le escapaba. Olivia siempre confiaba en él para salir adelante. Sólo Peter, con sus múltiples capacidades informáticas, podía llevar a buen puerto cualquier situación complicada, haciendo su trabajo más fácil en las misiones peligrosas.

—Supones bien, querida amiga. Para que me entiendas, he descubierto cómo hacer una especie de agujero negro informático invisible a ojos de cualquier buen hacker. Tengo toda la información de este caso ahí metida.

—Pásamela a mi correo secreto.

El mismo Peter le había creado una cuenta de correo también a prueba de piratas, a fin de utilizarla en momentos como aquél.

—Hecho. No entiendo por qué el jefe actúa de esta manera, nunca antes ha hecho nada parecido, ¡y llevamos años trabajando con él! No sé qué le pasa, hasta el carácter le ha cambiado.

—Yo tampoco entiendo nada, pero lo descubriremos.

—Intentaré averiguar más cosas, si esconde algo, lo encontraré.

—Ve con cuidado, nos estamos jugando el cuello.

—Lo sé, pero nosotros somos más listos que ellos.

—No lo demos por hecho. Siempre hay que ir un paso por delante, tal como nos ha enseñado el jefe.

El tiempo pasaba deprisa, y decidieron terminar la conversación a fin de no levantar sospechas. Antes crearon otra contraseña secreta; al gato ya lo habían matado una vez, en sentido figurado, claro está, y si volvían a utilizar el mismo recurso levantarían sospechas en el caso de que los espiaran. Seguramente sería así a partir de entonces, dado que Harry estaría ojo avizor y ya habría dado órdenes de vigilarlos. Se despidieron sin añadir nada más, conscientes del peligro, un peligro que aceptaban, no sin preocupación; no era para menos, pues sus vidas estaban en juego. Por otro lado, el frío y la lluvia podían haberles dejado alguna secuela, como por ejemplo el comienzo de una tos previa a un buen catarro; no obstante, estaban tan acostumbrados a lidiar con los elementos ambientales que sus cuerpos ya se habían fortalecido.

Después de entrar en la casa, Olivia se fue a duchar y, mientras lo hacía, pensaba en lo que había descubierto Peter. No entendía por qué Nick seguía vivo, puesto que Beth, como cocinera, había tenido acceso a él durante mucho tiempo y había tenido ocasiones para matarlo. Definitivamente todo era muy extraño y estaba dispuesta a descubrir qué estaba pasando. La vida de Nick dependía de ello, y ahora también estaban en peligro Peter y ella.

Decidió no darle más vueltas al asunto; hasta que Peter no descubriera algo más no podía sacar conclusiones, de modo que se cambió de ropa. Miró los pantalones vaqueros y la camiseta verde militar e hizo una mueca despectiva. Reconocía que hacía años que prácticamente vestía del mismo modo, pero en aquellos instantes le hubiera gustado algo más femenino, pues quería gustarle a Nick.

Se miró en el espejo: su pelo corto castaño parecía el de un chico y decidió que se lo dejaría crecer hasta los hombros. Y además se compraría un poco de maquillaje. Y perfume. Y algo de ropa nueva. Y sus uñas necesitaban un buen arreglo.

¡Basta! Olivia se obligó a centrarse. Se estaba comportando como una idiota, quería cambiar por él, pero en ese instante y en el futuro su prioridad era que a Nick no le sucediera nada malo. Su vida estaba en sus manos y no podía distraerse. Era urgente que tomara una decisión drástica a fin de no ponerlo en peligro, ni a Peter, ni a sí misma.

Iría a hablar con él. Después de lo que había pasado entre ellos no podía esconderse y hacer como si no hubiese pasado nada. Bajo ninguna circunstancia actuaría como los avestruces y metería la cabeza en un hoyo; aunque la idea le pareció de lo más tentadora, tal vez de este modo dejase de mirar a Nick como una boba y no se excitara hasta la desesperación.

Se miró en el espejo una última vez. Seguía sin gustarse, pero era culpa suya, por haberse abandonado tanto. Quería volver a ser hermosa… quería volver a ser mujer otra vez, una mujer con ganas de sentir y de hacer sentir. De todas maneras, primero tenía que terminar su misión.

Luego, el futuro y los acontecimientos decidirían el resto.

CAPÍTULO 7

Sin embargo, Olivia nunca imaginó que tener una conversación con Nick fuera a ser tan y tan complicado. Se lo encontró levantando pesas en su gimnasio, un lugar que había acondicionado como si fuera uno profesional y donde no faltaba de nada. El problema era que se lo encontró semidesnudo, sudoroso: sus músculos se tensaban a cada movimiento y Olivia sentía cómo cada célula de su cuerpo se excitaba con tan sensual imagen… El sueño erótico de cualquier mujer se mostraba ante ella.

Se quedó quieta un breve instante, sus pupilas captaron la imagen y la retuvo en su mente, donde la guardaría hasta la noche, cuando con la ayuda de Morfeo la hiciera revivir en sus sueños.

Sabía que su cara reflejaba su deseo, casi podía decirse que babeaba de placer. Mantenerse erguida, sin tambalearse, se convirtió en misión imposible y no le importó tener esa pose de gilipollas cuando él se dio cuenta de su presencia.

Al verla allí sonrió, con una de esas sonrisas chulescas que suelen esbozar los hombres cuando saben que están siendo admirados. Pero no era para menos. De no ser porque había hecho un pacto silencioso consigo misma, en aquel mismo instante hubiera saltado encima de él sin ningún pudor y le habría exigido que la recompensara carnalmente por tantos años perdidos.

Un tipo de pensamiento que ya parecía haberse hecho crónico en ella y que estragaba su temple, que sin embargo debía conservar a toda costa. Amaba a ese hombre y lo deseaba de todas las maneras posibles, y lo que en un principio le había parecido un trabajo fácil, avalado por su experiencia como agente de la CIA, a esas alturas reconocía con pesar que lo veía muy difícil de llevar a cabo. Poco a poco había ido limitando sus aptitudes y eso la avergonzaba. No era para menos, porque no lo estaba haciendo bien. Aun así, debía intentarlo, darse una oportunidad y, si no cumplía, abandonaría la

misión. En su currículum habría entonces una mancha negra. No obstante, nada de eso la preocupaba en aquellos momentos, dado que la vida de él estaba por encima de todo.

—Has cambiado mucho… —susurró con voz tonta.

—El deporte ha sido mi mejor aliado estos diez años. Era eso o volverme loco con los recuerdos.

Olivia carraspeó, intentó enfriar cuerpo y mente y a duras penas lo consiguió. A Nick no le importaba reconocer que la había echado de menos y ella tendría que hacer lo mismo. Sin embargo, no era el momento de sincerarse; y menos cuando se sentía responsable de la vida de él.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Nick dejó la pesa que sostenía en una mano y cogió una toalla. Se secó el sudor del cuerpo, pero cuando percibió que ella seguía cada movimiento con ojos hambrientos, susurró:

—¿Quieres hacerlo tú? —Y le alargó la toalla blanca.

Olivia lo miró sin entender. Aún tenía cara de boba excitada, meneó la cabeza y entornó los ojos mientras procesaba la pregunta. Cuando lo comprendió, enrojeció de pies a cabeza.

—Ehhh, ahhh no… no…

Nick dejó la toalla encima de una enorme pesa.

—Bueno ¿y de qué me quieres hablar?

—Primero vístete, estás casi desnudo.

—¿Que esté casi desnudo es un problema?

—Sí.

—¿Por qué? No me digas que no sueles ver a hombres desnudos.

A decir verdad, exceptuando los de las películas, él era el único al que había visto así.

—No te voy a contestar a eso —dijo.

«No lo mires», pensó, pues la tentación era enorme. Siguió obligándose a mirarlo sólo a los ojos, el problema era que él la contemplaba con diversión, lo que hacía que sus facciones se suavizaran, dándole un aire aún más atractivo. A pesar de sus esfuerzos, Olivia acabó sucumbiendo y lo miró de arriba abajo, de abajo arriba, del derecho, del revés, hasta terminar posando su mirada en el ecuador de la anatomía masculina. Sí, ¡exacto!, en aquel pene cubierto por unos ajustados *shorts* blancos, que crecía a pasos agigantados bajo su mirada.

—Ya ves qué pasa cuando me miras así, Luna. Soy un hombre de carne y hueso que te desea. Tú también me deseas, no lo niegues. Si

no, no me mirarías así.

—No te entiendo. —Intentó disimular, pero lo estaba haciendo de una manera tan patética que su tono nervioso la delató—. ¿Y cómo te estoy mirando?

—Con ganas de meterte mi polla en la boca.

—¡Nick!

—Si quieres… yo me dejo.

Ella boqueó como un pez fuera del agua y abrió los ojos de par en par.

—¡Nick! ¡Cállate!

—Me encanta cuando gritas mi nombre del mismo modo que cuando te hago gritar de deseo.

—¡Nick! Oh, esto es una locura. ¡Deja de provocarme!

—Nunca.

Olivia bufó.

—En serio, tenemos que hablar. Pero en estas condiciones… yo no puedo —concluyó exasperada.

Nick la observó y en sus ojos pardos detectó lo que parecía el brillo de un deseo profundo, que hacía que el suyo también aumentase. No tenía la menor duda de que Olivia se había excitado. Estaba seguro de que su sexo se había humedecido. En aquellos instantes, ella era una presa fácil, sólo haría falta que la rozara con sus labios para que la chispa de la pasión los encendiera y los hiciera estallar, como en la cocina. Pero también percibió la angustia en sus pupilas dilatadas. Para Olivia era importante tener aquella conversación, por tanto, decidió no provocarla más.

—Espérame aquí —le pidió.

Olivia asintió, lo miró desaparecer y se quedó esperando a que regresara. Se entretuvo contemplando el gimnasio: había un sinfín de aparatos para practicar cualquier deporte. Unos ventanales grandes, sin cortinas, daban a un jardín tupido, de follaje perenne, lo que creaba la sensación de estar en plena naturaleza. Debido al frío invernal, los verdes tenían un matiz apagado, menos brillante que en los meses de primavera o menos refrescantes que en el verano.

Nick regresó, no había tardado ni cinco minutos.

—¿Mejor así? —preguntó, abriendo los brazos y mostrando su atuendo: un pantalón largo de deporte y un polo.

—Sí, mejor, gracias.

—Dime de qué quieres hablar.

Ella guardó las distancias; mejor poner espacio entre los dos, ya

que era la única manera de mantener la mente fría. O, mejor dicho, el cuerpo frío.

—Para protegerte necesito estar al cien por cien, y si me provocas de esta manera cometeré errores. Tu vida y la mía dependen de que desempeñe bien mi papel. Recuerda que David quiere verte muerto. Mucho me temo que te estás tomando esto como si fuera un juego de seducción y te aseguro que no es ningún juego.

—Sé que no lo es.

—Pues actúas como si lo fuera.

—No sólo me proteges tú, ¿hace falta que te recuerde que hay un ejército de hombres fuera, que vigilan cualquier movimiento?

—Lo recuerdo muy bien, pero resulta que esos hombres obedecen mis órdenes, y si yo no estoy al cien por cien para llevar a cabo mi tarea, ¿qué tipo de órdenes daré? Les servirán de bien poco. En el fondo, si lo piensas aunque sólo sea un momento, sabes que tengo razón.

Nick cruzó los brazos, la entendía muy bien y, por mucho que le costara, reconocía que sí, en efecto, tenía razón. La seguridad debía estar por encima de todo, y considerando que David era un lunático asesino que disfrutaba cazando, torturando y matando, más valía no tentar a la suerte.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó.

—Que actuemos como si no nos conociéramos y nuestro pasado no existiera.

—¿Cómo dos desconocidos?

—Exacto.

La idea no le gustaba, ¿cómo podía fingir que no la amaba y que no la deseaba? ¿Y cómo podría entrar en la cocina y fingir que encima de la mesa no había pasado nada?

—Me estás pidiendo un imposible. Te quiero, Luna, no puedo simular no amarte, sería como arrancarme el alma.

—Sólo será temporal.

—¿Temporal?

—Sí, sólo necesito estar centrada hasta que esta misión termine.

—De acuerdo, pero quiero algo a cambio.

—¿Qué?

—Que después del juicio sigamos viéndonos, que me des la oportunidad de volverte a enamorar. Me ganaré tu perdón.

Olivia permaneció en silencio. Calculaba las consecuencias en caso de que aceptara. Tenía claro que no se iba a casar con él, no quería

volver a sufrir, pero aun así eso no significaba que no lo pudieran pasar bien juntos. Después de lo sucedido en la cocina, sabía que quería repetirlo, y si bien lo había amenazado diciéndole que no la volviera a tocar, la realidad era que deseaba a Nick. Y deseaba que la hiciera estremecerse de placer, recuperar las caricias y besos ausentes durante tantos años. Muy bien, estaba decidido, de hecho, no había mucho que meditar, era una mujer con anhelos, así que no dudó un instante en dar su respuesta.

—De acuerdo, pero no voy a casarme contigo, de modo que no me lo vuelvas a pedir.

—Deja que eso lo decida el futuro, ¿quieres? Te voy a demostrar que soy digno de confianza. Puedo ser muy persuasivo cuando me lo propongo.

Se acercó a ella, era tanto el deseo que vibraba en ambos, que sus cuerpos parecían imanes. Primero se tocaron las narices. Luego los labios. Después las lenguas se enredaron, se amaron, se succionaron, se palparon… Nick la abrazó y ella se amoldó a su fuerte cuerpo; curvas y valles encajaron a la perfección. Sin previo aviso, él se apartó, no sin antes gemir de frustración. Ella no estaba en mejores condiciones cuando abrió los ojos de par en par, despertando a la magia que él había iniciado.

—Joder, Luna, me va a costar horrores, pero cumpliré mi promesa. Con este beso hemos sellado nuestro acuerdo. Te dejaré en paz, sólo hasta el día del juicio.

Ella asintió, pues no podía hablar, ya que su mente todavía estaba con el profundo beso, atesorando su sabor en su interior. Reconocía que había echado de menos sus labios, tanto, que supo sin ninguna duda que ya no podría estar sin ellos nunca más, pues su boca apagaba su sed, una sed que no se saciaba ni con mil gotas de lluvia. Porque era otra sed más profunda que nacía del alma y que sólo los besos sinceros, las miradas transparentes y las palabras verdaderas podían calmar.

Nick hizo amago de marcharse, pero ella lo detuvo.

—¡Espera! —Sin previo aviso, lo agarró de la camiseta, lo atrajo y lo besó como sólo una mujer atrevida podría hacer. Se separó de él al cabo de unos segundos—. Ahora sí que nuestro acuerdo está sellado. No más besos, no más caricias… hasta después del juicio.

—Y después serás mía.

—Sólo en la cama, Nick, fuera de ella no.

—Por algo se empieza.

* * *

Olivia le había pedido a Peter por teléfono que le llevara al despacho de Nick los planos del lugar donde se celebraba el evento de Cher. El muchacho obedeció y fue a donde ella le había dicho.

—Hola, muy buenas —saludó Peter desde la puerta del despacho, que estaba abierta—. ¿Dónde está Olivia?

Nick levantó la vista de los papeles que estaba leyendo y se fijó en el chico. Por más que lo intentaba, no se acostumbraba a la combinación de colores de su ropa. En aquellos momentos llevaba unos pantalones morados y una camisa a cuadros pequeños amarillos y blancos.

—Enseguida viene, está en el baño. Pero entra, no te quedes ahí —dijo, al ver que no se movía.

Peter se acercó al escritorio, mientras Nick lo seguía con la mirada.

—Traía los planos que me ha pedido —dijo el joven agente.

—Ya se los daré.

Nick se levantó, cogió los planos que el muchacho le entregaba y los dejó encima del escritorio. Después se centró en él, en busca de más información. Lo sorprendía que un chico tan joven formara parte de un equipo de élite de la CIA. Pronto llegó a la conclusión de que nada era fruto de la casualidad, y si Olivia lo tenía en tal alta estima tenía que deberse a que Peter era muy bueno, el mejor, para ser más exactos.

—Dime una cosa, Peter, ¿conoces bien a Luna? Perdona… quiero decir que si conoces bien a Olivia.

—La conozco desde muy joven, mis padres murieron en un accidente y fue entonces cuando la CIA me encontró. Ella fue mi única amiga dentro y fuera de la agencia.

—Vaya, siento lo de tus padres.

—Si quieres que te diga la verdad, a duras penas me acuerdo de ellos. La CIA se enteró de que era un superdotado en informática, no lo dudaron y me reclutaron. Me proporcionaron un tutor y me pagaron los estudios necesarios para convertirme en un buen técnico informático.

—Y parece que lo has conseguido.

—Sí, y en parte se lo debo a Olivia. Aunque era muy joven también necesitaba cariño, y ella fue la única que me ayudó en ese sentido.

—¿Alguna vez te habló de mí?

—Nunca.

Peter negó con la cabeza, subrayando su respuesta. Nick no ocultó su frustración; por alguna razón esperaba una respuesta diferente.

—La verdad es que no puedo culparla —admitió.

—Te debiste de comportar como un auténtico gilipollas para que ella pasara de ti.

—No tienes pelos en la lengua, ¿eh?

—Olivia me enseñó a servir a la verdad por encima de todo, no voy a mentir para que tú te sientas mejor.

Nick no pudo hacer otra cosa que admirar al chaval. Realmente su juventud no era impedimento para que mostrara una madurez que pocos tenían a su edad. Que vistiera de aquella manera era un mal menor que revelaba una personalidad chispeante.

—Veo que Olivia ha hecho un buen trabajo contigo —comentó.

Y era verdad que Nick lo pensaba. Veía en el muchacho muchas características de ella, y todas buenas, por cierto.

—La admiro —confesó Peter—, además, es muy buena en su trabajo.

—Lo sé, me lo está demostrando.

—Ni estando mal pierde facultades.

—¿Mal? —Nick achicó los ojos—. ¿Qué quieres decir?

—Algunas veces la sorprendía llorando, pero de eso hace tiempo, supongo que aprendió a esconderse mejor para que no la viera.

—¿Sabes el motivo de su tristeza?

—No, sólo decía que le habían hecho daño. Yo le guardaba el secreto, pues no quería que nadie se enterara de que tenía un punto débil… —Hizo una pausa—. Y creo que ese punto débil eres tú, ahora lo veo claro.

Nick suspiró pesadamente.

—Le hice daño y no me siento orgulloso, me equivoqué.

Peter se encogió de hombros mientras reflexionaba.

—A menudo nosotros somos nuestro peor enemigo —soltó de golpe.

—Y han tenido que pasar diez años para que me diese cuenta.

—Bueno, el pasado nadie lo puede cambiar, ¿verdad? —dijo el muchacho, sabiendo muy bien lo que decía—. El destino te ha ofrecido otra oportunidad, no cometas el mismo error otra vez.

Cuanto más hablaba con Peter, más se reafirmaba Nick en su idea de que la madurez de aquel muchacho no concordaba con su edad; y lo admiraba por ello. Sin poder remediarlo, se acordó de los planes

que había hecho con Luna de tener dos hijos: Jon y Madelene. Llevado por esos recuerdos, dijo:

—¿Sabes, Peter?, si algún día tengo hijos espero que sean tan especiales como tú.

El chico sonrió igual que un chaval al que le dan un premio, pero cuando fue a agradecérselo, Olivia los interrumpió.

—¿Me has traído los planos, Peter? —preguntó, al tiempo que entraba en el despacho.

—Te los he dejado encima del escritorio de Nick. Si no necesitas nada más, regreso a mi puesto.

—De momento nada más, gracias.

—Ok, hasta luego.

—Adiós, Peter, espero poder hablar otro día contigo —dijo Nick.

—Yo también contigo.

Y dicho esto, se despidió levantando una mano y sacudiéndola en el aire a modo de despedida.

—¿Qué le has dicho a Peter? Está como un pavo real.

—Cosas de hombres.

—No me perviertas al muchacho.

—¿Te crees que los hombres sólo hablan de sexo?

—¿Acaso vuestras neuronas os dan para más? ¡No me hagas reír!

—Eres injusta.

—El día que sea injusta de verdad lo notarás.

—Ah, no podrás conmigo.

Olivia sonrió. Su sonrisa era una flor abierta; casi se podía ver a través de sus ojos pardos cómo la savia de la vida circulaba por sus venas.

Hubiesen podido pasar horas bromeando sobre las neuronas activas de un hombre y juguetear un rato entre chistes; tal como habían hecho muchas veces en el pasado, pero no había tiempo que perder, la hora de la presentación de los envases de Cher se acercaba, apenas quedaban unas pocas horas. De modo que extendieron encima del escritorio los planos del edificio al que tenían que ir. La idea de Olivia era enseñarle a Nick las zonas que cubrirían con medidas especiales de seguridad y a la vez mostrarle los puntos débiles, que él tendría que evitar a toda costa, por si David había contratado un francotirador. También le dio un curso rápido de cómo ponerse a salvo en el caso que se produjera una situación de extrema peligrosidad, y le dio unos consejos para defenderse de un ataque. Además, le enseñó una especie de lenguaje de mímica y señas para

que se pudiera comunicar con los otros agentes.

En otras circunstancias no se hubiera tomado tantas molestias, pues ni ella ni sus colegas debían mostrarles a civiles su manera de proceder, sobre todo en los aspectos más secretos, que, como su nombre indicaba, debían ser secretos. Pero Olivia ya había sopesado su decisión y quería que Nick supiera cómo proceder si se desataba un tiroteo o alguien se acercaba para matarlo. Huelga decir que a él todo aquello le resultaba extraño, casi más propio de una película. Eso le dijo a Olivia, que le contestó que la realidad siempre supera la ficción.

Toda precaución era poca y nada podía dejarse al azar. Olivia había estado en muchas misiones y sabía que un error podía significar la muerte. Pero ella era de los mejores en su trabajo y en aquel instante se sentía segura de sí misma, pues, gracias al pacto con Nick, parecía haber recuperado la confianza y volvía a controlar la situación. Después del juicio… quién sabía lo que podía suceder.

—¿Sabes que Beth es la hermanastra de David? —comentó, ya que le había prometido a Nick que lo informaría de cualquier cosa, y aquél parecía ser un buen momento.

Él levantó la vista del mapa y la miró sorprendido.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que el sol sale todas las mañanas. Peter es un sabueso encontrando información.

Ambos guardaron silencio. Era evidente que a Nick lo había sorprendido la noticia, porque implicaba muchas cosas; entre otras, que había tenido una cómplice de David bajo su techo y, lo que era peor, cerca de él, vulnerable a lo que ella hubiera querido. Se sentó en su butaca y acarició los brazos del asiento con semblante pensativo.

Pasaron un segundo, dos, tres…

—¿En qué piensas? —preguntó Olivia al fin.

Él la había oído, pero estaba tan metido en sus reflexiones que siguió un momento más en silencio. Después la miró y dijo:

—No tiene sentido. Si de verdad David y Beth son hermanastros, ¿no crees que a estas alturas yo ya tendría que estar muerto? Oportunidades han tenido, y muchas.

Era lo primero que Olivia había pensado al enterarse de la noticia. No obstante, tenía suficiente experiencia como para saber que tenía que averiguar más, y teniendo en cuenta que su jefe de alguna manera estaba implicado, la necesidad de investigar a fondo sobre el asunto era prioritaria. Suerte que Peter seguía con eso, porque ella no podía separarse de Nick; y esa noche menos que nunca. Hacía un rato que

Olivia había hablado en privado con los hombres que Nick tenía contratados para su seguridad, ya que de los suyos, todos pertenecientes a la CIA, no podía fiarse al cien por cien hasta saber qué papel jugaba Harry Kington en el caso, puesto que todos esos agentes habían sido contratados por él. De todas maneras, sin decirle nada a su jefe, ella había llamado a un equipo de la CIA que el susodicho no controlaba y que tenían su total confianza. De modo que muy hábilmente se las había ingeniado para que dieran apoyo a la seguridad de esa noche en la fiesta. Eso le había dado un plus de confianza importante, que buena falta le hacía.

Una de sus cualidades era precisamente contar con recursos y conocidos importantes dentro de la agencia. Su buen hacer la había llevado a entenderse con todas las estructuras jerárquicas de la organización, que era otro mundo dentro del mundo real, como una sociedad paralela, con sus leyes y costumbres. Olivia se movía con discreción, pues no podía saltarse la cadena de mando a la ligera si no quería encontrarse con un expediente abierto. De hecho, contaba con habilidad y diplomacia, y las utilizaba cuando la necesidad la obligaba a ello, como en aquella misión.

—No tiene sentido, pero es todo muy sospechoso —le contestó a Nick—. Primero desaparece tu cocinera e inmediatamente después Beth entra en juego; créeme que algo tenía planeado. Supongo que su misión era matarte, pero no entiendo por qué no lo ha intentado hasta ahora. —Suspiró con el hastío del que quiere saber y no puede por falta de datos—. Me faltan piezas del puzle.

—Por eso ha insistido tanto en quedarse a cocinar. Tenía un plan.

—Sí. Por suerte, mi instinto no me ha fallado. En mi trabajo tenemos que aprender el lenguaje del cuerpo humano. Un gesto, una mueca dicen más de lo que la gente cree. Es una lástima no haber tenido esta información antes, no la hubiera dejado marchar tan tranquilamente sin interrogarla. Y, créeme, habría hablado. Peter y yo somos muy habilidosos sacándoles información a los delincuentes.

—¿Y qué crees que le habrá sucedido a mi antigua cocinera? Era una buena mujer, estaba a punto de ser abuela.

Olivia lo miró. En sus ojos azules vio un pesar profundo; sin embargo, tenía que ser sincera y, dadas las circunstancias, no tenía muchas esperanzas.

—No lo sé, Nick, pero…

Él la interrumpió y terminó la frase:

—Pero conociendo la naturaleza perversa de David no podemos

tener esperanzas.

Nick era rico y famoso, una circunstancia que a muchos en su lugar se les habría subido a la cabeza, pues gran parte de ese tipo de gente se creían por encima de los demás y de las leyes. Carecían de empatía hacia sus semejantes; sin embargo, ése no era el caso de Nick, que aún conservaba la bondad innata que siempre lo había caracterizado. Un rasgo de su personalidad que se había mantenido intacto con el paso del tiempo, algo que ella valoraba. También sabía a ciencia cierta que él no dejaría que la desaparición de su cocinera quedara en el olvido y cuando terminara con el juicio, removería cielo y tierra si era necesario para encontrarla. Por su parte, Olivia tenía claro que lo ayudaría.

—Te garantizo que la encontraremos. En cuanto descubra qué está pasando, llevaré la investigación personalmente.

—Te lo agradezco. Todo esto es culpa mía, no tendría que haberme asociado nunca con David, pero estaba empezando mi empresa, como te dije, y él trabajaba en un banco y sabía manejar los números mejor que yo. No supe de su naturaleza destructiva hasta mucho después. Seguramente el dinero que me prestó lo había conseguido robando y defraudando. Qué idiota fui.

—No te tortures. Te horrorizarías si supieras la cantidad de depravados y asesinos que hay sueltos por el mundo. La más dulce de las mujeres o el hombre más generoso pueden ser asesinos en serie aún por descubrir.

—Sé que hay muchas mentes perversas intentando hacer daño a la menor oportunidad, pero eso no es excusa, tendría que haber estado más alerta. Quizá si hubiera prestado más atención a su comportamiento…

Olivia sufría al verlo de aquella manera, tan derrotado y frustrado. No era justo que se culpara de algo que en ningún caso podría haber sospechado. Los criminales saben cómo mentir y engañar; muchos se esconden bajo personalidades bondadosas que muestran en público en su intento de ocultar su verdadera naturaleza depravada. Nadie tiene el poder de leer la mente y descubrir los verdaderos pensamientos de una persona.

—David es un sociópata —dijo ella—; normalmente ya se nace con este rasgo. Como tal, sabe esconder sus emociones y se muestra encantador ante todos. Ahora bien, David es peligroso porque su alteración ha desembocado a un cuadro psicótico de crueldad. David podría encajar en muchos perfiles, y ninguno bueno.

—En tu trabajo has visto de todo, ¿verdad?

—Más de lo que crees, al final te endureces. No puede ser de otra manera si quieres hacer del mundo un sitio mejor.

—Dime, Luna, ¿es eso lo que persigues? ¿Un mundo mejor?

—La gente normal es lo que queremos, ¿tú no?

—Para cambiar el mundo, primero hace falta que el sistema y las personas cambien.

—Cierto. Pero ¿qué haces cuando ves tanta maldad e injusticia? Yo no puedo quedarme de brazos cruzados.

—Nadie se tendría que quedar de brazos cruzados. Sé que en tu trabajo haces y harás grandes cosas, lo presiento, naciste para esto.

Nick sonrió y le cogió la mano en un gesto que pretendía ser cómplice y mostrarle su apoyo incondicional, no obstante, ella se imaginó otra cosa y la retiró enseguida.

—Tranquila, pienso cumplir mi promesa. ¿No te fías?

Olivia rio.

—Me fío como la oveja del lobo.

Él le volvió a coger la mano y, tirando de ella, se encaminó hacia la segunda planta.

—Venga, que queda poco para la fiesta y tenemos que cambiarnos, no nos queda mucho tiempo. Mi secretaria ya me ha enviado un vestido y unos zapatos. Lo tienes todo en el vestidor del dormitorio.

Olivia se dejó llevar por él sin objetar nada y respiró hondo. Tenía ganas de verse femenina, sobre todo, que él la pudiese ver como una mujer capaz de ser sensual cuando convenía. Se sentía nerviosa como hacía mucho tiempo que no lo estaba.

CAPÍTULO 8

Nick y Olivia entraron en la habitación y ella se maravilló por el buen gusto con que estaba decorada; con un aire sencillo y acogedor. La noche anterior, cuando había acudido allí con intención de observarlo mientras dormía, debido a la poca luz no había podido ver nada. Perpendicular al gran ventanal había una cama de grandes dimensiones, con sábanas grises y, sobre éstas, una manta verde de punto que rompía la uniformidad, acompañada por seis cojines en tonalidades mostaza unos y grises con rayas otros. El conjunto daba una sensación de frescor y a la vez relajante.

Los muebles eran un conjunto de mesitas de noche y una cómoda de madera de roble de estilo contemporáneo, pero con unos acabados tradicionales de tendencia clásica, igual que el gran cabezal de la cama. En un rincón, cerca del vestidor con puertas a juego con los demás muebles, había una butaca capitoné de terciopelo gris oscuro. El suelo era de madera de calidad.

Olivia pensó que ese dormitorio habría sido decorado por un profesional, pues Nick nunca había entendido de mobiliario, ni mucho menos de decoración. Estaba segura de que, si le preguntaba sobre cualquier aspecto decorativo de aquella estancia, no sabría qué contestar.

Sin perder tiempo, él se metió en el vestidor, que visto desde fuera era enorme; luego fue sacando las prendas, que dispuso con cuidado encima de la cama. Olivia vio un exquisito vestido negro corto, que, según cómo reflejaba la luz, desprendía unos ligeros destellos. Después su mirada se fue desplazando hacia unas medias con liguero, un tanga, un abrigo largo de color gris marengo, unos zapatos de tacón, un bolso de mano y un poco de maquillaje.

—Vaya… no falta de nada —dijo sorprendida.

—Le pedí que me trajera lo que se pondría ella.

Olivia acarició el vestido, era precioso. A simple vista parecían

prendas de excelente calidad, de esas que sólo unos cuantos privilegiados pueden comprar. Una secretaria no cobraba tanto como para poder permitirse esos caprichos. Su rostro debía de llevar escrita su reflexión, porque Nick dijo:

—Mi secretaria cobra un jugoso sueldo. Me gusta que cuando alguien es eficiente y ayuda a que la empresa prospere, se lo recompense con un más que merecido buen jornal. No sólo se trata de que el jefe se beneficie, sino que los trabajadores también lo hagan. Formamos un equipo, en el fondo, la empresa es de todos, yo sin ellos no soy nada.

—Me gusta tu enfoque, ahora entiendo por qué Cher está creciendo como la espuma. Nada es fruto de la casualidad.

—Detrás hay el trabajo de mucha gente. —Miró su reloj—. Pero ya hablaremos de esto en otra ocasión. Ahora hay que apresurarse, es tarde y nos tenemos que cambiar, pero antes quiero darme una ducha.

Empezó a quitarse la ropa y Olivia se fue a otro dormitorio, pues no quería tentar a la suerte. Verlo sin ropa era todo un espectáculo y él no escondía su desnudez ante ella.

Cuando Olivia terminó de acicalarse, regresó a la habitación. Lo hizo descalza, porque no podía mantenerse derecha con los zapatos de tacón, que dejó en el suelo maldiciéndolos en silencio. Y por si eso fuera poco, el tanga le resultaba muy incómodo. ¡Qué horror! De pronto echó de menos sus prendas anchas, sobre todo sus bragas, que, aunque eran las típicas de algodón sin encaje y cintura alta, resultaban mucho más cómodas que lo que llevaba puesto en aquellos momentos.

Por su parte, Nick se había vestido de rigurosa etiqueta. Por un momento se observaron y en sus respectivas miradas había una admiración que ninguno de ellos disimuló. El primero en hablar fue él:

—No sé por qué escondes tu feminidad. —La adoró con los ojos. Aquella mujer le gustaba, sus pechos, sus piernas, sus tobillos… La verdad era que lo seducía cualquier parte de ella donde sus ojos mirasen. Quiso desvestirla y hacerle el amor allí mismo; sin embargo, había hecho una promesa que cumpliría, de modo que le ordenó a su pene que dejara de crecer—. Eres preciosa, de hecho, siempre lo fuiste.

—Tú también estás muy guapo.

Ambos sonrieron como dos enamorados, un poco tontamente. La felicidad se reflejaba en sus pupilas, como diez años atrás. Pronto Nick se dio cuenta de que el vestido era demasiado corto y escaso para esconder el arma. La miró de manera picarona mientras dejaba volar

su imaginación.

—¿Y dónde llevas la pistola? Sorpréndeme.

Se estaba excitando por momentos. Pensar que tal vez el cañón de la pistola estuviese escondido cerca de un lugar oscuro y cálido, untado con las mieles de la pasión, lo hizo suspirar de deseo.

—Haz el favor de poner a enfriar tu mente, la llevo en el bolso. Pero como estos bolsos son tan ridículos que en ellos no cabe ni un alfiler, he tenido que coger el arma pequeña. —Lo abrió y sacó la pistola, parecía un juguete por su gracioso tamaño—. Es pequeña pero matona, a veces el tamaño no importa.

Él no pudo evitar reír feliz y contento. ¡Cuánto había echado de menos esos momentos en los que ambos disfrutaban de tontas conversaciones!

—En las películas, las mujeres llevan el arma en el ligero —contestó él divertido.

—Ya, en las películas hay muchas tonterías que no se ajustan a la verdad. Además, siempre ganan los buenos y en la vida real es todo mucho más complicado; por desgracia, los malos muchas veces se salen con la suya.

—En la vida real también debe de ser menos divertido, supongo.

—A veces hay que hacer cosas que no gustan.

Nick no dudaba de que trabajando en la CIA muchas veces habría que traicionar los propios valores por el bien general. Había que ser de una raza especial para desempeñar ese trabajo. Nunca lo había visto de esa manera, pues, cuando estaban prometidos, ni su juventud ni sus sueños lo habían dejado ver más allá de sus necesidades. En cambio, su visión en aquellos instantes era diferente, la madurez que le habían dado los años le había mostrado otros puntos de vista, que se habían transformado en una admiración profunda hacia Luna y todo lo que ella representaba.

—Anda, ¿por qué no llevas puestos los zapatos? —le preguntó al verla descalza—. ¿Acaso te van pequeños? Me he asegurado de que mi secretaria trajera unos del número correcto.

—No, no es eso, es que no puedo caminar con ellos, si lo hago me voy a romper la cabeza.

Nick miró su reloj.

—Pues tienes cinco minutos para practicar; al vestido no le pegan tus botas de militar.

Después de soltar un sonoro suspiro, eso hizo Olivia: practicar. Sin embargo, en cuanto dio los primeros pasos, Nick empezó a

desternillarse de risa.

—¡A mí no me hace gracia! —exclamó ella también a punto de reír.

—Pareces un pato borracho.

Nick se sentó en la cama e intentó aguantarse las carcajadas para no ofenderla. Pero verla caminando de aquella manera, sin poder dominar las rodillas, que parecían tener vida propia, era una escena tan cómica que le estaba costando trabajo no echarse a reír.

—¡Cállate, Nick!

—¿Me dejas que te grabe en el móvil?

—¡Ni se te ocurra!

Cuando ella vio que sacaba el teléfono del bolsillo, se le tiró encima y quedó sentada a horcajadas sobre Nick. Debido a la postura, el vestido se le subió, lo que hizo que el liguero y el tanga quedaran a la vista.

Olivia le arrancó el móvil de las manos mientras él seguía riendo, pero cuando la vio en aquella postura tan sexy y con el vestido remangado, enseñando lo que escondía debajo, su risa cesó. Ella lo miró preocupada al notar su miembro presionando entre sus piernas.

—No puedo evitarlo, Luna, ahora mismo la tengo como el monumento a Washington. Si no sales de encima, no voy a poder cumplir mi promesa.

Ella carraspeó y se levantó de inmediato.

—Lo siento —dijo, bajándose el vestido.

—Yo no, el tanga te queda estupendo… y el liguero también.

—El tanga es muy incómodo.

—Quítatelo —sugirió en un tono casi susurrante. Se levantó, se acercó a ella y añadió, esta vez a un milímetro de su boca—: No hace falta que lleves nada.

Olivia lo besó ligeramente en los labios en un intento de atrapar sus palabras y saborearlas. En el fondo deseaba quitarse el tanga y no llevar nada, sólo por el morbo de saber que él podría acariciarla en cualquier momento. Darse cuenta de que tenía una parte sexual y que quería satisfacer sus miles de fantasías la hizo jadear. Sus pupilas se dilataron y le sostuvo a Nick la mirada. Se imaginó con él en el coche, en un ascensor, en el probador de una tienda, detrás de la estantería de un supermercado, en los baños de un lujoso restaurante… satisfaciendo sus anhelos más oscuros.

—Nick…

—Estás pensando lo mismo que yo, estoy seguro.

—Sí…

—Deseas que te acaricie por debajo del vestido…

—Sí…

—Y te introduzca los dedos…

—Sí…

—Y te masajee con delicadeza al principio y con fuerza después…

—S…sí… Para, no sigas…

—¿De verdad quieres que pare?

Lamió sus labios con la punta de su lengua y ella jadeó desesperada.

—N… Nick…

—Estás a punto de caramelo, lo huelo, lo noto, estás temblando. —La abrazó y Olivia se derrumbó en su abrazo, mientras seguía gimiendo—. Ahora seguramente tu sexo está palpitando, ansiando mucho más.

—S… sí… necesito…

—¿Qué necesitas, Luna?

—Que me acaricies…

Él sonrió.

—Hicimos una promesa, no voy a faltar a mi palabra.

—¡Maldita sea, Nick! No puedo aguantarme: ¡tócame!

Sabía que Olivia estaba desesperada, era tanta la pasión que llevaba acumulada en su interior que las palabras y las fantasías podían volverla loca de deseo. Aunque la tenía abrazada, se las arregló para dejar libre una mano y meterla por debajo de la falda y del tanga. Como imaginaba, su sexo estaba humedecido, hinchado y caliente. Sólo tuvo que acariciarlo con la yema de los dedos para que ella se deshiciera entre sus brazos. De su boca salió un grito furioso y descarnado, cuyo sonido resonó como el alarido de un animal salvaje que se ve de pronto liberado. Después se quedó sin energía y Nick la cogió para que no se cayera.

—Mi dulce Luna, eres fantástica. Tienes un volcán en las entrañas y quiero ser yo quien provoque su completa erupción. Me vas a volver loco.

Ella estaba todavía medio fuera del mundo y, aunque había oído lo que le decía, no comprendió sus palabras del todo hasta que se centró y regresó al presente. Y sí, Nick tenía razón. En su interior habitaba una mujer ansiosa por cumplir todas sus fantasías sexuales, una mujer de fuego que deseaba quemarse de placer. Nunca había sido consciente de ello, pero había apagado su sexualidad diez años atrás;

hasta que no había vuelto a ver a Nick, su cuerpo no había despertado. En parte se alegraba, pero estaba trabajando, protegiéndolo, y tenía que hacerlo en condiciones.

Habían hecho un pacto que de nada había servido, pues Olivia no podía dominar su deseo por Nick y eso le impedía cumplir con su deber. Se sintió frustrada; tenía que apartar sus sentimientos y centrarse en lo que era mejor para él.

—Luna… —Nick le acarició la mejilla—, ¿qué te pasa?

—Nuestra promesa, mi trabajo. No estás seguro conmigo, no puedo protegerte si estoy más pendiente de… de mis necesidades sexuales que de salvarte la vida.

—No digas tonterías, eres muy buena en tu trabajo.

—Lo soy cuando pongo todos mis sentidos en ello y ahora los tengo alborotados, más pendientes de otras cosas.

—No, no es verdad. Te he visto trabajar. En esta casa no podría entrar nadie. Te has preocupado hasta de buscar los puntos débiles, lo tienes todo bajo control. Ni la seguridad privada que tengo contratada es tan buena.

—Nick, gracias por intentar animarme, pero no soy tonta. ¡Es tu vida la que está en peligro! Y… y yo la tengo en mis manos. Me siento mal, frustrada, no puedo…

Él la interrumpió:

—No seas tan dura contigo misma. Te quiero a ti como mi guardaespaldas.

Olivia sonrió agradecida. Él se fiaba de ella con los ojos cerrados y eso la llenaba de orgullo. Sin embargo, sentía un pánico creciente, la sensación amarga de que iba a fracasar en su trabajo. Mientras aprendía en la academia de policía, nunca se permitió flaquear, ni física ni mentalmente. Había entrenado su cuerpo y su espíritu para ser fuerte y no depender de nadie.

Pero en aquel momento se daba cuenta de que no la habían adiestrado en puntos fundamentales como agente y como persona. Siempre había pensado que quien no necesitaba a nadie era fuerte, casi indestructible. Sin embargo, lo cierto era que la persona fuerte no es la que niega sus debilidades, sino la que las reconoce y lucha contra ellas para derrotarlas. Así que asumiría sus defectos y admitiría que no lo estaba haciendo bien y que necesitaba ayuda.

—Necesito ayuda, Nick. Nunca creí que llegaría el día en que diría algo así, pues siempre me he valido por mí misma. Antes me hubiera dado vergüenza reconocerlo, pero entiendo que no es un signo de

debilidad, sino de valentía.

Él la conocía y sabía que admitir eso no le debía de resultar fácil. Luna había madurado en muchos aspectos. Cada día la admiraba más. Por suerte, ella no le hizo caso y no abandonó su sueño. Nick se estaba dando cuenta de que había sido muy cruel, casi la había destruido sin darse cuenta, pero no permitiría que eso sucediera nunca más.

—Todos necesitamos ayuda alguna vez —dijo—. Sabes que puedes contar conmigo siempre que me necesites, aunque sé que en este caso en concreto no soy la persona más adecuada. No sé nada de tu mundo, ni de medidas de seguridad, ni de agentes…

Ella le acarició la cara a modo de respuesta, mientras le sonreía con afecto. Sólo había una persona a la que Olivia le confiaría incluso su vida.

—Le diré a Peter que nos acompañe, de él me fío. Ya lo conoces.

—Peter me cae muy bien, y sin duda sabe de ordenadores más que nadie, sin embargo, no lo veo como un hombre de acción. ¿Estás segura de que podrá cubrirte? No me lo imagino con un arma en la mano.

—Deja que eso lo decida yo, lo tuyo son las bebidas. A Peter le confiaría mi vida sin pestañear.

Nick suspiró. Ella tenía razón, como había dicho él mismo, no sabía nada de agentes secretos, ni de armas, ni de policías, ni de medidas de seguridad, nada de nada, por lo que no tardó en arrepentirse de haber dudado de Peter. Sin duda debía de ser tan bueno como Olivia, ya que ella se había encargado de su entrenamiento. Simplemente le costaba verlo empuñando un arma o luchando cuerpo a cuerpo con el enemigo.

—Haré lo que me digas sin rechistar —dijo—. Si Peter puede echarte una mano, no tengo ningún inconveniente.

—Entonces le telefonearé.

Nick le dio un beso rápido en los labios.

—Date prisa, ya tendríamos que estar en la fiesta.

Olivia asintió, cogió el móvil y llamó a su compañero, que se mostró complacido por poder acudir a una fiesta tan exclusiva, aunque bien sabía que no podría disfrutarla, porque iba allí por trabajo, no por diversión.

Cuando Olivia colgó, se quedó mirando el móvil, pues no sabía dónde lo iba llevar, ya que en el bolso sólo le cabía el arma. Desde luego, necesitaría mucha imaginación.

—Bueno, ya está —le comentó a Nick—. Peter nos esperará en la

fiesta. Ha ido un momento a su casa a cambiarse, pero dudo que vaya de etiqueta.

—No me importa. Aunque no me gustan sus modelos coloridos, nunca he juzgado a las personas por su manera de vestir. Lo sabes muy bien.

Sí, Olivia era testigo de ello. De novios, Nick ya había dado muestras de ser una persona que no se dejaba influir por el aspecto ni por el dinero. Daba más valor a otras cosas; de hecho, fue una de las cosas que la hicieron enamorarse de él como una loca. En aquellos instantes, saber que confiaba plenamente en Peter porque ella también lo hacía le indicaba que Nick tal vez hubiese cambiado físicamente, pero en su interior era como diez años antes.

—¿Nos vamos? —Dio un paso y por poco se cae, pero él fue rápido y la agarró por la cintura—. Estos tacones son peor que una pistola, me van a matar. No sé si terminaré viva esta noche. Tal vez sería mejor que me pusiera unas bailarinas, tu secretaria debe de tener algunas, ¿por qué no se lo preguntas?

—No hay tiempo… —Nick reflexionó con rapidez—. ¡Tengo la solución! Te llevaré cogida de la cintura y si tropiezas te sostendré.

—Pero tendrás que estar todo el rato pegado a mí.

—¿Crees que me importa? Por mí la fiesta podría durar una semana.

Hubo un momento en que sus dedos se rozaron, un contacto leve que sin querer los llevó al pasado, a aquella época en la que cualquier liviano toque desencadenaba un torrente de emociones.

—¿Vamos? —lo apremió ella, nerviosa, y él asintió.

De camino a la limusina negra que esperaba en la entrada, los malditos tacones impedían a Olivia acelerar el paso, a pesar de que Nick la ayudaba agarrándola de la cintura. Al final, ella les fue cogiendo el truco y sus andares cambiaron a mejor. Ambos suspiraron, habían encontrado la manera de caminar juntos con cierta ligereza y elegancia. Aun así, la noche se presentaba larga para una mujer acostumbrada a ser ágil en cualquier circunstancia; los tacones y el incómodo tanga estaban siendo sus talones de Aquiles.

CAPÍTULO 9

Tras la limusina iban varios coches de seguridad, algunos camuflados entre el tráfico a fin de no levantar sospechas. Si bien había parado de llover y no precisaron paraguas para salir del vehículo, el ambiente era frío. Caminaron por una senda artísticamente pavimentada, que atravesaba una enorme extensión de césped, brillante debido a la lluvia recién caída. Era la zona de entrada reservada al anfitrión y los invitados, y a la que los periodistas no tenían acceso.

Olivia empezó a temblar. El abrigo gris la cubría hasta las rodillas, pero un ligero aire se colaba por debajo y le subía por los muslos, haciendo que se le pusiera la carne de gallina. Él, que la llevaba agarrada de la cintura, notó sus temblores. Se acercó lo más que pudo y le susurró disimuladamente, para que no pudieran oírlos:

—Con el frío, tus pezones deben de estar duros como diamantes.

Olivia trastabilló, ¡menos mal que él la sujetaba! Sin embargo, debido al movimiento brusco, la tira del tanga se encajó incómodamente en sus partes íntimas y un ligero dolor la incomodó.

—¡Nick! ¿Quieres cerrar el pico?

—Ah, me encantaría mordértelos.

Ella otra vez tropezó, de no ser porque Nick la mantenía agarrada, se habría caído al suelo. Olivia no entendía cómo se le había olvidado caminar con tacones; de jovencita le encantaba ponerse todo tipo de zapatos atrevidos y nunca le supusieron un problema. Por lo visto, caminar con tacones no era como montar en bici, que nunca se olvida.

Entraron en el comedor, preparado para el evento; la fiesta había empezado, cosa normal, teniendo en cuenta que habían llegado con una hora de retraso. Los invitados hablaban entre ellos y picoteaban canapés; al menos estaban entretenidos. Los camareros servían bebidas y, aunque el refresco Cher era el protagonista y el que más se bebía, también se degustaban licores de todo tipo. La música suave de una orquesta —que estaba en un rincón, sobre una pequeña tarima—

llenaba con sus notas clásicas el ambiente, y parecían flotar entre la gente haciéndolos sonreír. No muy lejos de los músicos había un atril con un micrófono, todo preparado para que Nick diera el anhelado discurso. Sin embargo, todavía no lo haría. Estaba programado para antes de la cena y aún quedaba un rato.

Olivia agradeció que allí dentro la temperatura fuera cálida y dejó que uno de los encargados de recibir a los invitados le quitara el abrigo. Echó un rápido vistazo para asegurarse de que el dispositivo se había desplegado tal como ella había ordenado: había varios agentes en lugares estratégicos, incluso un par de ellos disfrazados de camareros, a los que Olivia sonrió con disimulo cuando los vio, para avisarlos de su llegada y para que estuvieran alerta. Por suerte, todo estaba en orden, sólo faltaba que ella también lo estuviera, pero con aquel vestido tan corto, los zapatos y el tanga, pensó que si tenía que entrar en acción lo haría como un patoso hipopótamo. Suerte que Peter estaría allí para darle soporte. Cuando llegó, Olivia no se sorprendió al verlo con un traje rojo chillón, camisa turquesa y corbata amarilla. Ése era Peter, su pura esencia entraba por los ojos con una intensidad que deslumbraba.

—Vaya, querida amiga —dijo él, mirándola de arriba abajo, con sus ojos grises brillando de entusiasmo—. ¿Eres tú? —La volvió a repasar con el cejo fruncido y una expresión de sorpresa dibujada en su cara—. Por fin descubro que eres una mujer de verdad.

—Soy una mujer —replicó ella ofendida.

—No me digas… Tenía serias dudas —comentó Peter con humor.

Pero no continuó, pues Olivia lo fulminó con la mirada. Peter sonrió, una sonrisa forzada con la que pretendía ganarse su perdón. Por su parte, Nick no pudo aguantarse y terminó estallando en carcajadas, cosa que hizo que los presentes se dieran cuenta de que el anfitrión por fin había llegado.

—Si quieres que sigamos siendo amigos, será mejor que cierres tu bocaza —amenazó ella a Peter en voz baja, para que no la oyese nadie más.

—Siento interrumpiros —murmuró Nick—, pero nos están esperando.

Olivia y Peter giraron la cabeza hacia los invitados y el brillo cegador de los flashes empezó a destellar. De repente, todos los presentes aplaudieron a modo de saludo. Nick estaba acostumbrado, pero no así Olivia, que enrojeció de pies a cabeza al sentirse el centro de tantas miradas. Peter en cambio parecía disfrutar como un pavo

real que extiende su plumaje a fin de enseñar su hermoso colorido, aunque tomó la determinación de alejarse un poco, ya que él no era el anfitrión; además, mejor que no saliera en las fotos.

Nick y Olivia se fueron acercando al centro de la sala, mientras los invitados los saludaban. Peter se entretuvo en vigilar a todos los presentes que se acercaban a la pareja. Para él nada pasaba desapercibido, cualquier gesto o mueca era analizada por su mente entrenada para ello. Toda información era necesaria para localizar y neutralizar al enemigo, en el caso de que estuviera allí.

Nick presentó a Olivia como su prometida, con la dicha reflejándose en su cara. En cambio, ella se sentía incómoda, ya que se había dado cuenta de que para él no se trataba de una mentira.

Nick, ajeno a sus pensamientos, la seguía sosteniendo por la cintura, ayudándola a mantenerse erguida. De todos modos, poco a poco Olivia le iba cogiendo el truco a los tacones, pero no así al tanga, que a cada movimiento se le encajaba de manera dolorosa. No sabía quién lo había inventado, pero tenía claro de que debía de ser un masoquista. Menuda tortura.

—¿Sucede algo? Si te sigues moviendo así no respondo de mí —le dijo Nick al oído—. Me estás provocando.

Olivia se detuvo al instante. No era consciente de que en su afán por que el tanga se colocara en otra posición se estaba restregando contra él de una manera muy sensual. Se acercó a él y susurró:

—Necesito ir al baño.

No quería dar más explicaciones, simplemente deseaba deshacerse de aquella prenda de una vez por todas, pues su éxito o fracaso esa noche dependía de que mantuviese sus facultades como agente a pleno rendimiento y el maldito tanga le impedía centrarse.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nick al percatarse de su malestar.

—Más o menos.

Él frunció el cejo.

—¿Más o menos? No lo entiendo…

—¡No preguntes! —lo interrumpió ella—. Voy al baño.

Y sin añadir nada más se alejó a paso lento, la única manera de no perder el equilibrio. Una vez en el cuarto de baño, se quitó el tanga, que guardó dentro de su bolso. Literalmente lo tuvo que embutir para que cupiera, y teniendo en cuenta que la prenda era diminuta, la situación resultaba ridícula.

—¡Malditos bolsitos que no sirven para nada! —se quejó mientras

lo cerraba.

Después se tiró del vestido, que era corto, demasiado corto; tendría que evitar agacharse si no quería enseñar más de la cuenta, ahora que no llevaba ropa interior. De pronto se ruborizó, sólo esperaba no hacer el ridículo más de lo que lo estaba haciendo ya con aquellos tacones.

Mientras se dirigía hacia donde estaba Nick, se dio cuenta de lo cómodo que era no llevar nada debajo del vestido. Era una sensación muy placentera; le daba una especie de libertad y ligereza que le resultaba relajante. Iba tan ensimismada, que se olvidó de los tacones y, cuando ya se acercaba a Nick, tropezó y se cayó de rodillas al suelo, con tan mala fortuna que su cara se estampó contra la entrepierna de él. Nick aguantó la respiración y todos los presentes miraron a la pareja expectantes. Se hizo un silencio en la sala, pues la música cesó al quedarse los músicos hipnotizados con la imagen que tenían delante. Olivia quiso morirse allí mismo. Era incapaz de levantarse y mirar a la gente como si nada hubiera pasado.

Nick la ayudó a incorporarse con rapidez y la contempló divertido, con aquella sonrisa blanca y que a ella tan poco le gustaba.

—¿Acaso te estás insinuando? —preguntó Nick con doble intención, en un tono lo bastante bajo como para que nadie más lo oyese—. Espera al menos a que lleguemos a casa.

—Cállate —replicó Olivia, también en un tono bajo—. Y quítate esa sonrisa de anuncio de pasta de dientes. Te juro que estoy a un suspiro de darte un puñetazo.

Acompañó su amenaza con una mirada afilada como una esquirla de hielo. Pero no tardó en cambiar su expresión furibunda por otra de ruborizada vergüenza cuando le llegaron unas risillas que provenían de los invitados.

Nick reaccionó deprisa. Miró a los músicos de la orquesta, levantó el brazo e hizo un gesto con la mano que ellos entendieron. La melodía empezó a sonar de nuevo y los invitados disimularon todo lo que pudieron, pero era evidente que estarían días cotilleando con vecinos y familiares sobre lo sucedido. Incluso la prensa sensacionalista se haría eco y si por mala suerte alguno de los presentes había captado la caída con su móvil, definitivamente sería la comidilla de las redes sociales durante una buena temporada. A Olivia empezó a subirle la temperatura: si sus compañeros leían en la prensa algo sobre su desafortunado incidente, sin duda tendría bromas aseguradas para lo que le quedaba de vida. No quería ni pensarlo.

—Tú tienes la culpa —dijo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? Te has tropezado sola —se defendió Nick.

—Yo no quería llevar zapatos de tacón, te he dicho que prefería unas bailarinas.

—Con lo bien que te quedan los tacones.

—Te voy a matar —masculló ella.

—Eso espero, que me mates de placer.

—Oh, Dios mío, siempre tienes una respuesta para todo. Me vengaré.

Él sonrió con humor.

—Después del discurso, cariño.

Porque había llegado el momento del discurso y de la presentación del nuevo diseño de Cher. Nick acompañó a Olivia a la mesa que quedaba más cerca del atril. Quería que se sentara en el mejor sitio, frente a él. Para sí mismo reconocía que necesitaba su aprobación, incluso algún leve gesto que mostrara que se sentía orgullosa le sería suficiente.

Ella se sentó y Nick, después de besarla en la mejilla, tal como haría un afectuoso novio, se colocó detrás del atril y conectó el micrófono. Se sabía el discurso de memoria y si algo se le olvidaba tenía suficiente experiencia para improvisar. Cuando empezó con su negocio era lo que solía hacer: improvisar sobre la marcha. Su falta de recursos en el mundo empresarial lo obligó a desarrollar cualidades que no tenía. Un empresario debía ser vendedor, diseñador, abogado, periodista… un sinfín de talentos que sólo la experiencia le había enseñado.

Esperó a que todos tomaran asiento. Pronto servirían una cena *gourmet*, con platos cocinados con el refresco Cher, pero antes de eso daría su discurso.

Empezó a hablar, con la soltura y determinación del que está seguro de cada palabra y las sabe enlazar unas con otras, elaborando un discurso sencillo y contundente a la vez. Nick demostraba que, sin duda, sabía lo que hacía y que además disfrutaba con ello. Porque era cierto: le gustaba su trabajo, algo que no se tomaba como trabajo, sino como una manera de expresar lo que llevaba dentro. En sus difíciles comienzos nunca se quejó, sino que saboreó y analizó cada paso, todos necesarios para el desarrollo comercial de su negocio. De hecho, no había habido retos pequeños o grandes, había sido la suma de unos y otros lo que lo había llevado a construir su empresa. También había fracasado en muchas cosas, pero después, al cabo del tiempo, las había

visto como lecciones que lo habían ayudado a mejorar. Esa manera de hacer lo había catapultado al éxito, un éxito cocinado a fuego lento, pues nada había sido casual, sino la consecuencia de un laborioso esfuerzo.

Después del discurso, la sala se quedó en silencio y las luces se apagaron. El secreto mejor guardado —el nuevo envase de Cher— iba a ser presentado como si se tratara de una gran estrella de cine.

Los asistentes contuvieron el aliento…

Luces diminutas de color granate, del mismo tono de Cher, empezaron a iluminar todos los rincones. Les siguieron una lluvia de burbujas que, cuando estallaban, liberaban una especie de humo granate con el aroma de la bebida estrella. Inmediatamente después, y ante la sorpresa de los invitados, unas notas musicales que sugerían intriga llenaron el ambiente. Y de repente unos focos iluminaron las cortinas de un escenario. Los presentes giraron la cabeza hacia allá, y, cuando el telón se abrió, aparecieron los camareros con los nuevos refrescos y el secreto se mostró ante los ojos de todos.

El nuevo envase de Cher evocaba un estilo *vintage,* redondeado en la base y alargándose a medida que se acercaba a la parte superior. Los invitados aplaudieron, en sus rostros se apreciaba la fascinación por el espectáculo y por el nuevo diseño de la botella. Las luces fueron sustituidas por los flashes de los periodistas, que no ocultaban su agrado, y Nick supo que al día siguiente la prensa alabaría el trabajo hecho y, en consecuencia, eso se transformaría en ventas. Estaba en plena expansión y de momento todo estaba saliendo perfecto.

El teléfono de Olivia empezó a sonar. Al final se lo había escondido entre los pechos, y lo mantenía en su sitio con el sujetador, dado que en el bolso no le había cabido, a pesar de que el móvil también era diminuto. Deseó con toda su alma que el aparato dejara de sonar, pero eso no ocurrió. Se ruborizó de pies a cabeza, ya que todos los invitados, que guardaban silencio para escuchar las palabras que Nick estaba pronunciando sobre el envase, la miraban de reojo. Tuvo que meterse la mano en el escote y sacarse el ruidoso móvil, mientras centenares de ojos la observaban. Le vinieron ganas de sumergirlo en el vaso, repleto de burbujeante Cher.

No se atrevió a mirar a nadie, ni siquiera se aventuró a echarle un vistazo a Nick. Debería haber silenciado el móvil, pero entre el tanga y los malditos tacones había estado tan abrumada que no había prestado atención a nada más. Así que pulsó el botón de colgar como única manera de que detuviera la musiquita. No obstante, estaba trabajando,

no podía obviar la llamada, de modo que miró la pantalla. Cuando vio el nombre de Harry Kington, su jefe, supo que era importante.

Se levantó, mirando a Nick de soslayo, después ya le daría explicaciones. Llegó a la entrada del local, donde encontró la tranquilidad que necesitaba para devolver la llamada.

—Buenas noches, señor—dijo.

—Buenas noches, Olivia, tengo noticias.

—¿De qué se trata?

—David ha muerto.

Una intensa sorpresa la atravesó como si de un relámpago se tratara. Si bien oía el barullo de fondo del evento, parecía que estuviese dentro de una burbuja que la aislaba de todo y de todos, menos del impacto que le había causado la noticia.

Después del inicial sobresalto, logró decir:

—¿Muerto?

—Sí, lo han encontrado muerto en su celda. Ahora el forense le está haciendo la autopsia, pero todo apunta a un ataque al corazón.

—¿Así, de golpe? Era joven, hasta parece imposible.

Oyó suspirar a su jefe, era evidente que no le había gustado su comentario.

—La gente se muere, y no todos lo hacen de viejos —replicó el hombre.

A Olivia la sorprendió su tono de dureza, pues nunca lo empleaba. En aquella misión ya se estaba convirtiendo en una fea costumbre; además, se notaba que estaba nervioso, pues hablaba con cierto tono tembloroso. ¿Qué le pasaba? Harry estaba muy raro, algo que Peter y ella ya habían percibido. Sin embargo, se guardó sus deducciones.

—Entonces… ¿la misión queda abortada? —preguntó.

—Sí, Nick ya no necesita protección. Es evidente que el juicio no se celebrará y se cerrará el caso.

Olivia quería seguir preguntando, pero si lo hacía levantaría sospechas, de modo que optó por despedirse. Peter y ella ya averiguarían por su cuenta cuando pudieran.

—Bien, buenas noches, señor.

Su jefe colgó sin añadir nada más y Olivia se fue a buscar a Peter y le explicó la conversación.

—El jefe está raro raro —corroboró el joven.

—Bastante; de todas maneras, tú sigue investigando y no le hables a nadie de tus descubrimientos.

—De acuerdo, pero ahora que nuestro trabajo ha terminado, voy a

disfrutar de la fiesta.

Olivia rio.

—Ah, ¿alguna de las invitadas te ha guiñado un ojo?

—Tengo más habilidades, aparte de los ordenadores. He conocido a una chica que me mola un montón.

Olivia volvió a reír. La verdad era que Peter tenía mucho que ofrecer; sólo esperaba que alguna joven lo valorara. Además, ya iba siendo hora. No solía divertirse mucho, pues se pasaba todo el día pegado a la pantalla del ordenador, o ayudándola en alguna misión. Era justo que se distrajera un poco, de modo que dejó que se marchara.

Ella se dirigió a su asiento, y lo hizo relajadamente, pues ya no tenía que mantenerse alerta; con David Campbell muerto, no había peligro para Nick. Muerto. Torció los labios, aún le costaba creérselo. Pensó que haría lo mismo que Peter: disfrutar de la fiesta. Y lo haría junto a Nick.

Se sentó en su silla y lo miró. Estaba explicando el proceso que había llevado a cabo el departamento de diseño para crear el nuevo envase. Era evidente la soltura que mostraba, incluso había hecho un juego de palabras que había arrancado risas a los invitados. Parecía que fuera algo que hiciera cada día, utilizaba metáforas y poseía un ingenio verbal natural. Sin embargo, Olivia no prestaba atención al discurso, pues una travesura empezó a tomar forma en su mente.

Estaba sentada frente al atril donde estaba Nick, a sólo unos escasos metros. Él paseó la mirada entre los invitados y se detuvo en ella; le gustaba contemplarla, estaba encantado de tenerla tan cerca, eso aún lo incitaba más a sacar lo mejor de sí.

Olivia se acordó de la película *Instinto básico*, en la que Sharon Stone llevaba a cabo el cruce de piernas más famoso de la historia del cine. Y eso exactamente hizo ella, sin apartar la mirada de Nick…

Sólo durante un segundo, el sexo femenino quedó expuesto a la mirada de él y la imagen rebotó en su interior, el deseo se paseó libremente por sus entrañas y encendió cada rincón. Un gemido se coló entre sus palabras y le costó seguir hablando. Estaba ensimismado, concentrado sólo en ella. En sus piernas largas. En su sonrisa traviesa. En el dedo que se llevó a la boca para chuparlo, imitando los movimientos del apareamiento.

Nick cogió aire. Su cuerpo había reaccionado como si hubiera recibido el impacto de una bomba. Las rodillas le temblaban, le parecía que le faltaba oxígeno para respirar y se agarró al atril en

busca de apoyo. Necesitaba quitarse la ropa, liberal su virilidad erecta, abrir las piernas de Olivia y enterrarse en ella como nunca antes. Aquella mujer era dinamita. En la cabeza de él, únicamente existían las palabras «sexo» y «follar», palabras que se solapaban entre ellas y cuyas letras parecían copular de manera loca. Sólo la cara de los invitados, que mostraban sorpresa por su repentino silencio, templó algo su mente, y tomó conciencia de que debía acabar su explicación. Se apresuró a finalizar en un minuto, pues era incapaz de pronunciar frases con sentido. Miró a Olivia como la culpable de su falta de profesionalidad y la regañó con la mirada. Cuando estuvieran a solas se iba a enterar, su provocación tendría unas consecuencias placenteras.

Sin más palabras que decir, Nick se dirigió a una silla que había al lado de Olivia, pero antes de tomar asiento se colocó detrás de ella y le paseó la yema de los dedos por el cuello. Olivia dio un respingo, se le erizó la piel y sus pezones se irguieron, deseando ser acariciados. Nick tomó asiento, saludó a los que estaban en su misma mesa y la miró a ella de reojo; tenía las mejillas encendidas y eso lo provocó todavía más. Pasó una mano por debajo del mantel y accedió al muslo de Olivia, que captó su intención, carraspeó y, acercándose a su oído, le susurró:

—Nick, tengo que hablar contigo en privado, es sobre David.

Tenía que darle las últimas noticias. Por suerte, él captó la seriedad del asunto y, mirando a los comensales de su mesa, dijo:

—Señoras y caballeros, acaba de llegar un invitado de última hora al que mi prometida y yo debemos recibir. Si nos disculpan un momento…

Sabía que no estaba siendo educado. Más tarde, cuando regresara, los recompensaría con una buena conversación y algún que otro secreto de la empresa. Ellos se sentirían especiales y no darían importancia a aquel pequeño desplante. Por suerte, los camareros habían aparecido ya con los primeros platos, la deliciosa comida mantendría a la gente ocupada.

Se fue con Olivia a la primera planta del edificio, a una antesala abierta, que daba a varios despachos. El lugar estaba enmoquetado en granate, había varios sofás y una barandilla en la zona sin paredes, a modo de terraza, desde donde se podía contemplar la fiesta de abajo.

Nick agarró a Olivia sin previo aviso, la alejó de la baranda y la arrinconó contra la pared, detrás de una enorme planta de grandes hojas, donde nadie los veía. La besó, le levantó la falda del vestido y

hurgó entre sus piernas sin que ella pusiera ningún impedimento. Sólo jadeó con pasión. Le encantaba como la estaba volviendo loca con sus dedos.

—Has sido una niña muy mala, ¿te creías que tu travesura no iba a tener consecuencias?

—Nick, Nick… tenemos que fo… digo, hablar… —Él la siguió acariciando deliciosamente—. ¡Ah! Nick, Nick… tenemos que hablar… —Introdujo un dedo en la melosa vagina—. ¡Por favor, no hagas eso, para… No, no, no pares, no pares. ¡No pares!

Nick se deslizó hacia abajo y colocó una pierna de ella encima de uno de sus hombros para tener mejor acceso a su sexo. No esperó su aprobación y paseó su lengua por los rebordes inflamados, con sabor a gloria, empapando sus labios con el elixir de la pasión. Sabía cómo hacerla gemir y no cesó de atormentarla hasta que la oyó jadear.

Olivia lo agarró del pelo con fuerza; a él no le importó, al contrario, eso lo obligaba a saborearla con más ímpetu. Le introdujo un dedo en la vagina y hurgó con ternura en ese apretado lugar de placer secreto que lo volvía loco, que él quería habitar de todas las maneras posibles.

Por suerte, los invitados reían y hablaban, pues los gemidos de Olivia eran como gritos lanzados desde un precipicio, que regresaban como un eco sin fin, endulzando los oídos de él, penetrando en su alma y concentrándose en su pene, que finalmente liberó, incapaz de aguantar su encierro. Un siseó brotó de su garganta en cuanto sus dedos rozaron su glande. Mientras lamía el sexo abierto de ella, introdujo un segundo dedo en su interior.

Nick agarró con fuerza su miembro viril, erecto y duro, y caliente, tan caliente que incluso parecía quemar. Lo notaba pesado, lo mismo que sus testículos, y sintió una embriagadora necesidad, el delirio de la pasión lo dominó. Esa sensación sólo la experimentaba estando con Luna, con ninguna otra mujer con las que se había acostado durante esos diez años había notado esa emoción electrizante. Sin embargo, ya nada de eso importaba, porque la quería a ella y la tenía allí con él. Casi le parecía un milagro.

Nick seguía con su cabeza entre sus piernas. Se recreó en aquella belleza íntima, mordió la tierna carne como si fuera la manzana del deseo, su sabor dulce y salado alimentaba su salvaje anhelo. Entonces le dio la vuelta. Olivia quedó pegada a la pared, mientras él seguía tocando su pene, apretando con los dedos su miembro dolorido. Lamió la marca de nacimiento de ella y se la mordió, en tanto Luna arañaba

la pared con desespero.

Se levantó, la instó a que abriera las piernas y guio su miembro hacia el sexo femenino, lubricado de dulzura líquida. Ella entendió, se inclinó levemente, arqueó la espalda y Nick la penetró sin delicadeza, tal como lo haría un animal ansioso por copular con su hembra. Gritó Olivia, gritó él, el deseo de ambos pendía sobre sus cuerpos como una tormenta que amenazara con convertirse en huracán.

Y es lo que sucedió: un huracán de placer desenfrenado guio las caderas de él, con sus vaivenes dominados por el poder que le daba su fornido cuerpo. No era delicado, pero ella no pedía delicadeza, quería fogosidad en estado puro, que la hiciera suplicar y jadear de goce.

Nick siguió embistiéndola, ambos entregándose al delirio y al placer que sus cuerpos reclamaban una y otra vez. El lenguaje del amor cobró sentido en los embates de él, en los gemidos de ella, en el olor almizclado del sexo, ese aroma afrodisíaco capaz de derribar muros. El fuego los consumía bajo la piel, pero quién no querría morir entre esas llamas, el único placer que muere y nace en un mismo momento, una muerte con sabor de alegría, música en sus gemidos, paz en su conquista. Porque así se sintieron una vez ambos alcanzaron el cielo salpicado de estrellas.

En aquellos momentos eran espejos que se reflejaban el uno al otro, sabiendo que nada era tan hermoso como estar unidos en cuerpo y alma.

Nick le dio la vuelta, quería mirarla a los ojos y asomarse a su interior. Todo en ella hablaba de ebriedad placentera y eso aún la hacía más bella. La abrazó, la estrechó contra su cuerpo, quería empaparse de su esencia, no dejarla escapar nunca más.

Olivia cerró los párpados, quería recuperar el sentido, aunque, de haber podido escoger, se habría quedado allí donde la había llevado Nick con su placer. Siempre le había pasado lo mismo, con él, su cuerpo no obedecía a las leyes de la gravedad y se adentraba en un mundo donde flotaba de felicidad. Abrió los ojos y se encontró con los de él. Se sonrieron, se besaron en los labios, porque, una vez calmado su deseo, necesitaron ternura, miradas cómplices, sonrisas dulces. Ella le acarició la cara con los dedos; por un momento quiso confesarle lo mucho que lo amaba, sin embargo, se detuvo en el último momento. El miedo a sufrir de nuevo atascaba las palabras en su garganta y las mataba intentando que no salieran nunca.

—Luna, me vas a volver loco de deseo. En cuanto declare en el juicio, te juro que no vas a salir de mi cama. Serás mía para siempre.

—Sólo sexo, Nick, sabes muy bien que no me casaré contigo —puntualizó ella—. ¿Te crees que no me he dado cuenta de tus intenciones al presentarme a tus amistades? No te confundas. Yo no quiero eso, no quiero retomar nuestra relación donde la dejamos.

Nick no disimuló su frustración, porque después de lo que habían compartido, para ella sólo había sido un momento gozoso, una fantasía sexual. No obstante, aunque lo negara, sus ojos pardos le hablaban de mucho más que de placer. Pero no le llevaría la contraria. Luna no podría negar lo que sentía mucho más tiempo, él se encargaría de que así fuera. Se abrochó los pantalones mientras le decía:

—Está bien, sólo sexo… de momento.

—De momento y siempre —se apresuró a aclarar ella.

—Te estás engañando, no podemos vivir separados, y lo sabes, tenemos un pasado que nos lo confirma.

Olivia quiso rebatírselo, pero había verdades tan grandes que era inútil intentar ocultarlas con explicaciones, éstas serían como humo que se diluye con rapidez. Se obligó a no pensar en su antigua relación, pues siempre era mejor no recordar. Si no se recuerda, se olvida, y lo que se olvida no se vive. Pero lo irónico era que había intentado no recordar, olvidar y no vivir durante diez largos años y no le había dado resultado. Al contrario, su amor por Nick se había fortalecido como las raíces de un árbol que se niega a ser derribado por un huracán.

No quiso darle más vueltas, pues le dolía y la confundía, de modo que se alisó el vestido como pudo, dando por terminada la conversación sobre el tema. Además, necesitaba asearse; por suerte, en aquella planta también había un cuarto de baño. Quería hacerlo sola, Pero Nick se negó y entró con ella. La obligó a sentarse sobre la encimera del lavabo, le abrió los muslos y se encargó él de limpiarla. Cada vez que pasaba por su sexo la toalla humedecida, le arrancaba un gemido. Casi acabaron haciendo el amor de nuevo. Sin embargo, Nick tomó conciencia de que los invitados lo esperaban abajo y de la poca educación que estaba demostrando tener con ellos. Nunca antes había hecho algo parecido, pero cuando estaba con Luna no podía controlarse. Entonces se acordó del motivo por el que habían subido allí, depositó la toalla en un cesto que había debajo del lavabo y preguntó:

—Bueno, ¿y qué tenías que contarme de David?

—Ha muerto.

Nick negó con la cabeza, sin dar crédito.

—¿Muerto?

Olivia asintió.

—Ha tenido un infarto.

—¿Y no han podido reanimarlo?

—Aún tengo que leer el informe del forense, pero hay ataques de corazón que son fulminantes.

Nick se apoyó en la pared. Estaba afectado, se había quedado blanco y Olivia se dio cuenta.

—¿Sientes que haya muerto? —le preguntó.

—Es más que eso. La muerte de un ser humano, aunque éste sea un asesino merecedor de la peor de las torturas, no tendría que ser motivo de alegría. Creo que el perdón está por encima del odio y la venganza.

—Él quería verte muerto.

—Por eso mismo necesitaba mi perdón más que nunca, ¿de qué me sirve odiarlo?

—Un tipo como David no merece tu compasión.

—No es compasión, Luna, es buscar dentro de nosotros esa parte humana que llevamos dentro. David estaba enfermo y, como tal, tendría que haber recibido tratamiento.

—Pero eso no les sirve a las familias de las víctimas.

—Lo sé. Si hubiera sido a ti a quien hubiera torturado y matado, te aseguro que se me haría muy difícil perdonarle. Querría matarlo con mis propias manos.

—Es muy complicado…

—Demasiado, el ser humano es complicado. Las cosas necesitan un tiempo. Y las familias de las víctimas precisamente requieren de ese tiempo para encontrar la paz y perdonar.

Olivia se le acercó y lo abrazó.

—Nick, no hace falta que hablemos más de David, el asunto está resuelto.

Él la besó en la mejilla.

—Entonces, no necesito guardaespaldas. —Su tono era travieso. De pronto se sentía eufórico, nada de pactos ni limitaciones; casi daba saltos de alegría—. ¡Eso quiere decir que puedo hacer contigo lo que quiera!

Ella sabía muy bien a qué se refería y la expectativa de lo que ocurriría entre ellos los próximos días hizo que su sexo se humedeciera.

—Antes de eso tienes que atender a tus invitados… —Pero no pudo continuar, porque Nick hundió la cara en su cuello y lo lamió, al tiempo que introducía de nuevo un dedo en su interior—. Te deseo…

Introdujo un segundo dedo. Le encantaba sentirla húmeda, caliente, literalmente temblando entre sus brazos.

—A partir de ahora, cuando esté contigo, te quiero con falda y sin ropa interior.

Y cuando un tercer dedo entró en la resbaladiza vagina, ella jadeó.

—Nick, tus invitados…

Él suspiró. Olivia tenía razón, estaba siendo poco cortés ausentándose de la fiesta y necesitaba buena publicidad para su expansión. Se tomaron unos segundos antes de bajar, a fin de borrar cualquier huella de deseo en sus rostros y en su ropa. El traje de él estaba un poco arrugado, pero supuso que nadie se daría cuenta.

Se unieron a la fiesta, degustaron los sabrosos platos cocinados con el refresco Cher, bailaron, charlaron con los invitados… Nick llevaba a Olivia cogida de la mano y, de vez en cuando, giraba la cara hacia ella, como si quisiera asegurarse de que estaba a su lado, de que aquella mano que sujetaba correspondía a la persona que él necesitaba para que la vida no se le escapara.

Todo salió como Nick deseaba. Entre risas y charlas banales, se dio cuenta de que la gente empezaba a adorar a Luna y eso lo llenó de orgullo y esperanza. De vez en cuando, se apartaba un poco y la observaba relacionarse con los invitados. Lo hacía de una manera tan natural y graciosa, que no le extrañó que despertara simpatías. Sería el hombre más feliz del mundo si se quisiera casar con él. Reconocía que con Luna era mejor persona y más feliz. Con ella sería capaz de cruzar el mar sin barco, o surcar el cielo sin alas; todo era posible, incluso lo imposible.

CAPÍTULO 10

La fiesta llegó a su final, Nick y Olivia se fueron en la limusina. La vida, a esa hora de la noche, discurría tranquila. No llovía, sin embargo, el agua que había caído durante todo el día había dejado las calles húmedas y hacía que las luces de los edificios se reflejaran en los charcos, donde figuras semitransparentes rielaban al son del viento que de vez en cuando soplaba. Casi parecía la estampa de un mundo de fantasía, como un bosque mágico de asfalto. Las sombras incorpóreas bailaban abrazadas a los resplandores artificiales de la ciudad y daba la sensación de que todos ejecutasen una silenciosa danza.

A pesar del ambiente gélido, esa noche Washington parecía tener algo especial, sobrenatural, por lo que Nick le pidió a su chófer que diera una vuelta por los alrededores. Se detuvieron en los parques, admiraron el brillo nocturno de la urbe, que se posaba en la copa desnuda de los árboles, vistiéndolos con imperturbables capas de silencio.

Nick y Olivia se apearon del coche y dieron pequeños paseos, pero cuando el frío hizo presa en su piel caliente, regresaron a la limusina. Allí dentro, gracias a la ventanilla oscura que separaba la parte de los pasajeros de la del conductor, tenían la privacidad que necesitaban.

—He pasado una velada estupenda —dijo Nick, abrazándola, y ella se acomodó contra su duro cuerpo.

—Yo también.

Olivia aspiró el aroma a océano de invierno de Nick, levantó la vista y sus miradas se cruzaron, pupilas que eran gotas de miel y que endulzaron sus sonrisas. Supo que la noche no era mágica porque la ciudad llena de luces y colores se reflejara en los charcos, dándole a todo un aspecto surrealista, sino porque Nick y su compañía la hacían fantástica, especial, única… No dejó que nada estropeara el momento y esta vez fue ella la que tomó la iniciativa. Lo besó concentrando en

ese beso todas las emociones retenidas durante diez años. Se sentó a horcajadas sobre él, lo ayudó a desabrocharse la cremallera de los pantalones y a que la penetrara de una sola embestida. Luego lo cabalgó con lentitud los primeros segundos, hasta que Nick la agarró de las nalgas y la ayudó.

Salió de encima de él, se puso entre sus piernas y su boca se posó sobre su miembro enhiesto; estaba dispuesta a hacerlo estallar. Rodeó con sus labios el glande y su lengua acarició todo lo que pudo abarcar… delicioso manjar erótico que guardaba las aguamieles de la vida y que la llevó a gemir al tiempo que Nick embestía en su boca. Las manos de Olivia se convirtieron en alas de mariposas ardientes, dando placer ascendiendo y descendiendo por su carne. El placer saltaba entre caricia y caricia, vivaz, ardiente, mágico… dedos suaves que subían y bajaban, que atrapaban su deseo erecto, volcán de la lava que quemaba las entrañas del hombre.

Y el mundo se detuvo. Quedó suspendido en un momento infinito en el que nada podía perturbarlos.

Ella lo sintió dentro de su garganta, muy hondo. Su boca rebosaba humedad, al tiempo que él adelantaba las caderas con fuerza para que ella lo abarcara en su totalidad. Y aunque era enorme, el hambre febril de Olivia lo acogió placenteramente, mientras Nick gozaba ante la imagen y las sensaciones de sentirse devorado por Luna. El embrujo del placer lo hizo sucumbir, entonces ella lo rodeó con más fuerza con sus dedos, apretó sus labios contra el glande y él penetró su boca una y otra vez, moviendo la pelvis. Notó su deseo de hombre en pleno apogeo de sensaciones que lo hacían perder el mundo de vista. La lascivia del momento lo tenía abrumado. No sólo eran las manos ardientes de ella cercando su pene. No sólo era su lengua paseando por el tallo de su virilidad. Era su alma de mujer lo que lo volvía loco; que con cada lamida lo dejaba marcado tan adentro que se le cortaba la respiración.

Nick la necesitaba como la tierra al sol para crear belleza con la que deleitar las miradas. La instó a que lo cabalgara de nuevo y se fusionaron en cuerpo y alma, más allá de lo razonable. La besó mientras las embestidas seguían. El elixir del placer acarició su paladar, dejó que impregnara su lengua y la de ella, que se cubrieran con los sabores del mar, unos dulces, otros salados, otros amargos, pero que unidos los hacían perfectos.

Y así estuvieron largo rato, prendidos a las estrellas del cielo y luego todo terminó en un instante; no así en sus almas, porque sabían

bien que aquel momento se había quedado allí para siempre. Se habían vuelto a encontrar después de haberse perdido durante diez largos y sombríos años.

Un rato después, Nick todavía jadeante y tembloroso, la sentó en su regazo, la atrajo hacia sí y la abrazó. Ella se acurrucó apaciblemente contra el cuerpo masculino y dejó que una frágil felicidad la envolviera y le diera calor. Se dijo que sólo serían unos minutos, durante los cuales se olvidaría del mundo.

Como sucede con todo lo bueno o lo malo, llegó el final. La limusina no tardó en detenerse y la magia dio paso a la realidad de una noche que nunca podrían olvidar.

—Hemos llegado a casa —susurró Nick, contento.

Olivia miró por la ventanilla y se dio cuenta de que estaban en la mansión de él.

—Ésta no es mi casa.

—Quédate conmigo…

Olivia salió de encima de su regazo, se acomodó en su asiento y meditó sobre el asunto. Sabía lo que implicaba quedarse allí. Seguramente le seguiría otra noche, y otra, y otra más… Después las noches se convertirían en días, en semanas, en meses… Y no. No podía aceptar quedarse, porque cuando estaba con Nick era débil; lo amaba con locura y eso la hacía vulnerable. Se negaba a salir lastimada de nuevo y sabía que cuando él viera que su trabajo aportaba a la relación de todo menos estabilidad, la obligaría a elegir otra vez. Y ella llevaba su amor por Nick en la sangre, lo mismo que su trabajo; no podía escoger, dado que esas dos cosas unidas eran un todo en su alma. Y si él no lo había entendido una década atrás, ¿cómo lo iba a entender ahora?

—No me voy a quedar, Nick. Sabes muy bien que sólo me interesa una cosa de ti.

—El sexo —replicó tenso—, amigos con derecho a roce, ¿no es eso?

—¡Exacto! —contestó ella con frialdad—. No quiero flores ni desayunos en la cama ni cenas románticas a la luz de la luna ni versos que hagan palpitar mi corazón. No quiero nada de eso.

Nick sintió como si hubiese recibido el equivalente a veinte cubos de agua helada. Bajó la ventanilla oscura que lo separaba de su chófer y le dio instrucciones para que llevara a Luna a su casa. Se sorprendió de que, después de tanto tiempo, aún se acordara de la dirección de los padres de ella, un detalle que a Olivia la conmovió. No estaba muy

lejos, a pesar de que vivía en las afueras, y además, a esas horas, el tránsito era fluido, no tardaría en llegar. Nick podría haberse bajado del coche y dejar que fuera el chófer quien la llevara, pero prefirió acompañarla, dado que un regusto a desolación parecía haber impregnado las horas felices que habían pasado esa noche y no quería acabar la velada con esa sensación de fracaso pegada a su piel.

Sin embargo, pronto dudó de su decisión, pues durante el trayecto no se dirigieron la palabra. Olivia miraba por la ventanilla y apenas se movió; él observaba con pena su perfil suave y buscaba temas de conversación, pero ninguno resultó atractivo para ella, más pendiente de llegar a su casa. Nick la conocía lo suficiente como para saber que tenía los sentimientos alborotados. Lo amaba, aunque lo negara una y mil veces, o millones de veces. Hasta un idiota se daría cuenta.

La verdad era que no se merecía otra cosa; la había abandonado tiempo atrás, cuando estaban a punto de casarse. Era del todo normal que no se fiara de él, que tuviera miedo de que la volviera a lastimar. Sin embargo, nunca más le iba a hacer daño ni tampoco a dejarla, pero ¿cómo hacérselo entender? Deseaba que le diera otra oportunidad para que así ella lo pudiera ver con sus propios ojos

Llegaron a destino, el chófer se bajó y abrió la puerta. Nick agarró a Olivia de la muñeca y ella se volvió para mirarlo. Podría haber sacudido la mano a fin de que la soltara, pero no le importaba sentir sus dedos tibios, de hecho, el contacto la estremeció y su corazón se llenó de un sentimiento dulce que se apresuró a esconder. La luz interior del coche los iluminaba a ambos, sus facciones tensas revelaban el desgarro que sentían.

—Bueno, ya hemos llegado, me tengo que ir… —murmuró ella.

Sonreía a modo de despedida, pero no todas las sonrisas son muestra de felicidad, y en su caso, mientras su boca sonreía, sus ojos acuosos hablaban de tristeza.

—Olivia…

—No, Nick, no digas nada.

Hubo un silencio durante el cual se sostuvieron la mirada como si temieran caer en el abismo del dolor. De noche, los ojos de Olivia, de un tono entre verde y marrón, destellaban como dos solitarias estrellas y sus pómulos marcados destacaban aún más con el juego nocturno de sombras y luces.

De repente, en algún lugar escondido del alma de Nick una vocecita desconocida lo llamaba. Debía hablar antes de que fuera demasiado tarde; necesitaba hacerlo para paliar su propio dolor y

abrirle los ojos a ella.

—Ahora tú estás como yo hace diez años, Luna. Me veo a mí en ti.

—¿A qué te refieres?

Nick miró al chófer, que aguardaba de pie a que Olivia bajara, y suspiró. No le gustaba hablar de sus cosas privadas delante de nadie, pero esa vez decidió saltarse su norma, pues se temía que no tendría otra oportunidad; Luna no se lo iba a poner fácil.

—Hace diez años el miedo se apoderó de mí y no supe enfrentarme a él, dejé que me dominara. Y tú ahora estás asustada, el miedo te tiene paralizada. Su voz se ha metido dentro de tu cabeza y te chantajea diciéndote que volveré a hacerte daño, que te abandonaré de nuevo, que no te dejaré ser quien deseas ser.

—¡Basta! Eso no es cierto.

Olivia lo negaba, pero él había pasado por lo mismo. Ojalá el tiempo le hiciera entender que era más fácil de lo que parecía. Sólo se trataba de silenciar la mente y dejar que fuera el corazón el que se encargara de hablar, porque éste siempre decía la verdad. Cuando él lo hizo así, comprendió que su existencia sin ella era peor que aceptar su trabajo, que había que vivir el presente y no un futuro todavía por escribir. Y tal como le había sucedido a él, tenía la esperanza de que el tiempo, siempre tan eficaz en su misión de iluminar las sombras, se encargara de sacarla a ella de dudas. No había otra salida.

—¿Me llamarás? —le preguntó, apretándole un poco la muñeca; en sus ojos azules había un destello de dolor, que se apresuró a esconder a fin de no condicionarla.

—Ya veremos.

—Te amo, Luna.

—¡Cállate! No digas eso, no quiero que lo digas… —Su voz se quebró.

Casi podía ver a través de él el amor que sentía por ella, y eso era lo que más le dolía: que la amara tanto y que ese amor no fuera suficiente para soportar los muchos sacrificios que implicaba su trabajo.

—Te lo diré siempre —contestó Nick con la certeza de la verdad de sus sentimientos—. Hasta que me creas, hasta mi último aliento.

Olivia reprimió un «yo también te quiero». Sus palabras quedaron encerradas en su interior y zumbaron en sus oídos. Le dolía, le dolía muchísimo. Sin embargo, aguantó echando mano de la poca serenidad que le quedaba. Respiró hondo, como si con ello pudiera recuperar toda la fuerza perdida, y dijo:

—Te estoy haciendo un favor, con el tiempo lo entenderás.

—Ya te lo he dicho antes, cuanto más pienses es peor. Sabes que a veces es mejor dejar que el corazón decida. No te escondas de los sentimientos o acabarás desquiciada, como yo cuando me di cuenta de mi error.

—¿Ahora eres filósofo?

—No tiene nada que ver con la filosofía sino con la verdad, y la verdad es que estás asustada.

¿Qué más podía decirle? Si ella comprendiera que su arrepentimiento era sincero, que cada latido de su corazón decía su nombre, deseoso de que lo perdonara, de que le diera otra oportunidad... Porque en el fondo, la grandeza de la vida era reconocer errores e intentar cambiar y mejorar. Él había aprendido, cambiado y mejorado durante esos diez años en los que habían estado separados. De acuerdo que no era perfecto, tenía defectos, igual que ella, igual que todo el mundo. Pero en la imperfección se encuentra la perfección y Nick la amaba por lo que representaba en su vida, a pesar de los fallos de ambos. Y tenía la certeza de que Luna también pensaba igual.

La soltó, no tenía sentido insistir cuando ella ya había levantado un muro. La vio dirigirse a la entrada de la casa sin mirar atrás. Hasta que desapareció tras la puerta no le pidió al chófer que lo llevase de vuelta.

Olivia había dicho que no quería nada de cenas ni poemas, no quería nada romántico. Entonces, ¿cómo enamorarla de nuevo? Quizá la tendría que sorprender respetando la libertad y la autonomía que Luna no estaba dispuesta a perder. O tal vez debería alejarse de ella para que comprendiera que se estaba equivocando.

Se le encogió el corazón. Olivia era como la vida que reposa satisfecha en los plácidos océanos, en las selvas verdes, en la tierra más fecunda. Era como el fuego, que no se puede atrapar ni dominar. Era libre. Algo que Nick no había comprendido cuando la abandonó. Si no quería perderla de nuevo, tendría que adaptarse y esperar a que lo necesitara de una manera u otra. Estaría disponible en cuerpo y alma para cuando tuviera un mal día, o se pusiera enferma y necesitara que la cuidaran, o cuando precisara un consejo. Y, por qué no, también cuando mereciese una reprimenda por no hacer algo bien.

Nick estaba nervioso, habían sido muchas emociones. Miró su reloj: dentro de un par de horas amanecería, pero supo que después de todo lo que había pasado en las últimas horas no podría dormir.

Decidió que haría lo mismo que hacía cuando la frustración por no tener a Luna a su lado lo desesperaba. Se encerraría en su gimnasio y descargaría su pesar llevando su cuerpo al límite. Esa noche lo necesitaba más que nunca.

Por su parte, Olivia entró en su casa y, cuando cerró la puerta, se apoyó en ella, pues necesitaba recuperarse emocionalmente de lo sucedido aquella noche. La realidad le daba grandes bocados a su corazón. Amaba a Nick y él a ella, pero un mundo los separaba. Él insistía en que había cambiado, pero Olivia sabía por experiencia que, muchas veces, las palabras se las llevaba el viento.

Un ligero ruido la sacó de sus pensamientos, sus instintos, bien entrenados, se pusieron en marcha. El sonido provenía del comedor, que estaba a mano derecha, era como si alguien hubiera descorrido las cortinas. ¿Acaso un ladrón estaba entrando por la ventana?

Actuó con rapidez, se quitó los zapatos de tacón, los dejó en el suelo y fue hacia la estancia. La luz de las farolas entraba por la ventana y enseguida reconoció la silueta rechoncha de su madre.

—Pero ¡mamá! ¿Qué haces levantada a estas horas?

Encendió la luz y, en efecto, vio a su madre con su camisón de franela blanco estampado con flores lila, amarillas y azules en tonos pastel.

—Hola, hija, no podía dormir. He bajado a tomarme una infusión y he oído que un coche se detenía frente a casa.

Aunque la mujer era mayor, pues había tenido a Olivia ya con cierta edad, casi a las puertas de la menopausia, nadie pondría en duda que eran madre e hija. Tenían el mismo color y forma de ojos y las sombras y luces de su rostro estaban en los mismos sitios. Lo único diferente era el cabello castaño de Olivia y el tono gris plata de su madre.

—Han sido muy amables y se han ofrecido a traerme a casa después de la fiesta.

Quería evitar dar explicaciones. Ya hacía tiempo, o mejor dicho, años, que evitaba hablar con sinceridad con su madre por temor a que hurgara en sus sentimientos.

—Olivia, no me engañes. —Se acercó a ella—. He reconocido a Nick y eso que no llevo las gafas puestas.

—Mamá, no quiero hablar de ello…

—Tienes que hacerlo antes de que se te pudra en el corazón. —La miró de arriba abajo—. Si lo tuviera aquí delante le daría las gracias, porque ha hecho que por fin vuelvas a ponerte un vestido. Estás

preciosa, hija, siempre has sido preciosa y nunca he entendido esa manía tuya de vestirte como un chico.

Le resbaló una lágrima por la mejilla y Olivia se la secó con los dedos. La mujer llevaba demasiadas angustias en su viejo corazón, y la tristeza por ver a su hija amargada se acumulaba en su garganta y la dejaba muda. Los días de pesar se habían transformado en meses y los meses en años, haciendo que el ambiente familiar se resintiera. La frustración, convertida en espectro, deambulaba a sus anchas por un hogar que otrora había estado lleno de risas y felicidad.

—Mamá, no quiero que llores.

—Lo sé, pero no puedo remediarlo.

La mujer dudaba entre decirle la verdad o hacer lo de siempre: guardar silencio con la esperanza de que Olivia algún día se diera cuenta de que la necesitaba. Optó por lo primero, porque los años pasaban y quería recuperar a su hija.

—Hace tiempo que le pido al cielo que mi Olivia regrese. Siempre fuiste una niña dulce, considerada y muy femenina, tenías una sonrisa en los labios incluso cuando las cosas no eran de tu agrado, pero cuando te dejó Nick dejaste de hablar conmigo, me apartaste de tu vida y te encerraste en tu soledad. Echo de menos a mi hija…

Olivia sentía que el mundo se rompía en miles de pedazos y esos afilados trozos se clavaban en sus entrañas. Nunca había sido plenamente consciente del dolor que le había causado a su familia, sobre todo a su madre, cambiando de manera de ser. Se sentía estúpida e inútil; tantos entrenamientos, tantos cursos como había hecho sobre psicología y sobre el lenguaje de los gestos y había sido incapaz de darse cuenta del sufrimiento de la mujer por no tenerla a su lado. Olivia había sido tremendamente injusta, pues su progenitora había sufrido tanto como ella, o incluso más. Ninguna excusa valía para lo que había hecho.

De pronto contempló a su madre como si la acabase de encontrar después de haberla perdido durante mucho tiempo. Había envejecido y ella ni tan sólo había sido consciente de ese hecho. Se había obsesionado tanto con su soledad tras el abandono de Nick que dejó de importarle todo lo demás. ¿Y quién le devolvería esos diez años perdidos, de conversaciones entre madre e hija, de confidencias, de enfados, de abrazos y de besos?

No podía con su conciencia, esa que le recordaba que una madre era una madre, y la abrazó con desesperación en un intento de buscar consuelo. La tristeza la cubrió de arriba abajo, sólo esperaba que, con

el tiempo, pudiera perdonarla.

—Mamá, lo siento, lo siento muchísimo, perdóname…

Y se echó a llorar, lágrimas incoloras que no dejarían ningún rastro en la ropa cuando se secaran, pero que sin embargo sí dejarían una profunda marca en su memoria, recordándole el error que había cometido.

—No lo sientas, las madres lo sabemos todo de los hijos.

—He sido injusta —añadió entre hipidos—. No entendí que, cuando una relación se rompe, también hay otras personas que sufren esa ruptura. Ahora que me he vuelto a reencontrar con Nick, me he dado cuenta de esta realidad, porque me ha preguntado por vosotros y no he sabido qué contestarle. Me he sentido tan mal…

—No le des más vueltas. Lo amas y te dolió su actitud, es normal que no te dieras cuenta de nada más. Todo dolor necesita un proceso, hay que aceptarlo y esperar a que se cure.

—Nunca he dejado de amarlo. Busqué alivio en la soledad, pero lo único que hice fue enquistar mi dolor y causárselo a la gente de mi alrededor, o sea, a vosotros.

—No entendiste que la vida seguía, que los caminos hacia la felicidad a veces dan rodeos.

—Me siento tan perdida…

—Hija, la vida te está hablando. Las casualidades no existen, estaba escrito que tú y él os volverías a encontrar cuando fuera el momento adecuado, porque estáis hechos el uno para el otro.

—No, mamá, yo no puedo casarme con Nick.

—¿Por qué? Os amáis, eso es lo verdaderamente importante.

—A la larga él no aceptará mi trabajo, igual que no lo aceptó hace diez años.

—Bueno, eso no lo sabes. Si no le das una oportunidad, siempre te quedará la duda.

—¿Me estás diciendo que me arriesgue?

—Es mejor equivocarse que vivir pensando lo que podría haber sido y no fue porque te dio miedo lanzarte.

—No es fácil tomar una decisión como ésta. —Su madre rio y Olivia frunció el cejo—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

—Hace diez años todos te decíamos que aún eras demasiado joven para casarte, que debías acabar de estudiar, y ahora yo te estoy aconsejando lo contrario.

—Y ojalá os hubiera hecho caso entonces.

Su madre sonrió con amargura.

—No, hija, todos nos equivocamos. Te aconsejamos mal. No se le pueden cortar las alas al amor y nosotros pretendimos hacerlo.

—Si os hubiera hecho caso, me habría ahorrado estos diez años de sufrimiento.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? Sólo digo que cuando dos personas se quieren como os queréis vosotros, lo justo es que viváis vuestra historia de amor. Estos diez años también forman parte de esa historia, se trata de amar en lo bueno y en lo malo.

—No quiero equivocarme y sufrir de nuevo.

—Nadie quiere sufrir, pero ¿acaso el escalador conquista la cima sin sufrimiento?

—Es verdad, pero el nuestro siempre nos parece mayor que el de los demás.

—Hija, no cometas el error de creer que tu sufrimiento es superior al de Nick, cada cual vive sus infiernos a su manera. Ponte en su lugar y siente lo que él siente.

Olivia reflexionó unos instantes sobre lo que le decía su madre. Conocía a Nick a la perfección, de modo que le era fácil ponerse en su lugar, sentir latir su corazón, ahondar en su alma en busca de sus sentimientos, hurgar en su mente y calibrar sus pensamientos. De pronto las tenazas de la verdad la apretaron sin compasión, porque se dio cuenta de que Nick sufría, y lo hacía sin lágrimas, porque las derramaba por dentro.

—Sé que sufre casi tanto como yo… —reconoció, al límite de su aguante. Hizo una pausa para recuperarse—. Quizá más que yo.

Esbozó una sonrisa triste y suspiró con pesar. Nunca se había puesto en el lugar de Nick y un nubarrón de dudas inundó su mente. Sintió un peso en el corazón difícil de soportar.

Su madre se acercó a ella y le acarició la cara como lo hacía cuando era niña, y dijo:

—Las rosas tienen espinas, pero son las rosas las que inspiran a los artistas, aunque se pinchen con ellas. El amor es como una rosa con espinas, a veces te pinchará y a veces te embriagará con su aroma y su belleza.

—¿Por qué las madres siempre tenéis razón? —Tragó saliva en un intento por no llorar, y parpadeó varias veces—. Siempre has sido la voz de mi conciencia. Nunca lo he valorado lo suficiente y ahora me pesa haber perdido diez años.

—¿Crees que yo no he cometido errores? Yo también aprendí a base de tortazos, es la única manera de adquirir experiencia. —En ese

momento, se dio cuenta de las sombras violáceas que rodeaban los ojos de Olivia—. Anda, ve a dormir que necesitas descansar. ¡Tienes ojeras de cansancio!

—Sí, estoy agotada, hoy ha sido un día muy intenso en todos los sentidos.

—Mañana será otro día, y con la luz del amanecer todo se ve más claro.

—Eso espero.

Besó a su madre en la mejilla a modo de despedida y antes de irse a su dormitorio, dijo:

—Gracias, mamá, gracias por todo. Por cierto, necesito ropa nueva, maquillaje, un nuevo corte de pelo… Me gustaría que me acompañaras a comprar y a la peluquería, tal como hacíamos antes, ¿te acuerdas?

La mujer tuvo que tomarse unos segundos para poder contestar. La felicidad y la sensación de plenitud embargaron su viejo cuerpo.

—¡Claro que me acuerdo! —exclamó.

Se sostuvieron la mirada. Ambas habían echado de menos esos ratos compartidos y querían recuperarlos, porque los años pasaban deprisa y de nada les servía no vivirlos.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, mamá.

CAPÍTULO 11

Olivia se desmaquilló con jabón, pues no tenía los cosméticos adecuados para hacerlo. Después se metió en la ducha y dejó que el agua caliente la relajara. La conversación con su madre la había ayudado en muchos sentidos, pero la sensación de que había sido injusta con su familia tardaría tiempo en desaparecer. Tenía claro que los compensaría a partir del día siguiente mismo; debía cambiar su manera de ser con ellos, ya que el tiempo pasaba y sus padres cada día estaban más mayores.

Siguió bajo la ducha, intentando no hacer mucho ruido. Luego se secó con una toalla que olía a pétalos de rosa, el aroma del suavizante que usaba su madre, y que Olivia siempre relacionaba con su hogar. Le gustaba, la hacían sentirse segura.

Mientras, pensaba que las últimas horas habían sido una locura en todos los sentidos y necesitaba tranquilidad para poder analizar la situación desde otros puntos de vista. Nick insistía en que se casaran, pero no era fácil retomar la relación donde la habían dejado, pues el dolor pendía sobre ellos como una espada, amenazándolos con el brillo metálico de su hoja.

Su madre tenía razón al decir que nunca lo sabría si no lo intentaba, pero tampoco podía actuar como si no hubieran pasado diez años de ausencias, diez años en los que obligó a su corazón a permanecer cerrado ante la vida. Porque diez años no eran diez días, eran toda una vida, y en ese tiempo la esperanza había quedado reducida a minúsculas partículas de polvo que el viento se había llevado. De nada le había servido tejer recuerdos en sus noches solitarias, en su afán por crear una realidad paralela de lo que podría haber sido y no fue, como una manera de sobrellevar la carga tediosa de la desilusión.

Nick le partió el alma en dos y ahora pretendía unir esos trozos con la promesa de que había cambiado.

Por otro lado, estaba su trabajo, que se interponía entre ellos como si se tratara de un amante. Había misiones que implicaban alejarse durante varios días de la ciudad, incluso semanas. Con toda seguridad, Nick no aceptaría ese ritmo, ya que entonces no se verían muy a menudo; eso sin contar con las horas que pasaría preocupándose por si corría peligro.

Todo ello era el caldo de cultivo de una nueva ruptura. No, no podía casarse, un matrimonio significaba sacrificio y paciencia.

Su lógica analítica le pedía que se alejara de Nick y que no lo volviera a ver nunca más, pero su corazón se negaba. Quería estar con él, divertirse, experimentar la vida juntos, pero sin comprometerse a nada. La palabra «compromiso» la asustaba. Nick le había dicho que dejara que fuera su corazón el que decidiera y no su mente. Pero ¿cómo hacerlo sin salir lastimada como tiempo atrás?

Hubo un tiempo, cuando Olivia estaba en la academia, en el que creía que era inteligente, que ningún reto podía con ella. Era una alumna brillante, pues sacaba buenas notas en todos los campos, y era elogiada por profesores y compañeros. Por aquel entonces, su egocentrismo y su juventud la mantenían con la barbilla levantada, en un altar de superioridad. Sin embargo, pronto descubrió que la inteligencia no lo era todo y que la verdadera sabiduría se adquiría con la madurez que daban los años. Lo descubrió cuando se enfrentó a la primera misión y vio que lo que le enseñaron no se aplicaba tan fácilmente a la realidad, que nada era matemático y que la experiencia era muy importante. Y en aquellos instantes, esa experiencia le advertía que no podía estar segura de que una relación seria con Nick funcionara, pues había muchos factores externos que influirían para bien o para mal.

La pura verdad era que estaba asustada como nunca antes en su vida, y él en un sentido y su madre en otro tenían toda la razón: el miedo la tenía paralizada. Lo peor de todo era que ya la estaba dominando y se estaba adueñando de su mente. Tenía tantas voces en su cabeza que la estaban volviendo loca, y cuanto más pensaba, más grande se hacía la bola en su interior.

Quizá iba siendo hora de cambiar de actitud frente a los problemas. Sólo así, la verdad, el perdón y la comprensión, que sabía que llevaba dentro, cogerían fuerza y se abrirían camino en su alma, no dejando espacio al miedo, que se quedaría sin argumentos. No sabía cómo lo haría. De todos modos, supuso que no sería tan diferente a su manera de actuar en su trabajo, cuando alguna misión

no salía como se había planeado y había que improvisar sobre la marcha, afrontando los problemas desde otro punto de vista en busca de soluciones, que siempre llegaban debido a su capacidad de reacción. Claro que sí, se trataba de abordar su dolor desde otra perspectiva, tan sencillo y difícil a la vez, porque una cosa era su trabajo y otra muy distinta sus sentimientos. Sólo esperaba que la oportunidad llegara pronto.

Olivia bufó con pesar, limpió el espejo, empañado por la condensación del vapor de la ducha, y se miró la cara. Sin maquillaje, mostraba un cansancio profundo, que no era físico, sino psicológico; tenía que admitir que estaba agotada emocionalmente. Además, notaba a Nick pegado a su piel; sentía sus caricias hormiguear sobre ella, como si una presencia incorpórea la estuviera acariciando delicadamente. Aún le costaba entender la capacidad de fusión mental y física que experimentaba con él, algo que iba mucho más allá de lo racional, sólo al alcance de unos privilegiados. Y era cierto, se sentía una privilegiada, pues ni el tiempo había podido con su amor sincero.

Se puso su pijama de ositos y corazones, su preferido. A pesar de la dureza que mostraba en público, aún había en ella una parte dulce e infantil. Nadie habría dicho que dentro de aquel pijama hubiese una agente secreta de la CIA, capaz de cualquier cosa, a la que no le daba miedo el peligro y que respondía ante cualquier emergencia con frialdad.

Se acostó y, mientras esperaba que el sueño acudiera, pensó que si se hubiera quedado en casa de Nick, sin duda se habría metido en la cama sin pijama para que él tuviera libre acceso a su cuerpo en cualquier momento; igual que ella con él. El mero hecho de imaginar su mano deslizándose por el vientre de Nick hasta alcanzar su pene, le provocaba un ansia sexual que la llevaba a gemir desesperada.

Sonrió con tristeza por lo perdido y se obligó a apagar el fuego de sus pensamientos. Sin embargo, no sólo era el contacto de piel con piel lo que echaba de menos, sino la plenitud de sentirse en el lugar correcto y con la persona correcta. La sensación de bienestar que experimentaba cada célula de su cuerpo cuando estaba con él no podía compararse con nada. Era como alcanzar el cielo en la Tierra, un universo de emociones y sensaciones, una isla secreta en la que solamente existían ellos dos… ¿Tal vez su corazón le estaba hablando en esos momentos? Mucho se temía que sí. Olivia lloró lágrimas secas dentro de su alma. Su amor por él no le cabía en su pecho de lo infinito que era. Y con esos pensamientos se abandonó al sueño,

mientras la niebla la engullía.

Un sonido ligero, como de pasos, la despertó de golpe. Cualquier otra persona no se habría dado cuenta, pero Olivia sí, pues tenía entrenados todos los sentidos; de ellos dependía para salir con bien de sus misiones. Con movimientos lentos y calculados, metió la mano bajo la almohada, donde guardaba una de las varias pistolas que tenía escondidas por la habitación. Si una cosa tenía clara era que nadie la iba a pillar desprevenida, y menos en su casa. Debía proteger a su familia por encima de todo.

Una vez alcanzó el arma, escuchó con atención; no podía encender la luz y tendría que guiarse por sus otros sentidos. Una respiración lenta, y otra, y otra más, y el sonido de pisadas, que, si bien el individuo intentaba disimular, no podían ocultarse al oído ejercitado de Olivia. Todo ello le dio la información necesaria y adivinó el lugar por donde pasaba el intruso. Una vez tuvo la certeza, saltó de la cama y se echó encima de él. Lo redujo en el suelo, mientras los gemidos de dolor del desconocido le indicaban que estaba haciendo bien su trabajo y que el tipo no podía moverse.

—¡Ah, siempre has sido una bruta, me haces daño!

Olivia reconoció la voz al momento.

—¡Peter! —Se acordó de sus padres, que seguramente estarían durmiendo, y susurró—: ¿Se puede saber por qué diablos te metes en mi casa a hurtadillas? —Encendió la luz—. Además, ¿tú no habías ligado en la fiesta?

Su amigo se levantó del suelo, donde estaba tumbado debido al placaje de ella, y miró el portátil que llevaba encima, al que por suerte no le había sucedido nada.

—Eso creía, hasta que se presentó su novio. Mujeres… Me he ido a mi casa tan frustrado que me he puesto a investigar. Por tu culpa me duele todo el cuerpo.

Peter se sacudió en un intento de colocarse el esqueleto en su sitio.

—¿Sabes que te podría haber matado? —Olivia le mostró el arma que llevaba en la mano.

—¿Es así como agarras la polla de Nick? —preguntó él.

A Olivia se le desencajó la mandíbula y abrió los ojos de par en par.

—¡Peter! ¿Quieres que te meta una bala en las pelotas? ¿Desde cuándo hablas así? ¡Soy tu superiora!

El chico hizo ademán de taparse con las manos dicha zona.

—¡Estaba bromeando! Y como sigamos gritando de esta manera

vamos a despertar a tus padres. Si he venido sin avisar ha sido porque tenía que cerciorarme de que no tienes micrófonos.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntármelo? —Esta vez Olivia lo dijo susurrando.

—Sí, pero después de mis descubrimientos tenía prisa, tú también hubieras actuado de la misma forma. No hay tiempo que perder, el asunto es muy serio.

Peter había conseguido captar su atención, lo que hizo que su enfado disminuyera y dejase el arma encima de la mesita de noche.

—No te entiendo.

—Uno de los hombres de confianza del jefe es el que te viene a inspeccionar la casa para rastrear si tienes micrófonos. Pero tranquila, no hay micrófonos.

Peter fue hacia el escritorio y encendió el flexo, mientras Olivia lo seguía con la mirada, observando cada movimiento.

—Y no te fías del jefe, ¿es eso lo que me quieres decir?

Su compañero se había sentado en la silla, levantó la tapa del portátil y procedió a iniciar sesión. Ella se situó detrás de él.

—¡Exacto! —afirmó el chico.

Empezó a teclear tan rápido que apenas se le podían seguir los dedos con la vista.

—¿Qué has descubierto?

—No te va a gustar…

La miró de soslayo.

—¡Habla de una vez!

—No grites… —Peter suspiró con hastío—. Tus padres, pesada.

Ella renegó para sus adentros, pues tenía razón, pero aun así le dio una colleja; él, como estaba acostumbrado, ni se inmutó. Se desplazó ligeramente a un lado para que Olivia viera la pantalla del ordenador.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —preguntó ella—. Ah, ya veo, son muestras de ADN.

Peter señaló con el dedo la pantalla para que se fijara en los resultados, mientras decía:

—Cuando me enteré de que Beth y David eran hermanastros, investigué a los padres de ambos y busqué las partidas de nacimiento. En la de ella figura el nombre del padre, pero en la de él pone que es desconocido. El padre de Beth resulta que era amigo del jefe cuando estudiaban en la universidad, una relación que acabó muy mal, pues los detuvieron durante unas horas por una pelea entre ellos. El motivo de la pelea fue una chica: la madre de Beth y de David. Tuve una

corazonada y, como los del laboratorio me debían un favor, les pedí que me cotejaran el ADN de David con el de nuestro jefe.

Olivia empezó a leer.

—¡Dios mío!

—Eso mismo dije yo cuando me enteré. El padre de David es nada más y nada menos que Harry Kington, nuestro jefe. Y espera, que esto no es todo.

Se sentó bien en la silla y empezó a teclear de nuevo. Después de escasos segundos se volvió a apartar para que su compañera leyera en la pantalla. Ella se llevó una mano a la boca, incapaz de creerse lo que leía. Estaba atónita.

—Al forense encargado de la autopsia de David le han ingresado medio millón de dólares en la cuenta. No puede ser cierto, es… es… —Su voz se quebró.

—Ya sé que cuesta digerirlo, yo tampoco me lo podía creer.

—Eso significa que la autopsia de David es falsa.

—Sí, y no sólo eso, su muerte también lo es.

Olivia no salía de su asombro, la garganta se le quedó seca y tragó saliva para sobreponerse.

—¿Has investigado las cuentas corrientes del médico de la cárcel?

—Sí y no hay nada destacable. Pero he averiguado que hay una sustancia que ralentiza el latido del corazón y puede simular la muerte.

Peter tecleó y, cuando la página se abrió, señaló con el dedo una palabra.

—¿Tetro… qué? —preguntó Olivia, pasmada, incapaz de leer aquella palabra tan extraña.

—Tetrodotoxina, o también TTX en su versión abreviada. Es una sustancia tóxica que se encuentra en el pez globo, pero también en otras especies.

—Vaya, el pez globo… He oído hablar de su veneno; hay que cocinar su carne de una manera especial para hacerlo desaparecer.

—La tetrodotoxina paraliza las extremidades, la respiración se ralentiza y el corazón disminuye su frecuencia, todo ello lleva a un diagnóstico médico equivocado. Por eso el médico que atendió a David en la cárcel lo dio por muerto.

—Entiendo, no le encontraron pulso, ni actividad respiratoria ni cardíaca y supusieron que le había dado un ataque fulminante al corazón. Cualquier facultativo hubiera declarado que estaba muerto, cuando, en realidad, no lo estaba. Aunque tenía entendido que esa

toxina es mortal.

—Sí, y lo es, que yo sepa no hay antídoto. Mi teoría es que una vez lo sacaron de la cárcel, algún médico le hizo un lavado de estómago, lo trataron con carbón activado para desintoxicarlo, entre otras cosas, y lo tuvieron en observación hasta que le pasara el efecto de la toxina.

—Sospecho que habrá sido el mismo forense que ha falsificado la autopsia, todo encaja. De todas maneras, era un plan arriesgado, podría haber muerto de verdad; la TTX es muy peligrosa, y si no lo hubieran atendido a tiempo, no creo que se hubiera salvado.

—David es un loco y los locos hacen locuras.

—Yo diría que es un loco muy listo, que asumió un riesgo calculado con mucha habilidad y le ha salido bien.

—Tienes razón. Deduzco que David consiguió tetrodotoxina a través de su padre. Harry lo ha ayudado desde siempre, o eso creo yo.

—Pero el jefe siempre ha sido un hombre ejemplar, alguien de quien fiarse.

—En nuestro mundo nadie está libre de sospecha. —Peter volvió a teclear—. Espera, que tengo que enseñarte algo más. He entrado en el ordenador de la cárcel donde está David y he visto que Beth lo ha visitado varias veces. Las cámaras de seguridad han grabado esos encuentros.

Olivia miró las grabaciones.

—¿Has hecho analizar las imágenes por alguien que sepa leer los labios?

—Sí, y no he sacado nada en claro. Son listos, han creado una especie de código que sólo ellos conocen. Pero he averiguado otra cosa: Beth está locamente enamorada de su hermanastro. Su lenguaje corporal no lo deja del todo claro en estas grabaciones, pues ambos se han esmerado mucho en esconder sus sentimientos frente a la cámara, no obstante, hay detalles que me han hecho sospechar. Ya verás… — Avanzó las imágenes con rapidez y se detuvo en un punto.

—Supongo que sabían que los grababan, Harry los debió de avisar, pero aun así a Beth le cuesta disimular. Mira… —dijo Olivia señalando con el dedo a la joven en la grabación—. Fíjate en cómo observa a David, en sus ojos hay algo más que amor de hermana.

Su colega asintió.

—Tú también lo has visto a la primera. Cuando he encontrado estas imágenes, he investigado más sobre ella. En un momento de su adolescencia desapareció sin dejar rastro, era como si la tierra se la hubiera tragado. Pero no fue así, se cambió de nombre porque estuvo

ingresada en un sanatorio. Parece ser que su madre la metió allí con otro nombre y otro apellido, pues se avergonzaba de ella. En el sanatorio, y con autorización materna, dado que Beth era menor de edad, le practicaron un aborto. Supongo que el padre era David. El informe del psiquiatra apunta a que la hermana estaba obsesionada con él. Su madre, desesperada, intentó terminar con aquella relación tan impropia, pero la hija la agredió como venganza, por eso estaba fichada.

—¿Y hay alguna manera de encontrar a la madre de Beth y David?

—Ése es el problema, que desapareció de la noche a la mañana. Entonces David se convirtió en el tutor legar de Beth y la sacó del sanatorio. A partir de entonces, ella volvió a recuperar su nombre, pero solía cambiarse de apellido de vez en cuando, a fin de que nadie descubriera su parentesco con David y pudieran vivir juntos como pareja.

—Él debió de asesinar a la madre para poder sacar a su hermanastra del sanatorio.

—El problema es Harry. Esto me da muy mala espina, porque supongo que tiene conocimiento de todo esto. No entiendo cómo nadie nunca ha investigado nada, ni tampoco han denunciado la desaparición de la madre de Beth y David.

—Muy fácil, si alguien alguna vez puso una denuncia, Harry la hizo desaparecer, igual que todas las denuncias relacionadas con su hijo; sabe cómo hacerlo sin levantar sospechas. Por eso David ha podido matar impunemente durante años.

Olivia conocía a Harry más de lo que éste creía. Una de las aptitudes de su jefe era su capacidad de organización, que le servía para controlar cualquier asunto, así que le habría sido fácil hacer desaparecer pruebas y nombres. Tal como él decía, siempre había que ir un paso por delante de los demás y Harry era un artista en eso.

—Pero Harry no contaba con una cosa… —reflexionó Peter.

—¿Cuál?

—Que las mentiras son como un fuego que se prende a escondidas, el humo siempre las delata.

Cierto, la maldad siempre dejaba un rastro que tarde o temprano salía a la luz, aunque se hubiese removido cielo y tierra para esconder las pruebas. Olivia se sentó en la cama, se había quedado fría de la impresión y cogió el edredón para envolverse con él. A pesar de que en su oficio había visto de todo y a todo tipo de desalmados sin escrúpulos, que Harry entrara en esa categoría, su propio jefe, quien le

enseñó a ser una buena agente y le dio consejos que ella había seguido al pie de la letra, la dejaba totalmente desarmada y desubicada. Tardó un buen rato en asimilar toda la información y en su cabeza varias ideas empezaron a tomar forma.

Peter se acercó y se sentó a su lado. Olivia lo miró y en sus ojos grises pudo ver lo que pensaba.

—Por cómo me miras, creo que estás pensando lo mismo que yo —dijo ella.

—No hace falta ser muy listo para llegar a una conclusión.

—¡Nick está en peligro!

* * *

Entretanto, lejos de la habitación de Olivia, Nick estaba practicando su deporte favorito: la halterofilia. Agarraba la barra con fuerza y la levantaba una y otra vez. Estaba sudado y agotado, pero aun así la adrenalina de su cuerpo lo empujaba a levantar las pesas, descargando su rabia en el esfuerzo. Sin embargo, eso no era suficiente. Luna se había adueñado de su mente y ni parpadeando varias veces conseguía borrar la imagen de ella una década atrás, cuando le exigió egoístamente que escogiera entre él y su trabajo. Esa imagen lo perseguía. La tenía tatuada en el alma, en la mente, en su corazón.

Colocó más peso en los extremos de la barra de acero. Nunca había puesto tanto, pero esta vez su necesidad de cansarse era grande; quería ver si de esa manera conseguía dejar de pensar, caer extenuado en su cama y dormir hasta hartarse. Antes de eso, le dejaría un mensaje a su secretaria avisándola de que no acudiría a la oficina. Y cuando se levantara, despacharía lo más urgente desde casa y después llamaría a Luna para invitarla a cenar. Intentaría que no fuera una velada romántica, porque ella había dejado claro que no quería romanticismo de ninguna clase, que sólo deseaba sexo.

¿Qué pasaría cuando se cansara de él, de sus caricias, de sus besos? Tendría que encontrar la manera de que eso no ocurriera para retenerla a su lado; y quizá, con el tiempo, pudieran llegar a algo más. De momento tenía que convertirse en su mejor amigo. Se esforzaría por comprenderla e intentaría aprender cosas sobre su trabajo. Por culpa de su egoísmo y de su miedo habían perdido diez años de su vida. Desde luego, no perderían ninguno más.

Continuó con su ejercicio. No había sido buena idea incrementar el

peso, pues casi no podía con los kilos añadidos. No obstante, agarró con determinación la barra y consiguió alzarla. Una vez. Dos veces. Y una tercera. Cuando iba por la cuarta, notó una presencia en el gimnasio. Dejó la pesa, se volvió… y su corazón se detuvo. Se encogió por la sorpresa.

De pronto, oyó cómo las trompetas de la muerte tocaban para él. Era noche de abismos y sufrimientos.

CAPÍTULO 12

David Campbell y Beth Carrington estaban en el gimnasio de Nick. Al principio, él pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada, luego que se trataba de un fantasma y después que en realidad David no estaba muerto, sino vivo, tan vivo como él mismo. Eso le llevó a preguntarse cómo habrían entrado sin que sus guardias de seguridad y los perros se dieran cuenta. Increíble.

Su exsocio lo miraba sin sonreír, con una expresión de odio en la cara. Tenía el cabello rubio pajizo salpicado de canas, y una fría mirada azul de esas que sacuden las entrañas y obligan a poner tierra de por medio. Sin embargo, Nick se forzó a quedarse quieto, a no mostrar ninguna emoción a fin de no darle pistas de nada. En aquel momento se arrepintió de haberse machacado físicamente, pues para una pelea cuerpo a cuerpo no estaba en las mejores condiciones.

—Por fin nos vemos las caras después de mucho tiempo —dijo David e hizo una pausa—. Eras mi mejor amigo y tenía ganas de volver a verte. —Dijo esto último con ironía.

Nick sonrió, en realidad entendía que lo odiara. De hecho, no lo culpaba, ya que él había sido el causante de que lo metieran en la cárcel, privándolo de su libertad y del jugoso negocio que representaba la industria de Cher. Pero no le pesaba en la conciencia, jamás le pesaría. Siempre supo que había hecho lo correcto, pues David era el responsable de la muerte de muchas mujeres. Nada podía justificar que disfrutase torturando y asesinando.

A pesar de tener la certeza de que lo asesinaría a sangre fría como venganza, Nick seguía pensando que había hecho lo correcto y nunca se arrepentiría de haberlo llevado ante la justicia. Eso no era suficiente consuelo para los familiares de las víctimas, pero era todo lo que él podía hacer.

Ahora sabía que tenía los minutos contados, sin embargo, no iba a pedir clemencia ni compasión, pues hacerlo significaba alimentar el

ego maligno de David. Pese a todo, empezó a meditar una salida, lucharía por una oportunidad de salvarse. Miró a su alrededor disimuladamente en busca de algo que le sirviera de arma, cualquier cosa que lo ayudara. No sólo tenía que reducir a David, sino a Beth, que lo estaba apuntando con una pistola.

—Si tienes pensado vengarte matándome —dijo Nick, resignado a su suerte—, te aconsejo que lo hagas ya. No pierdas el tiempo.

Sabía que no era prudente provocarlo, pero no moriría como un cobarde. Además, sospechaba que su otrora socio le tenía reservado un final doloroso que él quería evitar a toda costa; mejor una muerte rápida, lo prefería así.

Pero David no era tonto y adivinó sus intenciones.

—Oh, eso te gustaría —dijo, sacando un puñal que llevaba en la cazadora marrón, y cuya afilada hoja le mostró con actitud intimidante—. Pero no me divertiría. Entiéndeme, es personal.

Las palabras de David se enroscaron alrededor del cuello de Nick como la soga que ahorca al sentenciado a muerte. De hecho, no le sorprendía la mente retorcida de David, aunque albergaba una pequeña esperanza de que quisiera matarlo con rapidez. Se le ocurrió entonces reírse con ironía, lo que provocó que Beth se acercara a él y lo golpeara con la culata de la pistola.

—¡Estúpido! —gritó ella.

David la detuvo.

—Beth, cálmate, cariño… No querrás romper el juguete antes de estrenarlo —añadió con una sonrisa.

David hablaba despacio, disfrutaba creando una atmósfera expectante, bien podría decirse que lo había convertido en un arte.

—Si creéis que podéis salir de aquí sin levantar sospechas, lo tenéis un poco crudo —les espetó Nick, agarrándose a la esperanza que le daba saber que tenía un pequeño ejército velando por su seguridad.

David no quiso contestar de inmediato, de nuevo dominaba el tempo de las respuestas. Posó la punta del puñal en el cuello de Nick, que se mantuvo inmóvil, pues sabía que cualquier mal movimiento podría producirle una herida, quizá mortal, cosa que él deseaba para acabar con aquello de una vez por todas. Con todo, David no era estúpido; su mirada fría le advertía que controlaba el cuchillo.

—¿Lo dices por tus guardias de seguridad? —Rio sin humor, con una risa sarcástica—. Está todo controlado.

Presionó un poco el puñal y enseguida un hilo de sangre se deslizó hacia la clavícula de Nick. Beth sonreía, el olor y el color a sangre

hizo que sus pupilas se agrandaran de impaciencia; todo en ella hablaba de ansia y nerviosismo ante la perspectiva de causar dolor. Con la yema del dedo índice recogió una gota y la chupó. Nick sintió asco de aquella mujer.

—Cocinar no es mi única virtud —dijo ella en tono burlesco—. Tengo otras habilidades, pronto las descubrirás.

Nick no lo entendió en un primer momento, pero pronto la intuición y la lógica se impusieron: Beth ayudaba a David a torturar a sus víctimas. No sólo había un asesino psicópata, eran dos.

Le ataron las manos a la espalda con una cuerda, tan fuerte que la sangre dejó de circular por esa parte. También le amarraron los tobillos, dejando un poco de cuerda suelta para que pudiera caminar medio en condiciones, y a continuación le taparon la boca con cinta aislante. Luego David obligó a su exsocio a caminar. Por su parte, Beth seguía sosteniendo el arma, que mantenía muy pegada al cuerpo de Nick.

Éste, de camino a la salida, maquinó la manera de liberarse, pero no se le ocurrió nada, lo habían atado demasiado bien. Definitivamente, escaparse iba a ser imposible.

A base de empujones lo sacaron de su hogar. Cuando Nick vio un todoterreno con los cristales tintados, que recordaba haberle visto al jefe de Luna, sintió una débil esperanza. No obstante, ésta quedó en nada, pues Harry Kington salió del automóvil y no hizo amago de querer ayudarlo, sino todo lo contrario. Nick quedó paralizado al ver que ese hombre, que había prometido proteger a los ciudadanos de su país, en realidad estaba haciendo lo contrario. Tuvo que tragar saliva para no vomitar de la repulsión que de pronto sintió.

Un buen empujón lo sacó de sus cavilaciones. De no ser porque llevaba la boca tapada con cinta aislante, habría insultado a Harry. Si hasta entonces aún no podía entender que David hubiese podido engañar a la sociedad sin que nadie sospechara nunca que bajo su apariencia de normalidad se escondía un asesino psicópata, menos comprendía que Harry, un agente de la ley, con todas las garantías de que era adecuado para su trabajo, ya que así lo había demostrado en infinidades de ocasiones, fuera cómplice de David y de Beth. Dedujo que estos dos asesinaban a sus anchas con la inmunidad que les proporcionaba Harry como agente importante dentro de la CIA. ¡Maldita fuera! ¡Y malditas también fueran las cuerdas!, porque sus ansias de golpearlos crecían a pasos agigantados.

No salía de su asombro. La rabia hizo que intentara soltarse

desesperadamente y movió con fuerza las muñecas con la esperanza de aflojar los nudos. Pero no pudo, seguían estando bien fuertes y el dolor hizo mella en sus intenciones, dado que tenía las manos dormidas, debido a que la sangre no circulaba por ellas.

Harry abrió el maletero y, con un fuerte empellón, David metió dentro a Nick, que se dio un golpe en el hombro, dislocándoselo. Un espasmo de dolor lo atravesó y se tuvo que tragar un grito, amordazado como estaba con la cinta aislante. David no perdió la oportunidad y, acercándose, le dijo al oído:

—Te aseguro que el dolor de tu hombro no será nada comparado con lo que Beth y yo vamos a hacerte.

La puerta del maletero se cerró y Nick quedó sumido en una profunda oscuridad. Supo que nunca más vería un amanecer y esa certeza no lo llenó de miedo ni desesperación, pues sólo pensaba en Luna y los recuerdos pasaron por su cabeza como si fueran una película. Para ella sería su último aliento y su último pensamiento. Sólo ella era dueña de la poca vida que le quedaba. Si la fragancia de la plenitud tuviera nombre, ése sería Luna.

Y con esa fragancia se iría.

* * *

Peter y Olivia aún estaban en la habitación de ella, anonadados por los últimos acontecimientos. Eran conscientes de la gravedad de la situación, pero sobre todo del peligro que corría Nick, por tanto, tenían que actuar rápido. También tenían que denunciar a Harry Kington a sus superiores, aunque eso llevaría días. No podían acusar a un alto cargo sin más; seguramente muchos intentarían tapar el caso a fin de no desprestigiar a la CIA. De modo que decidieron actuar por su cuenta, pues era lo único que podría salvar a Nick.

Olivia se levantó de la cama y salió de la habitación, prácticamente corriendo por el pasillo.

—¡Tengo el coche en la entrada! —gritó Peter, siguiéndola.

—¿Has venido en coche? Pero si no te gusta conducir.

—Ya lo sé, pero la ocasión lo merecía, necesitaba hablar contigo con urgencia. Y no se te ocurra hacerle ni un arañazo, que es de mi vecino. Si le pasa algo a su novia de cuatro ruedas, me mata.

—¡Dame las llaves! —gritó Olivia, mientras salían de la casa casi volando. Él le tiró el llavero y ella lo atrapó al vuelo—. ¡Llama a Nick!

—Pero ¿qué es este jaleo? —La madre de Olivia, alertada por el

barullo, había salido de su habitación—. ¿Y qué hace Peter aquí? ¿En qué lío os habéis metido?

Olivia se paró en los escalones de la entrada y miró a su madre.

—Mamá, tengo mucha prisa, te prometo que luego te lo explico. Te quiero muchísimo, y no te preocupes por nosotros, vete a descansar.

Le lanzó un beso y la mujer sonrió como hacía tiempo que no lo hacía, incluso pareció rejuvenecer como por arte de magia.

—Nick no contesta al móvil —informó Peter, mientras ella abría las puertas del vehículo.

—¡Tenemos que darnos prisa antes de que sea demasiado tarde!

Subieron al coche y Olivia empezó a conducir a toda velocidad. Iba descalza, con su pijama de ositos y corazones; era tal el nerviosismo que sentía, que no se había dado cuenta. El sentimiento de culpa empezó a acuchillarla con fuerza, porque si se hubiera quedado a dormir en su casa, Nick habría estado protegido. Ahora, tal vez llegaran tarde y lo hubiesen asesinado. Tendría que haber sido más lista. Sabía que su jefe escondía algo, por tanto, debería haberse anticipado aún más de lo que lo había hecho. Ya no se trataba de ir un paso por delante, sino por lo menos cinco.

Peter se dio cuenta de su tormento y supo que si no hacía algo para calmarla acabarían estrellándose.

—Detén el coche —ordenó, utilizando un tono que no admitía replica. Sabía que debía tomar el control antes de que fuera demasiado tarde.

Ella lo miró de soslayo un instante, sin hacerle caso.

Peter cogió el volante y lo giró levemente para que el auto saliera de la carretera y se dirigiera al arcén.

—¡Frena de una puta vez! —exigió.

A Olivia no le quedó más remedio.

—¡¿Por qué has hecho eso?!—gritó luego, ofuscada.

—Porque si sigues conduciendo de esta manera nos vamos a estrellar. Y ya sabes que lo mío son los ordenadores, no conducir. ¡Así que respira hondo y cálmate antes de continuar!

—¡Cada segundo es vital! —se desesperó ella, haciendo amago de iniciar de nuevo la conducción. Sin embargo, la mano de su compañero impidiendo la maniobra la obligó a detenerse.

Como Peter intuyó que no cejaría en su empeño, quitó las llaves del vehículo con un gesto rápido; más valía prevenir.

—Por eso mismo hay que aprovechar cada segundo —dijo—, pero con la cabeza. A Nick no le serviremos de mucho si nos matamos antes

de llegar a su casa, ¿no crees? Y yo, además de vivir, también quiero devolver el coche entero, no a trozos.

Sus quejas, un tanto irónicas, parecieron penetrar en la mente de Olivia y sirvieron para que se calmara, al menos un poco, aunque la inquietud de que todo saliera mal seguía flotando en el ambiente y se agarraba a sus pieles como un parásito con ganas de chuparles hasta la última gota de sangre.

Resopló desalentada, con los nervios crispados. Hacía apenas unas horas todo estaba bien, y en cambio, en aquellos instantes, la vida parecía haberse dado la vuelta como un calcetín.

—Tienes razón —reconoció, cuando algo de luz pareció penetrar en su mente.

Dejó caer la cabeza sobre el volante y el temblor de sus hombros le dio a entender a Peter que estaba llorando; si bien lo hacía silenciosamente. Él le acarició la espalda a modo de consuelo.

Olivia siempre era la personificación del autocontrol, aunque los acontecimientos externos fueran de una gravedad sobrecogedora, nunca perdía su talante profesional. Por eso ahora él no salía de su asombro, pues nunca la había visto tan derrumbada como lo estaba en aquellos momentos. Pero era humana, no se le podía recriminar nada.

—Nunca te había visto así, pero te entiendo —dijo—. Sé lo tuyo con Nick. Lo investigué, ya me conoces… tengo que saberlo todo. Además, aunque no lo hubiera investigado, no hace falta tener un máster para deducirlo.

Olivia levantó la cabeza, se secó las lágrimas con manos temblorosas y notó que le dolía el estómago, pues lo tenía encogido de pánico.

—Lo amo —confesó llanamente.

—Por eso mismo debes conducir con la cabeza fría, tenemos que salvarlo para que tú misma se lo digas.

Ella asintió y él le devolvió las llaves. No tardaron en retomar la marcha. Si bien lo hicieron a la misma velocidad que antes, la conducción era más segura y la Olivia de siempre, esa que era buena en todo y más, guio el coche con habilidad y determinación, primero por la autopista y después por las húmedas calles de Washington.

Mientras se adentraban en la avenida Massachusetts, Peter, que no paraba de darle vueltas al asunto, dijo:

—Estoy pensando que tiene mucho sentido que el jefe te escogiese a ti para la misión.

—¿Por?

—Porque , en condiciones normales, no te habría puesto como guardaespaldas de un ex, sin embargo, lo hizo pensando que no harías bien tu trabajo.

—Sí, eso mismo pienso yo, y reconozco que me duele. Porque me conoce y sabe que nunca desfallezco, él me enseñó a no hacerlo. Pero lo peor de todo es que Harry seguramente sabía de la afición de su hijo por matar mujeres y se las arregló para que nadie investigara. Hasta que, por suerte, la familia de una de las víctimas insistió en que se investigara el caso y alguien empezó a tirar del hilo de una madeja muy revuelta.

—Sea como sea, va a tener que darnos muchas respuestas.

—Primero hay que encontrar a Nick, después Harry Kington tendrá que asumir sus actos.

Se estaban acercando a la mansión de Nick y desde lejos vieron las luces encendidas del jardín. Aquello tranquilizó a Olivia, pues cuando empezó con la misión se había preocupado de que el jardín estuviese iluminado por completo, a fin de no dejar zonas oscuras. En caso de que alguien hubiera querido entrar sigilosamente, el equipo de seguridad de Nick lo habría visto de inmediato.

Llegaron a la casa y, nada más salir del vehículo, fueron a hablar con los de seguridad. Éstos, en un primer momento, se negaron a darles ningún tipo de información, y se limitaron a mirarlos a los dos como si estuvieran un poco idos, algo comprensible, dados el pijama de Olivia y el conjunto chillón de Peter. No obstante, el carácter autoritario de ella y alguna que otra amenaza los hizo recapacitar. Les dijeron que era imposible que nadie hubiera entrado, porque los perros no habían ladrado en ningún momento y las alarmas de los sistemas de seguridad no habían sonado. No obstante, uno de los guardias añadió:

—Cuando he relevado a mi compañero, hace unos diez minutos, me ha contado que Harry Kington había estado aquí. Se ha extrañado por la hora, pero Kington le ha dicho que tenía que hablar urgentemente con Nick.

A Olivia el corazón se le salía por la boca. La lengua se le había quedado paralizada y no podía hablar.

—¿Sabes si Harry iba acompañado? —preguntó Peter, al darse cuenta de que ella no estaba bien.

—Mi compañero no ha dicho nada de eso —contestó el otro, encogiéndose de hombros.

—Aunque hubiera ido acompañado —puntualizó Peter—, habría

sido lo bastante listo como para venir en un coche con vidrios tintados, con lo cual Beth y David podían haber pasado desapercibidos.

Olivia asintió y pensó que tenía que calmarse. De pronto, apareció otro guardia informando de que había encontrado a los perros muertos. Era evidente que los habían matado para que no alertaran con sus ladridos, ya que estaban entrenados para eso. Olivia sintió pena por ellos, ya que muchas veces solía trabajar con perros y los tenía en gran aprecio.

Sin perder un minuto más entraron en la mansión, acompañados por los guardias de seguridad. Juntos se encargaron de registrarlo todo en busca de Nick, pero no encontraron nada. No estaba allí.

Olivia no podía creérselo, estaba abatida. Casi por inercia fue hasta la habitación de Nick y Peter la siguió.

—No hemos llegado a tiempo —dijo, mirando a su compañero.

Se sentó en la cama y empezó a balancearse adelante y atrás, con la mente perdida y el corazón desolado. A Peter le dolía verla así. El dolor que se reflejaba en su mirada, y su desconcierto por no saber qué hacer, qué decisiones tomar, lo conmovían hasta la médula. No le quedaba otra que tomar el mando, o al menos intentar que Olivia no se derrumbara más de lo que ya lo estaba. Su objetivo seguía siendo el mismo: encontrar a Nick con vida.

Así pues, no dudó en acercarse a ella y la abrazó como un buen amigo. Su compañera no pudo con la tensión acumulada y empezó a sollozar sobre su hombro.

Hubo un tiempo, cuando Peter era casi un crío y pensaba en sus padres, en que a veces se hundía como Olivia y ella siempre estuvo a su lado, arropándolo con palabras y con su presencia. De modo que en ese momento dejó que desahogara su pena sobre su hombro; le acarició el pelo, le susurró que no desesperara, casi la mecía como a un bebé.

Tuvieron que pasar algunos minutos para que ella se recompusiera y dejara de llorar. Asintió con la cabeza, bufó penosamente y, todavía impresionada por todo lo acontecido en las últimas horas, miró por la ventana los primeros rayos del nuevo día, sin prestar atención. El cielo tenía los colores del invierno y un grupo de esponjosas nubes viajaban rápidas, empujadas por un fuerte viento que empezaba a soplar. Volvió a llorar.

—Si le ha pasado algo no me lo voy a perdonar —dijo en un tono desgarrador—. Dios mío… Estoy tan asustada por no saber si está vivo

o muerto, que apenas puedo respirar ni pensar ni actuar con lógica. Me siento perdida. He tenido que pasar por todo esto para darme cuenta de que no soy tan fuerte.

—Todos tenemos un miedo atroz a algo —respondió Peter—, pero sólo hay una manera de luchar contra ese miedo…

—¿Cuál? —preguntó ella, secándose las lágrimas con la manga del pijama.

—Enfrentarse a él.

Olivia meditó sus palabras, entendía lo que quería decir.

—Sí, plantarle cara y no dejar que gobierne nuestros actos. Tengo que dejar de huir de la bestia que me persigue, me tengo que detener y luchar contra ella; a manos desnudas si es preciso.

—Entonces, si lo tienes claro, regresa, lucha…

Olivia respiró hondo y expulsó el aire en una bocanada larga y sonora. Luchar. Era lo que tenía que hacer, porque si no luchaba contra sus miedos, estaba sentenciando a Nick a una muerte lenta y dolorosa. Así que la Olivia de siempre debía regresar. Sólo salvándose a sí misma lo salvaría a él, eso lo tenía claro.

—Si te sirve de consuelo —empezó a decir su compañero—, yo tampoco me podía imaginar que nuestro jefe fuera cómplice de tantos asesinatos. Aún me estoy recuperando del impacto.

—Y lo peor de todo es que ha hecho cosas muy buenas, gracias a él muchos asesinos y gente sin escrúpulos están en la cárcel. —Su voz estaba impregnada de tristeza. Harry había sido un puntal muy importante en su vida, alguien a quien imitar—. Por mucho que David sea su hijo, eso no le da derecho a actuar como lo ha hecho: traicionando su juramento como defensor de la justicia y condenando a muchas mujeres a una muerte horrible en vez de protegerlas, tal como haría un buen agente de la CIA. —Hizo una pausa y suspiró desconsolada—. Y ahora a esos crímenes se les sumará el de Nick…

—No si podemos evitarlo.

Olivia apoyó la cabeza en su hombro.

—Siento hacerte pasar por esto —musitó—. Nos enseñan a lidiar contra cualquier cosa, pero se olvidan de que no somos robots, sino seres humanos que también sentimos. Sé que tengo que luchar contra mis miedos y renacer como el ave Fénix, para salvar a Nick; mientras hay vida hay esperanza, dicen. Y yo lo amo tanto que siento que está vivo, porque si estuviera muerto lo habría notado.

—¿No crees que eso se lo tendrías que decir a él cuando lo encontremos?

Olivia levantó la vista y lo miró resignada.

—Será como buscar una aguja en un pajar. Podría estar en cualquier parte, tal vez se lo han llevado lejos.

—Tú nunca has dado una batalla por perdida. Y ahora tampoco. Todo esto pasará. ¿Qué te parece si el próximo fin de semana os invito a ti y a Nick a cenar en mi casa?

—Por favor, que no sea pizza congelada.

Ambos rieron, pues ella sabía que la cocina del apartamento de su compañero estaba aún por estrenar. Sólo utilizaba el microondas para descongelar porciones de pizza. Ese momento divertido le sirvió a Olivia para recuperarse. Respiró hondo y se levantó, su expresión pensativa daba fe de que estaba meditando sobre algo. Alzó el dedo índice y, mirando a Peter, dijo:

—No me voy a dar por vencida, sé que no todo está perdido… Nick todavía está vivo.

Peter suspiró aliviado.

—Harry es la clave para que David no se salga con la suya —aseguró.

—¡Exacto! La CIA no moverá un dedo hasta investigar el caso a fondo y, cuando ese ocurra y se den cuenta de que Harry es cómplice, Nick estará bajo tierra.

—Sólo queda hacer una cosa…

Olivia torció la boca y entrecerró los ojos, sabía muy bien lo que Peter quería decir.

—Tenemos que encontrar a Harry y hacerle confesar dónde tienen a Nick —concluyó Olivia.

—¿Tú crees que lo hará?

—No lo sé.

La tortura solía soltar lenguas con facilidad; ella siempre había estado en contra de tales prácticas, y más de una vez había denunciado a compañeros por usar métodos inhumanos. Sin embargo, en aquel instante en que la vida de Nick estaba en juego, recurriría a lo que fuera con tal de salvarlo. Dijo:

—Supongo que no nos dirá nada, pero si no lo hace lo obligaré como sea.

Cuando se disponía a salir de la habitación, se vio reflejada en un espejo con el pijama y se sintió ridícula. Se acordó de que todavía tenía su mochila con sus cosas en la casa y fue a buscarla. Se cambió en un abrir y cerrar de ojos y Peter y ella emprendieron camino hacia casa de Harry.

Las próximas horas serían definitivas.

CAPÍTULO 13

A Nick le dolía todo el cuerpo. Nada más llegar allí, lo habían obligado a subirse a un cajón de madera, de no más de dos palmos de alto y lo habían esposado con unas abrazaderas sujetas a unas cadenas gruesas, que a su vez colgaban de una viga de hierro oxidada. Luego lo habían dejado solo. La atmósfera era pestilente y asfixiante y oteó todo lo que pudo abarcar con la mirada. Se dio cuenta de que estaba en una especie de sótano; el lugar era grande y sin muebles. Las paredes estaban cubiertas por manchas de humedad y había una sola ventana de dimensiones reducidas enfrente de él, que mostraba en esos momentos un nuevo amanecer. Supuso que detrás estaría la puerta, ya que miró a un lado y a otro y no vio ninguna entrada. Con horror, vislumbró una mesa a su izquierda, a un par de metros, cubierta con una tela blanca sobre la que había dispuestos ordenadamente todo tipo de instrumentos de tortura. A pesar del polvo que cubría el suelo, las humedades, la peste a urinarios sucios y las vigas oxidadas, aquellos utensilios plateados brillaban como si hubieran sido lustrados para la ocasión. En las próximas horas viviría la misma pesadilla que padecieron las víctimas de aquel par de locos. Se imaginó cubierto de sangre, con la carne desgarrada. Gritando. Cerrando y abriendo los ojos. Y dolor. Mucho dolor.

Llevado por la desesperación, quiso soltarse y movió las manos, tiró de las cadenas una vez, el repiqueteo resonó en las paredes desnudas. Lo intentó una segunda, pero sólo logró hacerse daño. A su espalda, el ruido de una puerta vieja, cuyas bisagras necesitaban un engrasado, lo alertó de que alguien se acercaba. Calculó que eran dos personas, gracias al ruido de sus pasos... y contuvo el aliento.

Eran Beth y David. Se pusieron delante de él. En sus caras había fascinación y algo que Nick no logró descifrar, una especie de éxtasis loco, pues sus pupilas brillaban en exceso y tenían la respiración agitada. Nick supo que la adrenalina se había adueñado del cuerpo y

la mente de aquellos salvajes; casi podía oír el latido de sus corazones interpretando la melodía de la muerte. Estaban excitados ante la sesión de tortura que seguramente iba a empezar de inmediato.

David dio un paso adelante y, tras darle una patada al cajón de madera, se echó a reír como un loco y Beth lo acompañó con su risa estridente. Nick quedó suspendido en el aire, el primer dolor fue seco y tirante en el interior de las muñecas, como un latigazo. Notó cómo se le cortaba la circulación y cerró los ojos en busca de calma, en un intento de que dejaran de dolerle, pero nada servía. Tenía los párpados cerrados, pero aun así notó que David se había puesto a su espalda. Éste le dio un puntapié en el muslo y Nick empezó a balancearse, mientras un ligero mareo lo invadía. Beth se acercó y le hizo lo mismo.

Él se obligó a tragarse el sufrimiento. Abrió los ojos. A pesar del frío, el sudor le bajaba por la frente. Le costaba respirar y tuvo la sensación de que el aire no podía entrar en sus pulmones debido al persistente padecimiento que lo embargaba mientras seguía balanceándose como si fuera un recién ahorcado.

Después Beth sacó el móvil de su bolsillo y dijo:

—¿Empezamos?

David se acercó a ella y la besó con pasión. Nick sintió náuseas, pues sabía que eran hermanos por parte de madre. Poco después, su exsocio se dirigió a la mesa donde tenía sus brillantes y amenazadores instrumentos. Acarició lo que parecía un cuchillo. Sin embargo, escogió otro, uno de hoja fina y puntiagudo. Luego se acercó a Nick y le comentó:

—Los escalpelos son muy interesantes. —Alzó el instrumento y le acarició la mejilla; la hoja estaba tan afilada que con sólo rozarlo le hizo un corte, del que salió un pequeño hilo de sangre—. Entre todos mis juguetes, el que más me gusta es el escalpelo. Se utiliza en disecciones, vivisecciones y autopsias.

Nick tenía sus ojos azules fijos en la mandíbula de su verdugo, que se abría y cerraba a cada palabra con la parsimonia del déspota que disfruta anunciando sus maquiavélicos deseos.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó con un nudo en la garganta.

David y Beth rieron a unísono mientras Nick los miraba. No podía negar que sentía pánico; de todos modos, ocultó su temor ante ambos. Bien sabía que su crueldad se alimentaba precisamente del terror que les causaban a sus víctimas. David y Beth eran una alimaña y una sabandija, dos almas gemelas de la crueldad, con manos de asesinos.

Sus corazones bombeaban veneno en vez de sangre, pues sus mentes perturbadas sólo sabían barruntar maldad.

—Prefiero que sea una sorpresa —contestó David—, pero pensándolo mejor… contigo voy a hacer una excepción, nuestra antigua amistad merece cierta consideración, ¿no crees? —ironizó con un deje macabro en la voz—. ¿Has visto alguna vez un escalpelo separando la carne del hueso, por ejemplo, del cúbito, la tibia o el peroné? Se requiere un pulso firme y mucho temple, para disfrutar de los gritos de la víctima.

—¡Estás loco! —gritó Nick, intentando desesperadamente escapar de la tortura que le habían preparado. Tiró de las cadenas, pero ningún esfuerzo conseguía su objetivo… Estaba perdido.

David esbozó una sonrisa cruel, acompañada por el brillo enajenado de su mirada. «Loco» se le quedaba pequeño, tanto su demencia como la de Beth tenía más que ver con los sentimientos destructivos que albergaba en su interior el mismísimo Satanás.

—Y no dejes de grabar —le ordenó David a Beth, con un tono tan cortante como el del instrumento que llevaba en la mano—. Luego quiero recrearme bien. Va a ser mi obra maestra.

Miró a Nick con ojos maliciosos y éste supo que su tormento sería largo. Sólo esperaba poder soportarlo, que la muerte tuviera compasión de él y llegara rápida, como un sueño sin dolor. Cerró los ojos y pensó en Luna. Y, sin darse cuenta, sus labios empezaron a pronunciar su nombre repetidamente, como si de un mantra se tratara. En sus brazos encontraría la paz.

* * *

Hacía viento, un viento frío que congelaba hasta las ideas. Las ráfagas provocaban que, de vez en cuando, el coche se sacudiera y Olivia se viera obligada a agarrar el volante con fuerza para no salirse de la carretera. Llegaron a la casa de Harry, una edificación bastante nueva, fuera del casco urbano, donde la vegetación perenne, que no se asustaba del frío ni del calor, estaba presente aquí y allá.

Aunque era una zona residencial, no era para personas ricas. Harry nunca utilizó su puesto para enriquecerse, al contrario, detestaba esas actitudes tan poco morales. Por eso Olivia no entendía cómo encubrir asesinatos no le repugnaba. Vale, David era su hijo. Un hijo que él había mantenido en secreto. Eso revelaba mucho, por ejemplo, que sabía de su mente retorcida, de sus asesinatos y de muchas otras cosas

que saldrían a la luz. También tendría que dar explicaciones de los hilos que había tenido que mover, o a quién sobornó —o a quiénes— para que investigaciones policiales no llegaran a buen puerto y quedaran encerradas en un cajón.

Si bien Olivia intentaba agarrarse a la indiferencia por si las cosas salían mal, la tarea le resultaba difícil. Y más aún cuando pensaba que todo lo que era se lo debía precisamente a su jefe, una persona que parecía tener demasiados secretos. Nunca imaginó encontrarse en esa tesitura, pero tenía que mantener la mente despejada, nada de dudas, porque la vida de Nick dependía de ello, así que concentró todos sus sentidos en borrar los sentimientos agradables que recordaba de Harry.

Por un instante cruzó por su mente la idea de que a esas horas Nick ya estuviera muerto. Pero se negó a que eso se aposentara en su interior. Su corazón le decía que estaba vivo y ella le haría caso a él, no a sus miedos. ¿No se decía que había almas que estaban unidas por un hilo invisible? Olivia se sentía unida a Nick de esa manera; siempre lo habían estado, incluso en los años en que estuvieron separados. Lo percibía dentro de su cuerpo como si fuera lo más normal del mundo. Nunca la atrajo ningún otro hombre; cuando estudiaba, lo que más abundaba en la academia eran hombres, pero ella no se mostró receptiva a sus avances, aunque debido a su manera tan masculina de vestir y de comportarse, muy pocos lo habían intentado. Así que si Nick estuviera muerto notaría cómo ese hilo invisible se rompía en mil pedazos, y le dolería, sentiría un dolor profundo cercano a la muerte. Esa sensación no la había experimentado.

Peter y ella echaron un vistazo rápido por los alrededores de la casa; no querían sorpresas. Llevaban la pistola en la mano y se movían sigilosos como gatos. Sabían cómo inspeccionar casas sin que los vecinos se dieran cuenta; utilizaban señas y gestos para comunicarse y caminaban como si flotaran, evitando hacer ruido. A través de las ventanas vieron que dentro del hogar no había ninguna luz encendida. Era verdad que el sol ya había salido hacía un buen rato, pero en alguna habitación siempre había aunque fuera una lámpara encendida. Parecía que Harry no estuviese allí. Pero aun así decidieron entrar, para ver si en su despacho o en cualquier otro lugar de la casa encontraban alguna pista. Registrar era otra de las cosas que Olivia y Peter hacían de maravilla.

Con habilidad, forzaron la puerta de atrás, una que daba a la cocina desde el jardín, que cedió de inmediato. Si hubieran accedido

por la entrada principal hubieran corrido el riesgo de que los coches que pasaban por allí o los vecinos los confundieran con ladrones. Sin más dilación, entraron en la cocina sin hacer ruido. Siguieron utilizando las mismas tácticas que habían empleado para registrar el exterior, sincronizándose con habilidad y mirándose sólo un segundo para evaluar la situación: todo estaba muy silencioso, sospechosamente tranquilo, pero ambos notaban la tensión del ambiente. El viento soplaba incansable, rodeando con su aliento helado la casa y filtrándose por cualquier rendija. Su silbido rompía aquella quietud tan agobiante, acrecentando la sensación de que algo no iba bien.

Peter y Olivia habían estado allí más de una vez por trabajo, para reuniones importantes. Harry era viudo desde hacía mucho tiempo y no parecía que tuviera ninguna relación, que alguien supiera. A pesar de que en aquella casa no vivían mujeres, su jefe mantenía su hogar limpio y ordenado. Supusieron que debía de tener alguna asistenta contratada, pues sabían la cantidad de horas que Harry dedicaba al trabajo, lo que le impediría hacerlo él mismo.

Dieron una vuelta por la primera planta y se extrañaron de que la puerta del despacho estuviera cerrada. Por la rendija se escapaba un débil hilo de luz, como si fuera un último aliento de vida, señal de que al otro lado posiblemente había alguien. Los años de experiencia los pusieron en alerta, el peligro se palpaba en la atmósfera, tan pesado que costaba de asimilar incluso para ellos. Se colocaron uno a cada lado de la puerta de madera, se pegaron a la pared y empuñaron el arma con fuerza, conscientes de que una milésima de segundo equivaldría a perder o salvar la vida, en caso de que tuvieran que disparar si había alguien al otro lado dispuesto a matarlos en cuanto entraran.

Olivia, articuló en silencio:

—Uno, dos… tres.

Y ambos irrumpieron en el despacho lanzándose al suelo. Harry estaba sentado frente a su escritorio y los miraba sin sorpresa, era evidente que los estaba esperando. Había una pequeña lámpara de pie a su lado que no iluminaba mucho, por lo que él encendió además la luz del flexo de encima de la mesa. Las ventanas estaban totalmente cubiertas por unas cortinas tan oscuras que no se filtraba nada de luz del exterior.

Olivia y Peter se levantaron y observaron a su jefe. A pesar de que Peter iba vestido de colores chillones y Olivia con ropa no muy oscura

—unos vaqueros y una sudadera gris— ninguno de los dos se vislumbraba con claridad; era como si hubieran sido devorados por un monstruo negro. La silueta de ambos se mezclaba con la densa oscuridad que los rodeaba. Sólo sus rostros y sus ojos brillantes mostraban el lugar donde estaban.

«Mejor así», pensó Olivia. Prefería que Harry viera en sus ojos la decepción que sentía por su comportamiento tan poco digno. Se dio cuenta de que él llevaba el traje arrugado, como si hubiera dormido con él puesto. Harry siempre iba impolutamente vestido y supuso que la mala conciencia anulaba sus cualidades.

—Os esperaba hace rato —anunció, abriendo una caja de puros y cogiendo uno. Lo encendió con parsimonia, chupándolo y lanzando el humo al aire, como si se tratara de un ritual. La habitación enseguida apestó a tabaco y Olivia sintió náuseas.

—Entonces ya sabe por qué estamos aquí —respondió Peter.

—Sí.

—¿Y qué piensa hacer, señor? —preguntó Olivia con dificultad, ya que las palabras se le atascaban en la garganta.

Había aprendido a respetar al hombre que tenía delante, porque era su superior y por lo mucho que le había enseñado, pero cuando pensaba en Nick, todo respeto se esfumaba.

—Sé muy bien lo que tengo que hacer —dijo Harry.

Su tono cavernoso era más intenso de lo normal. Cualquier otra persona se habría sentido intimidada, puede que incluso hubiera salido corriendo, sin embargo, la indignación de Peter y Olivia iba mucho más allá de los temores.

—Sabe que no le dejaremos salir vivo de aquí si no nos dice dónde está Nick —replicó ella.

Harry Kington se acomodó en su sillón desgastado por el uso, muy similar al que tenía en su despacho. Se tomó más segundos de los necesarios en responder, lo que provocó la furia silenciosa de Olivia, que sabía que no había tiempo que perder. Harry se centró en ella; incluso en medio de aquella penumbra veía relucir sus ojos pardos con la fuerza de una voluntad inquebrantable. Olivia siempre había sido una de las mejores de su equipo, lo intuyó el primer día que la conoció en una comisaría, en un caso de tráfico de drogas, y la fichó para su equipo. La entrenó y le explicó los secretos que guiaban el buen hacer de un agente excepcional. Pero había cosas que, simplemente, no se podían enseñar, que la vida se encargaba de ponernos delante de las narices como lecciones importantes; cosas de

las que no hablaban los libros, que escapan a la lógica de la mente para entrar en el terreno de la percepción del alma.

A pesar de todo lo que había pasado, Harry no se arrepentía de haber instruido a su verdugo. Sí, su verdugo. Olivia no era como él y nunca lo sería. Reconocía que se había convertido en lo que más detestaba y que casi había dejado de ser humano. Se daba cuenta con pena de que había perdido la esencia noble de ella, esa que un día él también tuvo, según la cual la justicia era igual para todos y ayudar al indefenso era un empeño difícil de obviar.

Y además se había equivocado, porque había confundido el amor de padre con permitirle todo a su hijo. Y no era eso. Tendría que haber detenido a David en sus comienzos, cuando su goce enfermizo de la muerte lo ofuscó por completo. Su obligación como su progenitor hubiera sido ayudarlo de otra manera, haberle enseñado que la vida era más hermosa que el placer de matar. Tal vez le hubiera costado mucho, sin duda habría necesitado ayuda de profesionales, pero tendría que haber luchado por hacerle entender a su hijo que cambiar era posible. Sin embargo, no hizo nada de eso. Él mismo se había traicionado y se merecía el final que se había preparado.

—Te he enseñado bien, Olivia. Me siento orgulloso de ti —declaró.

Ella sabía a qué se refería.

—Ir un paso por delante de los demás, así nunca me pillarán desprevenida.

Harry sonrió.

—Eso has hecho. La alumna ha superado al maestro.

—No entiendo por qué me escogió para proteger a Nick. Si tan buena cree que soy, sabía que no le dejaría salirse con la suya.

—Es muy fácil, investigué a fondo y averigüé que compartíais un pasado. Lo demás era una consecuencia lógica: yo he sido víctima de mis sentimientos hacia mi hijo, él ha sido mi perdición y pensé que Nick sería la tuya.

—Y creyó que me dejaría llevar por eso y que en algún momento bajaría la guardia.

—En parte…

—¿En parte? —Olivia entornó lo ojos—. ¿A qué se refiere?

—Tu instinto no ha bajado la guardia. A pesar de estar bajo presión debido a tus sentimientos hacia Nick, descubriste que Beth no era lo que aparentaba ser nada más verla. Es algo que no tuve en cuenta, un grave error, y más considerando que todo lo que sabes te lo enseñé yo.

—Lo que no entiendo es por qué teniendo tan fácil acceso a Nick, Beth no lo mató antes; tuvo muchas oportunidades.

—Porque necesitábamos un culpable, en este caso una culpable. El día que conociste a Beth, ella sabía que esa noche no podría dejar la cena preparada, porque era el día de la presentación del envase de refresco, pero también sabía que Nick no había ido a trabajar a la oficina, así que se nos ocurrió un plan. Os iba a preparar una suculenta comida, en la que echaría un somnífero para dejaros inconscientes. Era el momento que tanto habíamos esperado.

Olivia se horrorizó con los pensamientos que acudieron a su mente, pues empezaba a entender el plan que habían ideado. Sintió escalofríos y náuseas.

—Y luego Beth hubiera asesinado a Nick… —dijo. Su voz se quebró—. Supongo que con mi arma, y me hubieran culpado a mí del asesinato.

—Exacto. Le enseñé a Beth a manipular pruebas y a crear el escenario perfecto de una riña entre una pareja que se reencuentra. Tú, en un ataque de rabia por el abandono de diez años atrás, lo habrías matado. Las pruebas hubieran sido irrefutables. Al mismo tiempo, sin la declaración de Nick, las pruebas contra David se hubieran convertido en papel mojado. Ya sabes cómo funciona la justicia… en poco tiempo hubiera salido de prisión.

—Pero el plan no salió bien e ideó otro.

—Comprar al forense fue una baza magistral —intervino Peter, que ya había deducido el resto—. Lástima que no saliera bien —añadió irónicamente—. Supongo que le inyectó a David tetrodotoxina, para simular su muerte.

—Sí, supones bien. Ya sabéis que en las cárceles se trafica con todo y que el dinero compra lo que sea. Da lo mismo si eres forense o presidiario, el dinero eclipsa, tiene una magia peligrosa y adictiva.

—Pero usted no gana tanto —observó Olivia.

—No, pero recuerda que David trabajó en un banco. Sabe cómo manejar números y cuentas bancarias.

Con eso lo había dicho todo: aparte de asesino, David también era un estafador. Lo peor era que su padre lo había amparado en cada uno de sus delitos. Cuanto más sabían, Olivia y Peter más náuseas sentían. Tantos años tratando con su jefe y en apenas unos minutos se había convertido en un perfecto desconocido para ellos. Parecía todo tan surrealista que, de no trabajar en lo que trabajaban, habrían creído que se trataba del guion de una película. Sin embargo, no era así. En

la CIA habían aprendido que lo imposible era posible, porque el ser humano nunca dejará de ser una especie imperfecta y poco evolucionada.

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho, jefe? —preguntó Olivia—. Ha creado un monstruo.

Se hizo un silencio y a Harry se le desencajó el semblante. Ella estaba en lo cierto, había creado un monstruo, pero oírlo decir en voz alta y por la boca de una persona a la que admiraba, lo convertía a él también en un monstruo. Aun así, tenía necesidad de explicarse:

—Podría haber hecho más, mucho más, y me arrepiento de no haberlo intentado. Me enteré de que tenía un hijo después de perder la fe en la vida, debido a la enfermedad de mi esposa y su posterior muerte. En aquellos momentos me sentí feliz, pues había encontrado un nuevo motivo para vivir. David fue el resultado de un amor de adolescente con una compañera de clase que tenía novio, alguien que, para mi desesperación, era mi mejor amigo. En realidad, detecté que David era un psicópata la primera vez que lo vi, pero no quise aceptarlo. Era mi hijo, sangre de mi sangre y no pude asimilar su naturaleza cruel. Le hice de padre, le aconsejé que se casara con una mujer a fin de que dejara de obsesionarse con Beth y con esa afición a torturar en busca de placer. Lo hizo. Al principio funcionó y me sentí orgulloso, sin embargo, Beth era y es imprescindible para él, como una droga, y él lo mismo para ella, de modo que ambos acabaron matando a su esposa.

—Me apostaría algo a que a su madre también… —Las palabras se atragantaban en la garganta de Olivia—. Y a la cocinera de Nick.

Harry no dijo nada, aunque su silencio confirmaba que la suposición era cierta.

Olivia estaba horrorizada, pero no podían perder más tiempo, en aquellos instantes lo importante era encontrar a Nick, así que fue directa al grano.

—¿Dónde está Nick? Si no nos lo dice por las buenas será por las malas —amenazó.

Ella misma no se creía lo que estaba diciendo. A pesar de su profesión, nunca había torturado a nadie y era de la opinión de que el fin jamás puede justificar los medios.

—No te creo capaz —dijo Harry, que conocía su postura sobre el tema—. Aunque estoy seguro de que me acabarías sacando la información. Tienes una gran habilidad para encontrar los puntos débiles de las personas.

Harry le enseñó un papel y un sobre y con un movimiento de cabeza la instó a que se acercara. Olivia así lo hizo, mientras Peter empuñaba su arma con fuerza, no quería sorpresas. En la hoja había una dirección.

—¿Es aquí dónde está?

—Sí. Cuando lo encontréis, escarbad por los alrededores, allí encontraréis enterradas a todas las víctimas. En este sobre están las nuevas identidades de Beth y David, ya sabéis que a ojos del mundo él está muerto. Esta vez no se os puede escapar. Si consigue salir impune, seguirá matando.

—¿Y por qué confiesa ahora y no antes? ¿Por qué nos lo entrega sin presentar batalla?

—Porque llevo años callando, engañándome a mí mismo diciéndome que lo que se hace por amor nunca está mal. Pero precisamente por amor a mi hijo tendría que haber actuado de otra manera, ayudándolo con su enfermedad. No tendría que haber ocultado sus malos actos, sino sacarlos a la luz para que tomara conciencia de lo que había hecho, y buscar una solución a fin de curar su mente perturbada. Yo mismo me he sentenciado y lo he condenado a él a que la vida no le dé otra oportunidad. Ahora es demasiado tarde para todo… para todos.

—Para su hijo ya es tarde y para usted también. Por mucha estima que le haya tenido en el pasado, intentaré que le procesen. Ha sido cómplice de demasiadas muertes y utilizaré todas las pruebas que hemos reunido para que lo lleven a juicio. No descansaré hasta lograrlo.

—No esperaba menos de mi equipo. Sólo os pido un favor…

—¿Cuál?

Harry los miró alternativamente.

—No cambiéis nunca, ni siquiera por amor. El verdadero amor te hace libre, no te destruye como ha hecho conmigo.

Olivia y Peter no añadieron nada más. En el fondo de su alma lo comprendían, pero no podían aceptar que hubiera guardado silencio durante tantos años. Salieron de la casa, dispuestos a encontrar aquella dirección. Tenían el vehículo aparcado al otro lado de la calle y, cuando se dirigían hacia él, oyeron un disparo en la casa de Harry. Ambos se miraron y guardaron silencio unos segundos.

—Se ha matado… —murmuró ella.

El frío viento seguía soplando con fuerza, pero no fue eso lo que los hizo temblar.

—Ha preferido morir antes que asumir públicamente las consecuencias de sus actos —dijo Peter.

—La muerte nunca es la solución a los problemas o a los remordimientos. Ha sido un cobarde hasta el final —respondió Olivia.

Quería mostrar dureza, pero no podía alegrarse de la muerte de otro ser humano, por muy mal que éste hubiera actuado. En el fondo compadecía a Harry y lo perdonó en silencio.

Mientras ella ponía en marcha el vehículo, Peter llamó a los de su equipo para que fueran a casa de Harry Kington y, de paso, les enviaran refuerzos a la dirección que éste les había proporcionado. Ya no había marcha atrás, ahora todo saldría a la luz.

CAPÍTULO 14

No sabían lo que se iban a encontrar en aquel antro de tortura y a Olivia el temor de no llegar a tiempo se le clavaba en el corazón como un puñal. Aceleró y salieron de Washington para adentrarse en un bosque de aspecto solitario. Las copas desnudas de los árboles, cubiertas de musgo, formaban un encaje helado y macabro, como dedos alargados hacia el cielo, en busca de una tibia caricia que los hiciera renacer. Olivia se sentía como aquellas ramas: triste, helada, entumecida, desnuda, soñando con el beso tibio de un amor que regresaría con el sol.

No tardaron en localizar la casa. Si bien tenían que esperar a que llegaran los refuerzos, debido a la urgencia del momento decidieron acercarse. Llevaron el coche hacia unos matorrales, lo escondieron y se bajaron de él. Echaron a andar envueltos en los aullidos del viento. El barro pronto les supuso un contratiempo. La lluvia del día anterior había dejado el lugar casi intransitable, con barrizales aquí y allá, y los pies se les hundían en el lodo marronoso, casi negruzco. El viento también dificultaba el avance y cada vez soplaba con más fuerza. Aun así, siguieron adelante. Aunque no lo hicieron todo lo deprisa que hubieran querido, lograron llegar al perímetro de una casa casi en ruinas. La madera exterior se había ennegrecido como consecuencia del poco cuidado, incluso había partes en que la madera estaba podrida y se desmenuzaba como si fuera serrín.

La fatiga, debida más a la presión emocional que al esfuerzo, los hizo detenerse a tomar aire y oxigenar sus pulmones. La posible tragedia aterrorizaba a Oliva, y no saber si Nick estaba vivo o muerto la agotaba en todos los sentidos. Peter se dio cuenta, le apretó el hombro y quiso decirle unas palabras de aliento, pero el viento soplaba en dirección a la casa y los podían oír; no había que darles pista a Beth y a David de que estaban allí.

Sin embargo, aquel apretón en el hombro y la mirada de su amigo,

para ella fue como muchas frases de ánimo. Asintió y a base de mímica trazaron un plan. Entrarían en la casa por una de las ventanas, cuyo cierre forzarían. Había que tener en cuenta que el viento era muy fuerte y que al abrir la ventana podían provocar corrientes de aire interiores que cerrarían de golpe alguna puerta o ventana, así que debían estar a la expectativa para evitar que eso ocurriera.

Y así lo hicieron. Escogieron la ventana y entraron sigilosamente y, como habían previsto, la corriente de aire que se generó fue considerable. Olivia llegó justo a tiempo para que la puerta de la habitación no se cerrara bruscamente. Se tragó un suspiro de alivio y ambos empezaron a recorrer la casa con sus armas desenfundadas. A cada paso, el nudo de la garganta de Olivia se hacía más grande, sin embargo, la presencia de Peter y su sonrisa le daban ánimos.

Miraron a su alrededor; el polvo y la suciedad estaban por todas partes de aquella casa que apestaba a basura podrida. Recorrieron con sigilo un estrecho pasillo, bastante claustrofóbico y sombrío, de cuyo techo colgaban grandes telarañas que tuvieron que sacudirse del pelo y la cara. Llegaron a la cocina, igual de sucia que el resto de la casa, y lo peor de todo fue que encima de la mesa había dos platos con sobras de comida reciente, con las que una rata se estaba dando un festín. El animal salió corriendo cuando ellos entraron.

En la primera planta no encontraron nada y acordaron subir a la segunda. La escalera era de madera y, en cuanto pusieron un pie en el primer peldaño, se dieron cuenta de que la estructura estaba en pésimas condiciones y que en cualquier momento podía romperse. Con gestos, Olivia le dijo a Peter que subiría ella sola. Peter asintió y, pistola en mano, se alejó y vigiló la primera planta por si alguien irrumpía de golpe.

Olivia subió los escalones muy despacio, como si estuviera caminando por una cuerda floja. Llegó a la segunda planta y, a pesar del frío y del viento helado que parecía colarse a través de las maltrechas paredes, se dio cuenta de que estaba sudando. La adrenalina corría por sus venas, pero esta vez no era como en las otras misiones; su preocupación por Nick la estaba llevando al límite. Revisó la segunda planta y si la primera estaba repugnante y sucia, ésta era aún peor. Dudaba mucho de que en las habitaciones durmiera nadie, ya que en ninguna había cama, ni siquiera un colchón en el suelo. Sólo polvo, telarañas de años, suciedad y excrementos de ratas y otros animales.

Sin nada más que inspeccionar, bajó con el mismo cuidado. Su

decepción era enorme y se reflejaba en su actitud abatida y en sus ojos vidriosos. No habían encontrado nada de nada, ninguna pista sobre Nick, salvo los restos de comida en los dos platos de la cocina. Y Harry estaba muerto, o sea que no podían preguntarle nada más. Olivia quiso gritar de impotencia, pero una señal de Peter evitó que lo hiciera. Luego le señaló una rendija de luz que salía del zócalo de la pared de debajo de la escalera, había descubierto una puerta secreta.

A ella se le dilataron las pupilas. Prestó atención por si oía algún ruido, pero no percibió nada; el viento de fuera, que soplaba a fuertes ráfagas, era lo único que les llegaba. No esperaron ni un segundo y abrieron la puerta con determinación, pero sin hacer ruido, ya que había que pillarlos desprevenidos. Bajaron unos pocos escalones.

A pesar del viento de fuera, el aire de aquel sótano estaba quieto, como si la vida se hubiera detenido. Olivia miró a un lado y a otro y… se quedó de piedra. Sujeto con unas cadenas que colgaban de una viga de hierro oxidada estaba Nick. Ensangrentado y con cortes en varios sitios. Se balanceaba como si fuera un trozo de carne en un matadero. Se quedó sin aliento, pues él no daba señales de vida. Nick… estaba muerto.

Muerto.

* * *

El silencio se dilató en el tiempo, los segundos caían por un precipicio, igual que los pensamientos de Olivia. Su corazón latía con fuerza y la boca se le secó. Estuvo a punto de desmayarse. Pero entonces ahuyentó el miedo y se sacudió los temores como si fueran molestas moscas.

—¡Nick, Nick! —gritó, al tiempo que corría hacia él llorando—. Dios mío, ¿qué te han hecho…?

Peter la siguió. Ambos enfundaron sus armas y descolgaron a Nick. Luego lo tumbaron en el suelo.

—¡Olivia, mira si tiene pulso! —exclamó Peter.

—Nick… —sollozó Olivia, no sabía dónde tocarlo, pues tenía múltiples heridas. Alargó una mano temblorosa y le tomó el pulso posándole los dedos en el cuello. Entonces alzó la vista y miró a su colega—. ¡No se lo encuentro!

—¡Mierda!

—Es…está muerto —dijo ella con voz desgarrada—. No he podido salvarle…

Se tapó la cara con las manos, incapaz de ver a Nick de aquella manera, y se maldijo en silencio por haber dejado pasar diez años sin disfrutar el uno del otro. Se dio cuenta de que nada era importante en la vida, salvo los momentos felices compartidos y que tantas veces se dejan escapar tontamente; como habían hecho él y ella. Ahora la muerte los había dejado sin nuevas oportunidades de poder estar juntos.

Peter se arrodilló frente al cuerpo de Nick. También estaba nervioso y, si bien se fiaba de su compañera, volvió a tomarle el pulso él mismo para asegurarse.

—¡No, Olivia, no! ¡Está vivo!

Cogió la mano de ella y la posó en la garganta de Nick. ¡Sí! ¡Débil, pero tenía pulso! Esta vez Olivia lloraba de alivio, besó la cara de Nick y se la acunó entre las manos. Después miró a Peter y ambos rieron de alegría.

—Hay que sacarlo de aquí antes de que regresen David y Beth. Parece que no están en la casa, pero supongo que tienen pensado regresar para rematar el trabajo.

Lo movieron intentando no hacerle mucho daño, hasta que un gemido los hizo detenerse. Era Nick.

—¡Nick, Nick! ¡Dime algo, cariño!

Él oía una voz, pero tardó un instante en procesarla y darle nombre. Debía de tener alucinaciones. Sin embargo, juraría que Luna estaba a su lado, con una mano posada en su mejilla… como la caricia de un copo de nieve, tan ligero y, a pesar de su frágil consistencia, capaz de provocar un hormigueo en la piel, el deseo de más.

A Nick siempre le había gustado la nieve; miraba hacia el cielo y dejaba que los copos lo envolvieran en la quietud de su baile majestuosos. De niño, cuando se preguntaba sobre la muerte, había supuesto que ésta llegaría como una nevada. Primero caía un copo. Luego otro. Y otro. Siempre en medio del silencio y con ese helado tacto reconfortante. ¿Acaso estaba muerto? Pero si lo estaba, ¿por qué notaba dolor de arriba abajo?

—Luna… —susurró.

Abrió los ojos con la esperanza de no estar soñando y allí estaba ella, mirándolo con adoración, como si él fuera lo más importante de su vida; además estaba llorando. El corazón de Nick empezó a latir con fuerza y el dolor que sentía en todo el cuerpo parecía que hubiese menguado. Luna lo volvió a acariciar, mirándolo con ojos amorosos. Una sonrisa asomó a sus labios.

—Nick, Nick, cariño…

—Me está costando, pero por fin voy a conseguir que te cases conmigo. No le vas a negar un último deseo a un moribundo.

—¡Me has dado un susto de muerte!

Nick sonrió con la sonrisa del que renace del dolor y se siente agradecido por seguir vivo. E insistió:

—Porque te casarás conmigo, ¿verdad? O si no voy a tener que improvisar de nuevo y te aseguro que no me apetece que me vuelvan a colgar de una viga.

—La que se va a morir seré yo si me das más sustos como éste.

—Aún no me has contestado.

Peter carraspeó.

—Chicos, no quiero ser un aguafiestas, pero aún estamos en este antro. Beth y David pueden regresar en cualquier momento.

—Yo no me muevo de aquí hasta que Luna me diga que se casa conmigo.

—¡Nick!

—Dilo, y que Peter sea testigo para que no puedas echarte atrás.

—¡Por lo que más quieras! —gritó el joven—. ¡Díselo de una puta vez!

—¡Vale!

—Vale, ¿qué? —exigió Nick—. No he oído nada de… «Nick, me voy a casar contigo».

Ella bufó desesperada.

—Nick, me casaré contigo. Pero antes de casarnos tenemos que hablar muy seriamente de varias cosas.

—¿Y un beso para sellar nuestro acuerdo?

Y Olivia le dio un pasional beso que Peter interrumpió separándolos bruscamente cuando perdieron el mundo de vista.

—¡Eh, eso después! Que yo sigo aquí y no quiero ser espectador de vuestras guarrerías.

Inmediatamente, entre los dos levantaron a Nick. Como no podía ser de otro modo, éste se retorció de dolor y empezó a respirar a bocanadas cortas, obligándose a tragarse sus lamentos, mientras apretaba los dientes con fuerza.

—Tranquilo, cariño, nosotros te llevamos —dijo Olivia, intentando no hacerle el padecimiento mayor—. La ambulancia y los refuerzos están de camino, pronto todo esto habrá pasado.

Cuando Nick logró controlar el lacerante dolor, pasó los brazos

alrededor de los hombros de Olivia y de Peter y los tres echaron a andar. Todo el cuerpo le dolía con cada inhalación y lamentaba no poder avanzar más deprisa, ya que sus piernas no respondían todo lo bien que él desearía. Aunque teniendo en cuenta lo que David le había hecho, consideraba que sus músculos habían aguantado bastante bien. Agradeció en silencio los años que se había pasado haciendo deporte, porque de ese modo había fortalecido sus articulaciones y huesos. No obstante, aunque se curara, se temía que le quedara alguna secuela.

Estaban a punto de salir del sótano, cuando unas pisadas frenéticas retumbaron cerca de ellos. Olivia y Peter fueron a echar mano a sus armas, pero al llevar a cuestas a un Nick malherido, que a duras penas se sostenía en pie, no fueron lo bastante rápidos y se encontraron a David y Beth apuntándolos con sus respectivas pistolas.

—Vaya, vaya —comentó David—. ¿Has visto, Beth? Tenemos visita, ellos también quieren apuntarse a la fiesta.

—Es nuestro día de suerte. Nos vamos a divertir mucho —respondió ella.

Olivia miró a David a los ojos, intentando ver su conciencia a través de ellos. Pero se dio cuenta de que aquel hombre no la tenía. Incluso dudaba mucho de que tuviera corazón. En su interior parecía no haber nada, salvo oscuridad y más oscuridad. Tuvo la certeza de que era un psicópata extremadamente peligroso. Su expresión pasaba del odio a la alegre expectación en segundos, como si no pudiera controlar tales emociones y éstas hubieran tomado las riendas.

A lo largo de su carrera, había tenido que vérselas con muchos crueles asesinos; sin embargo, en las pupilas de David percibió la perversidad más cruel que había visto nunca. Supo sin ninguna duda que no podría sorprenderlo con facilidad, ya que su locura extrema lo hacía inteligente y astuto. Sólo un milagro los salvaría. Pero por otro lado, ella nunca se daba por vencida y se dedicó a analizar la situación. Los efectivos de refuerzo ya debían de estar a punto de llegar, pero en cuanto los dos criminales se dieran cuenta, los matarían a sangre fría y huirían. David no era el tipo de asesino que dejaba con vida a sus víctimas, además, nadie podía saber de su existencia, pues a ojos del mundo él estaba muerto; así que la única alternativa era matarlos, ya fuera en aquel momento o más tarde. Definitivamente, tenía que trazar un plan con rapidez. Contaba con una ventaja: David era un narcisista que necesitaba controlarlo todo y a todos; mandar sobre la vida y la muerte lo hacía sentirse como un dios. Olivia sólo tenía que buscar la manera de que perdiera el control

de algo que él creía gobernar… Una idea acudió enseguida a su mente: Beth.

Olivia se centró en ella, una mujer segura de sí misma, capaz de llevar la iniciativa en muchos sentidos. Pero por otro lado, su amor por David la volvía insegura y la hacía vulnerable. Olivia sonrió para sus adentros. Todo el mundo tiene un talón de Aquiles; el de Beth era David, y el de David, Beth, y el amor enfermizo que se tenían.

Miró a Nick, sus leves temblores demostraban su sufrimiento, lo que no era de extrañar. Dadas sus heridas, sólo esperaba que pudiera aguantar un poco más. Intentaría llevar a cabo su plan mientras llegaban los refuerzos. No entendía cómo no estaban ya allí, pero de momento tendría que actuar sin contar con ninguna ayuda del exterior.

Quería comunicarle a Peter que no hiciera nada, que ella había tenido una idea, pero Nick le impedía ver a su compañero. Sin embargo, Peter era listo, y ambos se compenetraban a la perfección, seguramente adivinaría enseguida sus intenciones.

—Ahora estás solo, David —dijo Olivia—, tu padre ya no podrá ayudarte más. Está muerto.

Él sonrió con vileza y se humedeció los labios.

—¿Y crees que me importa? No era más que un viejo sentimental al que tenía que rogarle siempre su ayuda. Está mejor muerto.

A pesar de que Harry la había decepcionado, a Olivia le dolió que hablara así de él. Tuvo que reprimir la repulsión que aquel monstruo le provocaba.

—No tienes corazón, me das pena —aseveró.

—¿Pena? —dijo carcajeándose—. A mí me das pena tú… Sentimientos como el amor y la comprensión hacen débiles a las personas, como os pasa a ti y al imbécil de Nick.

Aquel hombre en verdad no tenía ni ápice de bondad, sin embargo, utilizaría sus palabras en su contra. Sin perder más tiempo, fue directa al grano. Miró a Beth y le dijo:

—¿Has oído, Beth? David piensa que amar es una debilidad, y tú estás con él porque crees que te quiere. Has hecho por amor todo lo que te ha pedido. ¡Todo!

Tal como Olivia había deducido, la maldad de David lo dotaba de inteligencia y enseguida intuyó su plan. Apretó el arma con fuerza y la apuntó con ella.

—¡Cállate! No la escuches, Beth, sólo quiere ponerte en mi contra.

Pero cuando miró a su compinche supo que las palabras de Olivia

habían sembrado la duda en la joven. Sus ojos negros lo contemplaban evaluándolo, analizando el presente y el pasado. Estaba echando mano a sus recuerdos en busca de algún signo que evidenciara que su amor por ella era interesado.

Olivia contemplaba a la pareja. En todo grupo, tal como sucede en una manada, hay siempre el dominador y el dominado. Este último se dedica a complacer al dominante. Y Beth, a diferencia de su hermano, parecía una persona sumisa y poco inteligente. Por tanto, lo más lógico era que se sintiera abrumada, sin saber qué pensar ni qué decidir, porque eso siempre lo había hecho David por ella.

Por su parte, Peter poco a poco fue llevando una mano hacia su cintura, en busca de su arma. Había deducido lo que pretendía su compañera, pero aun así veía a David muy nervioso. Era normal, porque Olivia lo estaba llevando al límite con su estrategia de hacerle perder el control a través de Beth. En cualquier momento de locura, David podía disparar.

—Beth, no lo creas —continuó Olivia—. ¿Acaso no acaba de decir que Harry está mejor muerto? Le hizo creer que lo quería y lo aceptaba como padre, sólo para aprovecharse de él. —El silencio de la joven le dio a entender que estaba en lo cierto—. ¿Qué te hace pensar que contigo no está haciendo lo mismo? Sus besos y sus «te quiero» son puestas de escena para que estés junto a él. Cuando no le sirvas, te va a hacer lo mismo que a las otras mujeres.

Olivia enderezó la espalda, enfatizando con su postura sus palabras; un aura de seguridad la rodeaba y parecía hacerla inmune a la mirada asesina de David. Sin embargo, la realidad era otra, pues bajo aquella pose firme trataba de esconder el pánico que sentía. Por dentro, temblaba como una hoja sacudida por el viento.

Mientras, Peter detectó que Nick, a pesar del dolor, era consciente de lo que sucedía. Lo observó de soslayo y vio que estaba a punto de desmayarse; la cabeza apenas se le sostenía y parecía que fuera a derrumbarse de un momento a otro. Pero también percibió el esfuerzo que estaba haciendo para mantenerse lúcido y no sucumbir. Rezó para que aguantara un poco más.

—¡Cállate! ¡Cállate! —empezó a gritar David como poseído, y sudando profusamente, la mano que sostenía el arma le temblaba—. ¡Zorra, cállate!

Pero Olivia, lejos de rendirse, siguió con su estrategia. Entretanto, Peter casi había alcanzado su pistola, ya rozaba la culata con los dedos.

—Vamos, Beth, no le creas… —Hizo una pausa calculada—. Sólo eres otro juguete, un juguete sin importancia.

Los labios de la joven, pintados de rojo, temblaban evidenciando que, en parte, creía lo que Olivia decía.

—¿Es cierto eso, David? —se atrevió a preguntar, mirándolo con intensidad.

Él, sorprendido por la falta de confianza de la mujer que amaba, no pudo ocultar su decepción. Las aletas de la nariz se le dilataron de rabia, una rabia que apenas podía controlar. Aquello lo enervaba, dado que estaba acostumbrado a dominar a la gente a su antojo.

Tal como Olivia quería, David había llegado al límite y pronto cometería un error; sólo esperaba que ese error le sirviera para neutralizarlo. Al fin y al cabo, todos los dementes cometen el mismo fallo: se creen más listos que nadie, unos dioses entre mortales insignificantes. No prestan atención a nada que no sea satisfacer su naturaleza enferma. Hasta que llega alguien más listo que ellos y los hace caer del pedestal.

—¡Claro que es cierto! —replicó Olivia con rapidez, no podía dejar que Beth reflexionara y descubriera su estrategia—. David sólo se quiere a sí mismo. —Y entonces tuvo una idea—: ¿Sabes?, antes de morir, Harry me dijo que había preparado una identidad nueva para él, pero para ti no. Eso me hace pensar que ibas a ser su próxima víctima. David quería empezar de cero, sin ti.

—¡Es mentira! –gritó el asesino—. ¡No la…!

Pero Beth no lo dejó terminar.

—¡David, me has engañado! ¡Nunca me has querido! —gritó apuntándolo.

Y la muerte apareció como un aliento helado, advirtiendo a todos de su presencia.

CAPÍTULO 15

Todo ocurrió muy deprisa. Beth sujetó el arma con determinación, pues su mente y su corazón ya habían sentenciado a David a muerte. No obstante, él fue más rápido y le disparó primero, matándola. Luego, sin perder un segundo, apuntó a Olivia. Pero Nick, pese a su debilidad, estaba a la expectativa y sacó fuerzas de flaqueza. Se echó sobre David en el momento justo en que éste disparaba por segunda vez.

Por su parte, Peter había sacado su pistola y antes de que David pudiera disparar una tercera bala, ya lo había derribado de un certero tiro en la frente. Olivia también había desenfundado su arma, sin embargo, no tuvo necesidad de utilizarla. Miró hipnotizada la muerte en el rostro de David.

Pagaría por sus pecados y lo juzgarían por tantas estrellas acuchilladas, tantas lunas rotas, tantas esperanzas defraudadas y tantas vidas segadas empujado por su borrachera de demencia. Porque había una justicia superior de la que nadie podía escapar.

Se recuperó al oír el sonido de coches frenando y el ajetreo de los policías resonando fuera de la casa. Los refuerzos por fin habían llegado, tarde, pero habían llegado.

Olivia corrió hacia Nick, que había caído de cara sobre el suelo. En un primer momento pensó que había muerto, pero cuando se acercó y lo oyó gemir de dolor, suspiró aliviada y agradeció que Peter tuviera tan buena puntería. También que Nick le hubiera salvado la vida, pues con su embestida contra David había desviado su mano y, en consecuencia, la bala se había dirigido al suelo.

Una vez Nick pudo darse la vuelta, ayudado por Olivia, se percató de que a su lado estaba su exsocio con los ojos abiertos y la mirada vacía. Tenía un orificio ensangrentado en la frente. Suspiró aliviado, incluso el dolor de sus heridas no le parecía tan fuerte en aquellos momentos al pensar que todo había acabado. Sí. Todo había acabado.

En ningún caso se alegraba de la muerte de nadie, pero la tranquilidad que sentía por aquel final era tan grande que no quiso profundizar en ese sentimiento. No, no se sentiría culpable de nada, además, a partir de ese instante, su vida empezaba de nuevo y no podía desaprovechar la oportunidad. Luna formaba parte de ese renacer y en ella centró su atención.

—¿No te queda muy grande esa pistola? —preguntó, mirando el arma que sostenía en sus manos pequeñas.

Olivia respondió con una sonrisa mientras enfundaba.

—Pero siento darte un disgusto —añadió Nick.

Ella lo miró sin entender.

—¿Qué disgusto?

—Pues que mi cañón es más grande.

Peter rio y ella lo taladró con la mirada.

—¡Nick, deja de decir tonterías! ¿Se puede saber por qué diablos has puesto tu vida en peligro? —lo regañó, mientras lo ayudaba a levantarse.

Peter los miraba. Uno de sus sueños era encontrar una mujer que le complementara como persona, tal como Olivia con Nick.

—¿Y tú qué crees? ¡Intentaba salvarte la vida! —exclamó Nick.

Olivia y Peter lo ayudaron y empezaron a subir los escalones con cierta dificultad.

—Yo ya sé cuidarme solita, lo tenía todo controlado. Además, había aceptado tu propuesta de matrimonio. Haz el favor de no improvisar más, ya no necesitas impresionarme.

A Peter se le escapaba la risa.

—Te acabo de salvar la vida y tú te enfadas —se quejó Nick.

Al pie de la escalera, un par de policías ayudaron con la tarea de cargar al herido.

—Cuidado con él, muchachos —les avisó Peter—. Tiene heridas graves.

—La ambulancia está al llegar —informó uno de los policías.

Un puñado más de efectivos se dirigieron al sótano.

—Ahí os encontraréis un par de fiambres —los informó Peter—. Avisad a los de criminalística.

Mientras tanto, Olivia y Nick seguían discutiendo como si nada pasara a su alrededor.

—Acostúmbrate a las broncas, Nick. Esto te pasa por querer casarte conmigo. Y sólo es el principio.

—¡Oh, tal vez sería mejor que retirara la propuesta de matrimonio!

—Ni lo sueñes, ahora es demasiado tarde, Peter ha sido testigo. Habértelo pensado antes, ya no puedes echarte atrás.

—¡Eh! ¡A mí no me metáis en vuestras peleas! —se quejó Peter—. Dios mío, creo que voy a cambiar de amistades urgentemente. No quiero volverme loco. Y luego dicen que yo soy un bicho raro.

La ambulancia acababa de llegar y cuando los sanitarios ayudaron a Nick a tumbarse en la camilla, Olivia empezó a reírse a carcajadas.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó él.

Ella lo miró con adoración y contestó:

—Hace diez años me dejaste porque mi trabajo era demasiado peligroso.

Él le cogió las manos de la mujer y se las besó.

—Y no sabes cuánto me arrepiento…

—Pero me parece que vender refrescos es más peligroso que ser agente de la CIA.

Esta vez fue Nick el que se rio. No obstante, se detuvo en cuanto el dolor de sus heridas abiertas lo dejó sin aliento. Lo subieron a la ambulancia y Olivia decidió que lo acompañaría, Peter se encargaría de todo.

Antes de que cerraran la puerta del vehículo, Olivia echó un último vistazo a la casa. Tenía un aspecto tétrico capaz de ponerle la carne de gallina a cualquiera. Habían empezado a marcar el terreno a fin de excavar por los alrededores; aquel lugar se convertiría en un mapa terrorífico de cadáveres. Sólo de pensar en las familias que quedarían destrozadas con el descubrimiento de la identidad de cada cuerpo, los ojos se le llenaban de lágrimas. En su trabajo había visto de todo, sin embargo, había cosas a las que era imposible acostumbrarse.

La puerta de la ambulancia se cerró. Nick y Olivia tenían las manos entrelazadas y ella lo miró.

—Te quiero, Nick, y no te vas a librar de mí tan fácilmente. Así que cúrate pronto, porque tengo prisa por casarme contigo. No quiero perder más tiempo.

Él quiso contestarle, pero le habían administrado un calmante para el dolor y le estaba haciendo efecto. Aun así, le dio tiempo a sonreír antes de que sus párpados se cerraran.

* * *

A Harry Kington lo enterraron con todos los honores. Olivia estaba

junto a Peter en el cementerio, ambos vestidos con el uniforme de gala. Por su parte, Nick seguía ingresado, recuperándose de las crueles torturas que su cuerpo había aguantado de una manera que ni los médicos creían posible. Olivia se deshacía en atenciones y él se aprovechaba. Ella prefería fingir que no se daba cuenta; después de todo lo que había pasado, mimarlo y consentirlo era lo mínimo que podía hacer.

La ceremonia fúnebre seguía. La música de tambores resonaba en el aire, mientras el sol de invierno, aunque no calentaba, daba cierta calidez al lugar. La bandera de Estados Unidos cubría el ataúd, rodeado por varias coronas de flores de las que colgaban cintas blancas con mensajes de amigos y colegas de trabajo, pues Harry no tenía familiares vivos. Nunca nadie fuera de la CIA sabría que era el padre del psicópata David Campbell, cuya vida repleta de asesinatos y crueldad llenaba páginas enteras de revistas y diarios. Nadie podía enterarse de que Harry, valiéndose de su puesto e influencias, había protegido a un asesino que había matado con total impunidad.

Si esa parte salía algún día a la luz no sólo perjudicaría gravemente el prestigio de la CIA, sino que todos los casos en los que Harry Kington había estado implicado quedarían en entredicho. Había que tener en cuenta que, a pesar de todo, Harry había encerrado a muchos criminales que merecían estar donde estaban. La CIA no podía asumir un escándalo de esa envergadura, de modo que todo lo relacionado con Harry, su hijo y sus maquinaciones para protegerlo, se hicieron desaparecer. De hecho, fue un trabajo que los altos cargos de la CIA le encargaron a Peter, que, a regañadientes, fue borrando todos los datos del sistema informático. De los archivos en papel se encargó otro agente.

Olivia detestaba esa decisión y reconocía que se sentía dividida entre lo legal y lo correcto. Su conciencia le pedía que hiciera lo correcto, que era tener la boca cerrada. Además, por otra parte, todo lo que era se lo debía a Harry.

Tenía que pasar página y seguir con su trabajo. ¿Podría? ¿Podría olvidar lo malo de su jefe y quedarse con lo bueno?

Por suerte, y a pesar de la expectación que había creado en la prensa y en los ciudadanos la vida de David como asesino en serie, éste era culpable de decenas de asesinatos y no había modo de que nadie pudiera pensar lo contrario. Con horror, Olivia había visto a veces trabajos periodísticos que culpabilizaban a las víctimas por motivos estúpidos y a los verdugos los convertían en víctimas. El

poder de la prensa era grande, si querían, convertían mentiras en verdades, difamando por doquier. Pero las pruebas contra David eran abrumadoras, los cadáveres que habían encontrado estaban hablando en las mesas de autopsias y pedían justicia en silencio. También sabía que Hollywood no tardaría en filmar una película biográfica sobre David y Beth. El amor enfermizo que los había unido desde pequeños, su afición a asesinar llevados por sus mentes perturbadas y su nula empatía hacia sus semejantes eran demasiado tentadores. Desgraciadamente, el morbo daba dinero. Si por ella fuera, guardaría el expediente en un cajón para dejarlo en el olvido.

Depositó una rosa blanca sobre el féretro de Harry y le dio las gracias en silencio por todo lo bueno que le había enseñado. Miró los pétalos, tan perfectos y luminosos que hablaban sin palabras. Pureza, verdad y luz era lo que Olivia veía en aquella sencilla flor, y más que nunca se sintió hipócrita. ¡Había jurado proteger a los débiles y encerrar a los criminales! En eso se basaba su trabajo. Cada célula de su cuerpo le pedía gritar y gritar delante de todos los presentes que Harry era cómplice de muchos asesinatos. Necesitaba librarse de esa losa que pesaba sobre su corazón.

Levantó la cabeza y observó a la gente que había alrededor del féretro. Muchos de ellos conocían la verdad. Los miró y supo que nadie la ayudaría si decidía hablar. A pesar de que le constaba que algunos pensaban como ella, las circunstancias impedían hacer más. No era momento de heroísmos, ellos lo sabían y Olivia también lo sabía. Demasiado bien. A veces había que perder una batalla para ganar la guerra y que no dijera nada en ese momento no significaba que estuviera derrotada; estaba decidida a acabar con la mafia que había dentro de la CIA. Iba a sacar a la luz a todos los Harry Kington que hubiera, ¡y no le temblaría el pulso!

Volvió a mirar a los asistentes, entre ellos distinguió a los corruptos, a los mentirosos, a los que engañar les parecía bien por seguridad nacional, porque el país estaba por encima de la verdad y de las personas. Contra toda esa gente, la gran mayoría políticos y cargos importantes dentro de la CIA, tendría que luchar. De momento no sabía cómo lo haría, pero siempre sucedían milagros inesperados que enseñaban el camino.

Y mientras esperaba esa luz que le mostrase por dónde seguir, pensó que más le valía asumir que el mundo no era perfecto. Ya basta de cargar sobre sus espaldas con los pecados de los demás, ella no era culpable de que hubiera personas con malos sentimientos.

Tenía que centrarse, pues ante ella se abría un futuro nuevo junto a Nick. Por otra parte, tenía muchos planes y uno de ellos era, precisamente, hacer más justa la justicia terrenal trabajando en la CIA, que, a pesar de no ser perfecta, era el único instrumento del que disponía. Lucharía por cambiar muchas cosas. De momento se conformaría con intentarlo.

El funeral llegó a su término. La gente se fue despidiendo, con verdadera tristeza unos y con dolor fingido otros.

—¿Quieres que te acerque a tu casa? —le preguntó Olivia a Peter, que todo el rato había permanecido a su lado.

—Ah, sí, te lo agradecería, así me ahorraré coger un taxi.

Esta vez su compañero había dejado su colorida indumentaria a un lado. Ataviados ambos con sus respectivos uniformes, destilaban seriedad de arriba abajo. Sin embargo, Olivia no se acostumbraba a verlo tan formal. Lo escrutó con interés; lo único que le daba algo de chispa era su cabello negro rizado, que pronto necesitaría un buen corte. Negó con la cabeza, al tiempo que esbozaba un sonrisa torcida.

—Definitivamente, me gustas más vestido de arco iris —dijo.

Peter ahogó la risa, no era un sitio para reír abiertamente.

—A mí también, además, con este uniforme me pican los huevos.

—Estamos en un funeral —susurró Olivia, arreándole una colleja.

Mientras se dirigían al coche esquivando a la gente, pues ninguno de los dos estaba dispuesto a fingir, el móvil de ella sonó y ambos se detuvieron. Era el número del despacho de Harry. Olivia le mostró la pantalla a Peter y los dos se miraron recelosos y sorprendidos. Ella contestó con un escueto «diga», alguien habló un momento y luego cortaron la llamada de inmediato.

—¿Qué quieren? —preguntó Peter, conteniendo el aliento de expectación.

—Pues no lo sé, no me lo han dicho, pero quieren verme de inmediato en el despacho del jefe —contestó, reanudando la marcha.

Peter la cogió del brazo para que se detuviera.

—Oye, esto no pinta bien.

—¿A qué te refieres?

Él suspiró.

—Que tal vez te despidan. Eras la mano derecha de Harry y su persona de confianza. Toda la CIA lo sabe. Puede que crean que tú estabas al tanto de los movimientos de Harry, que sabías la verdad y callaste.

—Pero ¡eso no…! —Se detuvo en cuanto se dio cuenta de que

estaba alzando la voz y la gente los miraba—. Eso no es verdad y tú lo sabes —susurró.

—Sí, Nick y yo lo sabemos, y quien te conozca también lo sabe, pero ellos no. ¿Qué harás si te despiden?

Subieron al coche y, antes de ponerlo en marcha, Olivia inspiró hondo y dijo:

—¡Luchar!

Peter sonrió, eso era lo que quería escuchar.

—Y yo lucharé a tu lado.

Ella lo miró. Era al único al que le daría la espalda sin temor.

—Gracias…

* * *

Peter esperaba sentado a su mesa, delante del despacho del jefe, a que la entrevista de Olivia terminara. Estaba durando más de lo normal y él se estaba impacientando. Por fin se acabó y Peter vio salir a dos hombres. A uno lo conocía, lo había visto varias veces por allí, pues era el mando que estaba por encima de Harry y al que éste debía rendir cuentas. Tenía un aspecto imponente. Bajo su traje negro se percibía su espíritu militar, aunque los años empezaran a pesarle. Al otro tipo no lo había visto nunca, sin embargo, por su pinta de hombre duro no dudaba de que era un agente importante y con poder.

A Peter le dieron ganas de reír. Dentro de la CIA nadie conocía a nadie, no obstante, se podía saber todo de todos, al menos él. Sólo le hacía falta apretar las teclas correctas para que la vida de aquellos dos se desplegara en la pantalla de su ordenador.

Esperó a que se fueran. Se creían tan importantes que no se despidieron de nadie y cuando pasaron por su lado pensó que hasta parecían respirar altivamente, como si el mundo les perteneciera. Dejó de pensar en ellos y se acercó al despacho de Harry. La puerta estaba abierta y dentro se encontró a Olivia mirando el sillón desgastado, con la forma del cuerpo voluminoso de su antiguo ocupante. Estaba tan concentrada que Peter tuvo que llamarle la atención.

—¿Olivia?

Ella lo miró con sus ojos pardos abiertos de par en par, con unas pupilas tan dilatadas que parecía que fueran a tragarse todo lo que tenían delante. Nunca la había visto de aquella manera. Emanaba una energía que, de pronto, pareció que el recuerdo de Harry se esfumaba de entre aquellas cuatro paredes.

—Peter, todavía no entiendo qué ha sucedido.

—¡Esos desgraciados te han despedido!

—¡No! —exclamó—. Nada de eso, me han ofrecido el puesto de Harry.

Peter procesó a noticia y casi se le desencaja la mandíbula.

—¡¿Qué?! ¡Menuda sorpresa! ¡Es muy buena noticia!

—¿Tú crees?

Olivia se dirigió al sillón de Harry; sin embargo, en el último momento descartó sentarse allí, no le pareció adecuado. Se apoyó en una de las esquinas de la mesa, mirando a su amigo con los brazos cruzados y pose meditativa.

—¿Acaso has sido tan gilipollas de no aceptar? —inquirió Peter.

Ella sonrió tímidamente.

—Todo lo contrario. No puedo desaprovechar la oportunidad de cambiar las cosas. —Su tono era decidido.

Esta vez fueron los ojos grises de Peter los que se abrieron de par en par; sabía que Olivia maquinaba algo y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Ay, Dios, que me vas a meter en un lío…

Ella se levantó, se acercó a él y le apretó el hombro con afecto.

—Te prometo que son líos de los que te molan.

—Ilústrame…

—Hace tiempo que deseo una oportunidad como ésta, quiero ayudar a la gente que necesita una justicia verdadera, no la que les conviene a los poderosos o a la propia CIA. Para mi sorpresa, la oportunidad se ha presentado hoy mismo. Sólo quiero hacer bien mi trabajo.

—Nadar entre tiburones es peligroso. No vamos a salir indemnes, y tú lo sabes.

—Ay, Peter, no seas aguafiestas. ¿Quién ha dicho que quiera nadar entre tiburones? Sólo quiero mantenerlos bajo control, que no puedan salirse con la suya y que no actúen como si fueran dueños del mundo entero. Sé que podemos hacerlo, ¿acaso no quieres ayudarme?

Él suspiró, era consciente del trabajo duro que tendrían a partir de entonces, pero la expectativa era un chute de adrenalina en las venas.

—¿Y perderme la fiesta? ¡Nunca!

—De momento he salido indemne, por lo visto saben que no tenía ni idea de que Harry tuviera un hijo; al menos eso lo han investigado bien. A partir de ahora, iremos con mucho cuidado en nuestras misiones, ya sabes que más que nunca nos van a tener vigilados.

—Me pregunto si ellos sabrían lo del hijo de Harry y mantuvieron la boca cerrada por interés.

Olivia también había pensado en esa posibilidad, y le dolía. No obstante, ella se encargaría de que a partir de aquel momento no sucediera nada parecido.

—En la CIA nada es lo que parece, pero también hay gente buena —dijo.

—Claro que sí, lo haremos bien.

—No lo dudes ni un segundo, y ahora me voy al hospital, tengo que hablar con Nick.

El tono de Olivia inquietó a Peter, ¿algo no iba bien en la pareja?

—¿Acaso tenéis problemas ya antes de casaros? No lo entiendo, estáis hechos el uno para el otro.

—No es tan fácil. Me acaban de ofrecer un nuevo trabajo que no puedo rechazar, y que implicará muchos sacrificios por parte de ambos. Si no lo entiende…

—¡Claro que lo entenderá! —la interrumpió Peter.

—No lo sé…

Olivia se marchó casi sin despedirse. Quería el nuevo puesto, quería luchar, quería hacer justicia, quería vivir, quería a Nick, pero… ¿él querría sacrificarse tanto? De pronto sintió como si el tiempo no hubiera pasado, como si Nick estuviera a punto de abandonarla de nuevo.

Pronto saldría de dudas…

* * *

Olivia estaba en la habitación del hospital junto a Nick, que tenía el cabezal de la cama alzado. A su lado había un cómodo sillón en el que ella estaba arrellanada. En la pared de enfrente de la cama, la ventana tenía las cortinas descorridas para que entrara el sol de invierno. Sus rayos no llegaban hasta donde estaban ellos y se proyectaban en el suelo formando un cuadrado perfecto de luz. Las motas de polvo danzaban en la habitación, contentas de no estar atrapadas por la gravedad.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Igual que hace cinco minutos, cuando me lo has preguntado. —Entrecerró los ojos—. Eres peor que mis padres, que no paran de llamarme para preguntarme lo mismo.

Olivia sonrió.

—Ni se te ocurra regalarme un viaje por Europa para que no me preocupe.

—Esa estrategia sé que no funcionaría contigo.

—He hablado con mis padres y están encantados de que estemos juntos otra vez. Mi madre está como loca, no para de sugerirme menús para nuestra boda.

—Los míos también están muy contentos. Llegan mañana del viaje y están haciendo planes para que celebremos las Navidades todos juntos. Ya quedan pocos días y por suerte no estaré ingresado.

Olivia recordó el momento en que les dijo a sus padres que Nick y ella iban a casarse. Primero se quedaron en silencio, uno de esos silencios expectantes en los que se contiene la respiración. Después siguió la alegría de su padre y el llanto de alegría de su madre. Los había hecho felices, y ella lo era también. Sentía que volvían a ser una familia, algo que había perdido y que regresaba con el brío de un caballo de pura sangre, con ganas de correr la carrera de su vida. Pero todavía no podía dar nada por seguro, pues quizá nada saliera como estaba previsto. Nick aún no sabía nada de su nuevo ascenso, un puesto de mucha responsabilidad y sacrificio. La sombra alargada de lo que pasó una década atrás la tenía con un nudo en la garganta, por el temor de que la historia se repitiese.

—Cuando mis padres regresen y sepan todo lo que ha pasado en su ausencia, no se lo van a creer, pensarán que les tomamos el pelo —comentó Nick.

—Por cierto, tengo noticias de tu anterior cocinera. —Olivia hizo una mueca de tristeza, sin embargo, no se iba a andar con rodeos, era otra de las cosas que había aprendido en su trabajo—. Está muerta, fue uno de los primeros cadáveres que se encontraron enterrados en la casa.

Nick bufó, echó la cabeza hacia atrás y miró el techo, totalmente destrozado.

—¿Sabes si sufrió mucho?

Le preocupaba que su cocinera, una mujer buena que lo trataba como si fuera su hijo, hubiera padecido las torturas que a él le infligieron.

Olivia había leído el informe del forense y no tuvo valor de decirle la verdad, así que omitió los detalles.

—Ahora eso poco importa. ¿De qué te servirá saberlo? Más vale que tú y su hija la recordéis como era, no cómo murió.

Con todo, Nick no era tonto y la miró a los ojos.

—Te agradezco el intento, pero recuerda que sé de lo que era capaz David, aunque tienes razón. Es mejor que su hija la recuerde llena de vida y le explique a su hijo la magnífica abuela que tuvo. En cuanto salga del hospital, me pasaré por su casa para darles el pésame y ofrecerles mi apoyo.

—Lo siento…

—Tú no tienes la culpa. En el mundo existen la maldad y la bondad, y así seguirá siendo.

La llegada del médico interrumpió la conversación. Les dijo que en un par de días le darían el alta a Nick. Éste, que se estaba recuperando muy rápidamente, mostró su alegría por poder salir del hospital. En cuanto el facultativo se marchó, empezó a sugerir fechas para el enlace, pero se dio cuenta de que Luna seguía sentada en el sillón, mirando al suelo y que apenas mostraba interés por sus sugerencias. Supuso que los últimos acontecimientos la tenían descolocada; la verdad era que lo entendía, pues Peter le había explicado lo importante que Harry había sido para ella.

—Estás muy callada —observó—. Apenas prestas atención a lo que te comento sobre la boda. ¿En qué piensas? Si te sirve de consuelo, siento lo de tu jefe; te falló y le falló a la sociedad. Descubrir que tenía un hijo y que encima éste era el diablo personificado, lo trastocó y no tomó buenas decisiones. Te digo lo mismo que me has dicho tú: quédate con lo bueno.

Olivia sonrió tristemente.

—He aceptado la realidad. Harry me decepcionó, pero también me dio mucho. Es así de sencillo, aunque no lo es tanto para el corazón. De todos modos, no estaba pensando en eso ahora mismo.

—Entonces, ¿en qué pensabas?

Ella se levantó y se sentó a su lado, sobre el colchón.

—Tengo miedo. No lo voy a negar.

Nick frunció el cejo. La comprendía demasiado bien, el miedo era peor que un cuchillo de doble filo, y mataba en silencio. Cuando uno quería darse cuenta ya era tarde y lo había perdido todo. Como le pasó a él. Sabía que Luna temía que la abandonara, pero él se encargaría de demostrarle día a día, minuto a minuto, que estaría con ella en lo bueno y en lo malo hasta que la muerte los separase y sus almas se encontraran en otra dimensión mejor.

—Luna, ¿qué te pasa?

Ella le cogió la mano, la miró y se perdió en aquellos dedos capaces de darle tanto placer.

—Te quiero, Nick.

Él la instó a que lo mirara y la besó en los labios, un beso dulce, amoroso, sincero…

—Yo también te quiero, cariño.

—Me han ofrecido el puesto de Harry. ¿Sabes lo que significa eso? Sacrificio, mucho sacrificio, no sólo por mi parte, sino también por la tuya. Me gusta mi trabajo, Nick. Me gusta ayudar a la gente y con este nuevo cargo puedo conseguir muchas cosas. Pero me da la impresión de que estamos igual que hace diez años, y no puedo olvidar que entonces me exigiste que escogiera. Si vuelves a plantearme ese dilema no podré soportarlo, te amo a ti y quiero mi trabajo, mi independencia.

¿Así que se trataba de eso? A Nick no lo sorprendía nada de lo que Luna decía. Tenía muy claro lo que quería, y quería casarse con ella y, con el tiempo, formar una familia. Sabía que vivir con una mujer agente de la CIA no iba a ser fácil; de todos modos, lo aceptaba. No cometería la tontería de diez años atrás. Así pues, decidió sacarla de dudas de una vez por todas. Acunó su rostro entre sus fuertes manos y dijo:

—En el amor no se trata de dar a escoger, sino de dejar que cada uno sea lo que quiera ser. Y aceptar. Aceptarlo todo de una persona, guste o no guste.

A Olivia le brillaron los ojos. Lágrimas de felicidad corrieron por sus mejillas y Nick se las limpió con el pulgar.

—Conseguiremos salir adelante… ¿verdad? —susurró ella entre sollozos y risas.

Él asintió.

—Sin miedos.

—Sí, sin miedos.

—No soy perfecto, seguramente me equivocaré muchas veces, pero mi amor por ti sí es perfecto.

—Te quiero, Nick Evans, y me voy a casar contigo.

Él la estrechó contra su cuerpo y dejaron que sus labios se unieran, que sus lenguas marcaran el ritmo de las palabras «amor» y «deseo».

Porque el amor era eso: un sentimiento imperfectamente perfecto que había que vivir con un signo de exclamación.

EPÍLOGO

Diez años después…

Era primavera, Madelene y Jon, de tres y cinco años respectivamente, y dos perros adoptados de una perrera, corrían por un campo de hierba verde salpicado de diminutas flores de color añil, que evocaban fragilidad y mimo. El cielo estaba de un azul salpicado por pinceladas blancas. Un paisaje idílico en todos los sentidos y sin remedio entraba en el alma e inspiraba bellos sentimientos. De vez en cuando, el aire deshojaba algunas flores y una lluvia delicada y majestuosa de pétalos arrancaba risas a los niños, que los perseguían imaginando que tenían alas y que volaban como mariposas. Sus padres, Olivia y Nick, sentados en una manta de cuadros escoceses, miraban a sus pequeños retoños con cara de felicidad.

Los cuatro estaban pasando unos días de descanso en el mismo sitio donde Nick y Olivia veraneaban cuando eran pequeños. Precisamente en aquellos prados de hierba fresca y a orillas de las aguas frías de un lago había empezado su historia de amor. Si escuchaban con el corazón, aún podían deleitarse con sus pasadas travesuras y con sus peleas, que tenían a sus padres en un sinvivir por el temor de que alguno de los dos acabara lastimado. Pero el odio del principio dejó paso al amor una vez alcanzaron la adolescencia y ahora sentían que aquel trocito de paraíso estaba adherido a sus almas, formaba parte de ellos igual que la piel de sus cuerpos. No podían prescindir de aquellos recuerdos tan queridos.

Y por ese motivo y otros relacionados con el futuro, compraron una pequeña casa familiar muy cerca de allí, de color blanco, tal como siempre habían soñado. Habían procurado que sólo sus padres y Peter supieran de su existencia, porque querían preservar su refugio familiar de la prensa y los curiosos.

El más que exitoso negocio de bebidas de Nick, con Cher como

centro de todas las marcas, que había desbancado incluso a la famosa Coca-Cola, lo habían llevado a acaparar las portadas de las más importantes revistas especializadas en finanzas, economía e inversiones. Lo trataban como si fuera un mesías. Todos querían saber cuál había sido su secreto para triunfar y, por más que explicaba que el amor por lo que hacía, la constancia, caerse y levantarse tantas veces como hiciera falta habían sido y continuaban siendo sus ingredientes secretos, no los convencía. Así que se había resignado a que siempre le preguntaran lo mismo, a lo cual él también contestaba siempre lo mismo.

La consecuencia de su éxito empresarial era que se había convertido en todo un personaje. Lo invitaban a programas, entrevistas, inauguraciones… era el hombre de moda. Pero no todo era perfecto, pues, para su disgusto, también se había convertido en objetivo de la prensa cotilla, algo que no llevaba muy bien, porque a cada momento le atribuían una amante. Mujeres con ganas de conseguir dinero y hacerse famosas, que se inventaban historias en las que lo involucraban sin piedad. Por suerte, el tiempo se encargaba de ponerlas a todas en su sitio, porque al final acababan engullidas por sus propias mentiras.

Por suerte, Luna no se creía una palabra. Ella, por su parte, había decidido mantener su profesión en secreto; nadie salvo su marido, Peter y sus compañeros de trabajo sabían la verdad. Su faceta como agente secreta seguiría en el anonimato; no sólo porque trabajar en la CIA ya por lógica requería discreción, sino porque la seguridad de su familia estaría en serio peligro si algunos despiadados criminales sabían la verdad.

De modo que tan pronto como se casaron, Olivia decidió que ante los ojos de la sociedad sería una abnegada ama de casa. Al principio les costó llevar esa doble vida, pero eso le había permitido a ella llevar a cabo investigaciones de gran calibre. Nadie prestaba atención a una mujer florero, lo que le daba una libertad de movimientos como nunca hubiera imaginado, y estaba sacando muy buen provecho de ello.

Incluso Nick la ayudaba. Eso los unió de una manera que nunca hubieran creído posible; no sólo eran pareja y amantes, sino también colegas y cómplices en las misiones de Olivia. En cierta manera, Nick se había convertido en una especie de agente secreto a la sombra. Si bien no era una situación del todo aceptada por los superiores de Olivia, acabaron transigiendo, dado que los resultados eran muy exitosos. Además, ella siempre tenía el apoyo de Peter y su novia, una

chica tan *friki* como él, que la CIA había contratado como analista informática. Estaban hechos el uno para el otro; un arco iris de colores con piernas que no pasaban desapercibidos en ningún lado.

—Jon, Madelene —llamó Olivia—, dejad de correr y venid a merendar, que ya es hora.

Nick le acercó la cesta, donde habían metido bocadillos, un par de latas de Cher, las cantimploras con forma de conejo y de ardilla de los niños, una bandeja con quesos, una botella de vino, dos copas y chucherías para los perros.

Olivia y él lo dispusieron todo encima de la manta. Mientras los pequeños saboreaban sus respectivos bocadillos y los perros le hincaban el diente a sus huesos de galleta, Nick abrió la botella de vino, que sirvió en las copas. Luna y él se miraron, al tiempo que brindaban con las copas alzadas, pues tenían mucho que agradecerle a la vida.

Olivia y Nick eran felices. Ninguno de los dos había tenido que renunciar a nada, porque quien renuncia a sus sueños y al amor está destinado a fracasar.

El amor comparte, añade, construye… jamás destruye.

BIOGRAFÍA

Me llamo Encarna Magín, y desde jovencita me he sentido atraída por la lectura; leía de todo y solía imaginar mundos fantásticos. Por una serie de circunstancias tuve que aparcar mis sueños de escribir novelas hasta hace unos pocos años, que empujada por mis hijos, me aventuré a escribir mi primera historia. Soy consciente de que un escritor necesita unos pilares básicos que sirvan para darle a su trabajo dignidad y calidad, por lo que acudí a varios cursos en Barcelona —sobre corrección de estilo y narración— y cursé otros tantos a distancia con el objetivo de dar lo mejor de mí. Las clases, mi constancia y mi capacidad de superación me llevaron a publicar mi primera novela, *Suaves pétalos de amor*, que estuvo nominada a los Premios Dama 2010 a mejor novela romántica erótica y que resultó premiada como mejor novela romántica erótica en los Premios Cazadoras del Romance 2010. Desde entonces sigo luchando y superándome; y es por este afán de ampliar conocimientos y horizontes por el que, en la actualidad, me estoy formando en un curso de Planificación de la Producción Editorial y en otro de Técnico de Diseño Gráfico.

Soy autora de: *Suaves pétalos de amor, Salvaje, Una segunda oportunidad* (nominada al Mejor Romance Actual Nacional 2014 en los Premios RNR 2014), *Perversidades: cuentos al filo, Venus desnuda, La mujer desnuda y otros relatos románticos, Ese amor que nos lleva, Epidermis, Tu piel desnuda* y *Tu piel ardiente*.

Encontrarás más información sobre mí y mis obras en:

http://encarnamagin.jimdo.com y

http://encarnamagin.blogspot.com.es/

Misión de doble filo
Encarna Magín

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Nataliya Sdobnikova / Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Encarna Magín, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18561-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!